



El *dossier* del próximo número (diciembre 2025-enero 2026) abordará los nacionalismos (próximos, lejanos, burdos, sofisticados, porosos, impermeables, alucinados).

Joaquín Segura, *Notas sobre México* [proyector recuperado de las protestas de 2013 en Ciudad de México y libro de 1822 de J. R. Poinsett, exembajador estadounidense en nuestro país con ideas expansionistas], 2014. Cortesía del artista a través de Pequod Co.



#926: BIBLIOTECAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



95 AÑOS
REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

BIBLIOTECAS IRENE VALLEJO LEILA GUERRIERO
DANIEL SALDAÑA PARÍS ALBERTO MANGUEL DANIEL GOLDIN
FRANK BÁEZ NAOMI SHIHAB NYE ÁNGEL SOTO HERA LINDSAY BIRD
MARÍA ANDREA GIOVINE YÁÑEZ TERESA AVEDOY LIZANDRO SAMUEL LAURA MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ
ENCUENTRO POESÍA Y NATURALEZA: MUNDOS POSIBLES



NOV . 25 #926 \$50 MXN
ISSN: 0185-1330



(002-003) EDITORIAL

(004-103) DOSSIER

006 NAOMI SHIHAB NYE
Es por las bibliotecas que podemos decir estas cosas

008 IRENE VALLEJO
Leer libros prohibidos

012 LEILA GUERRIERO
El síntoma de la biblioteca

020 ÁNGEL SOTO
Bibliotecas: grandes esperanzas, poco presupuesto

028 DANIEL GOLDIN
Las bibliotecas públicas, esas desconocidas

034 ALBERTO MANGUEL
Bibliotecas sin fronteras

040 MARÍA ANDREA GIOVINE YÁÑEZ
Las bibliotecas: contrapuntos, laboratorios de ideas y espacios de libertad

046 CÁTEDRA JEP
Mapa nacional de profesionales en mediación de la lectura

048 HERA LINDSAY BIRD
Patos *ad infinitum*

056 JUANA INÉS DEHESA
¿Para quién se hace la literatura infantil y juvenil?

062 TERESA AVEDOY
La biblioteca es un *inutensilio*

066 VOCES LECTORAS
Veinte maneras de vivir la biblioteca

080 LIZANDRO SAMUEL
Es la vida que merecen: una biblioteca contra los clichés en Caracas

086 DANIEL SALDAÑA PARÍS
Un hallazgo ginebrino

092 LAURA MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ
Dueñas de sus libros: lectoras en la Nueva España

098 RODRIGO MARTÍNEZ BARACS
La biblioteca de mi padre

102 FRANK BÁEZ
Desarmando la biblioteca de mi padre

(104-115) POESÍA Y NATURALEZA

106 MARÍA BARANDA
Presentación y selección

107 ADAM DICKINSON
Agentes Naranja, Amarillo y Rojo
Sensación en boca

109 JEAN PORTANTE
Poema

110 IRYNA SHUVALOVA
pájaro
refugio de agua

112 ALESSIO BRANDOLINI
Poemas de la tierra

114 ZOË SKOULDING
Obra
Astrolaire

(116-137) PERIÓDICAS

118 (ANIVERSARIO)
MIGUEL N. LIRA
Un relato y tres poemas

124 (BITÁCORA)
SERGIO RAÚL ARROYO
Los días que nos rondan

132 (DE ARTE)
LEONARDA RIVERA
Graciela Iturbide en la tierra de los p'urhépechas

(138-155) CRÍTICA

140 ELISA DÍAZ CASTELO
Sólo sabemos aullar
de Zaría Abreu Flores

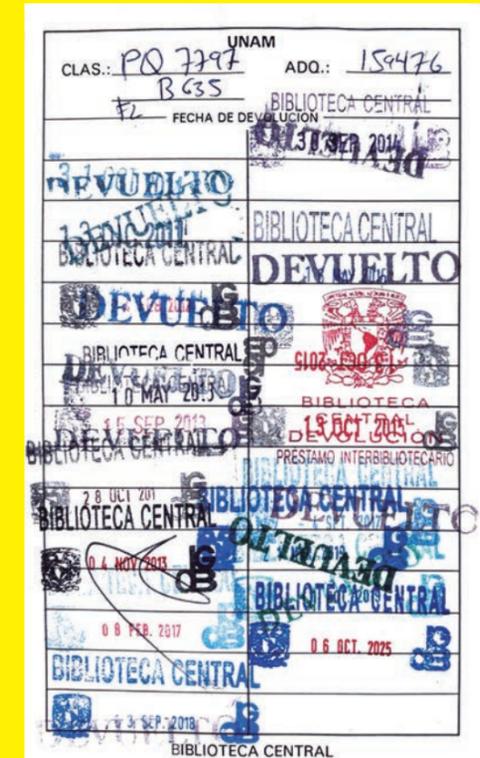
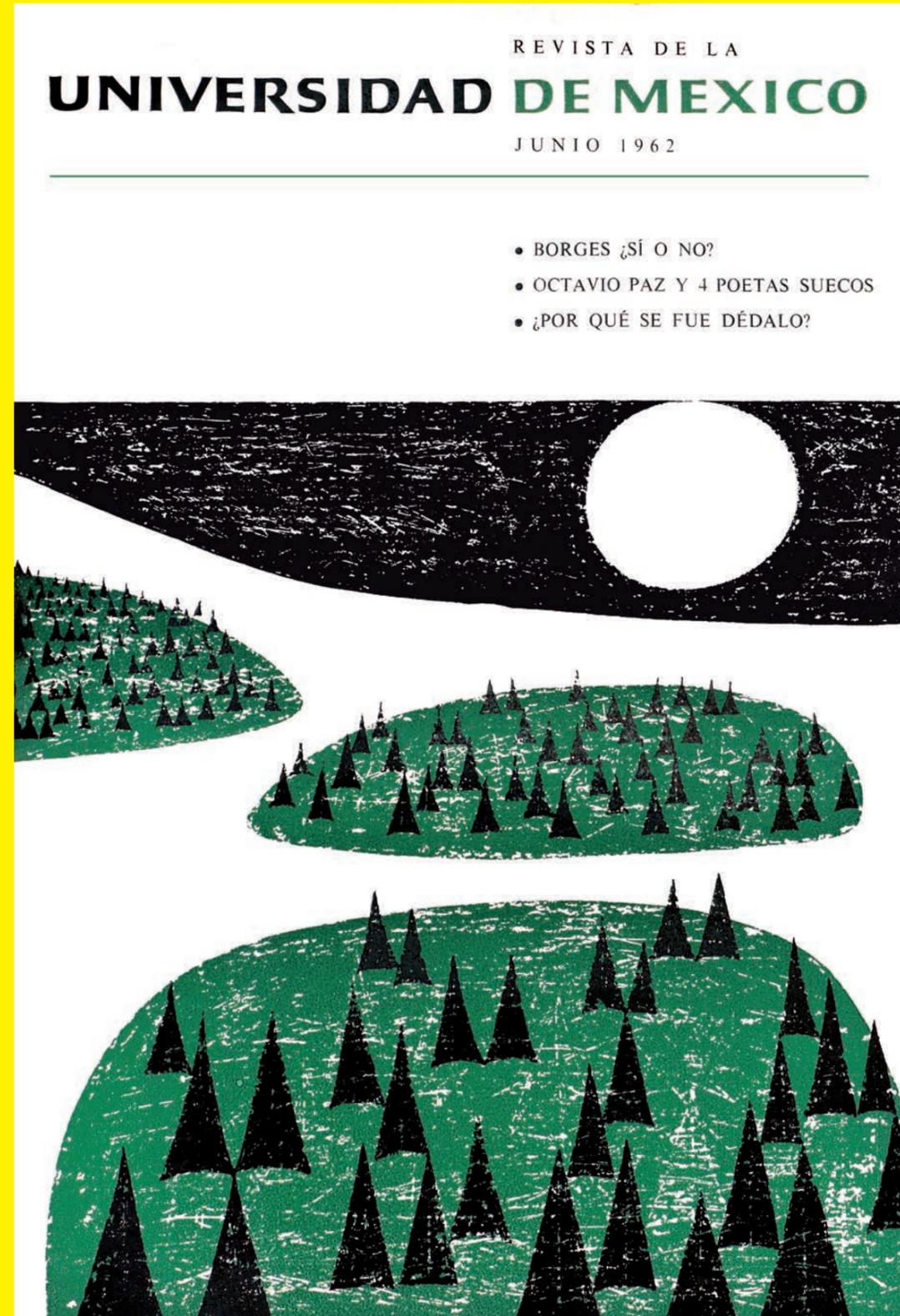
144 XÓCHITL TAVERA
Los años de espera
de Enchi Fumiko

148 EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN
Apuntes flamencos
de Juan Vadillo

151 JUAN PABLO MIRANDA
Las huellas del árbol,
la naturaleza en el cine de
Andréi Tarkovski

(156-158) COLABORADORES

Jorge Luis Borges escribió al menos dos obras maestras inspiradas en bibliotecas: “La biblioteca de Babel” y el “Poema de los dones”. Sobre el contexto vital en el que surgió el primer relato —su trabajo como bibliotecario—, Borges afirma en una entrevista publicada en la RUM: “Hasta había gente rufianesca empleada en esa biblioteca. Un día, en el excusado, un compañero de trabajo se quitó la camisa para enseñarme las cicatrices que tenía en el pecho, de sus peleas a cuchillo. Todo ese ambiente me deprimía”. Declaraciones como ésta llevaron al director, Jaime García Terrés, a deslindarse de las posturas políticas de Borges en su texto de presentación. James Irby, editor y traductor estadounidense, viajó a Austin, donde Borges era profesor visitante, para esta conversación. Lo encontró allí con su madre, Leonor Acevedo. Entre los retratos que ilustran la entrevista hay uno donde aparecen madre e hijo bajo la sombra de un árbol: el autor se encuentra en segundo plano respecto de Leonor. Más allá de este episodio de nuestra historia editorial, les recomendamos volver al “Poema de los dones”, que remite al momento en que nombran a Borges director de la Biblioteca Nacional argentina cuando ya había perdido la vista: “Lento en mi sombra, la penumbra hueca/ exploro con el báculo indeciso,/ yo, que me figuraba el Paraíso/ bajo la especie de una biblioteca”.



En la biblioteca, el tiempo está contenido
—no nada más detenido y a salvo—.
La biblioteca es un acervo que reúne historias
y personas que vienen a buscarlas. Es donde
atisbamos la inmortalidad; en la biblioteca,
podemos vivir para siempre.

The Library Book, SUSAN ORLEAN

Primer catálogo conocido de obras literarias, en escritura cuneiforme
sumeria, Nippur, (ca. 1900-1600 a.C.). Penn Museum, Filadelfia ©.





La *Revista de la Universidad de México* cumple en este mes noventa y cinco años de existencia. Tiene una edad avanzada, pero una amplia y diversa comunidad de lectores y colaboradores la mantiene vigorosa. De cara al futuro, nos preguntamos sobre el porvenir de la cultura escrita, puesto que las encuestas, tanto en México como en otros países, acusan un declive en el hábito de la lectura de libros y revistas. La sucesión frenética de estímulos audiovisuales diseñados para mantenernos conectados a las redes sociales dificulta la concentración prolongada que necesitamos para gozar o simplemente comprender un libro. Quienes hacemos la Revista sabemos que ningún otro medio de comunicación se compara con la palabra escrita a la hora de transmitir ideas profundas y complejas, imaginar mundos alternativos y enriquecer la condición humana. Por ello, dedicamos el *dossier* de este número de aniversario a las bibliotecas, que son el epicentro de la lectura y que tienen un papel tan importante en la vida de la Universidad. Abarcamos tanto las bibliotecas personales, como la de Leila Guerriero, cuya conformación nos comparte en esta edición, como las públicas, de las que nos hablan Irene Vallejo, Alberto Manguel, Daniel Goldin y muchos otros autores de este número. También compartimos un acercamiento polifónico a las experiencias dentro de las bibliotecas, descritas por nuestra comunidad RUM, y que van desde la biblioteca de Al-Zahra en Gaza hasta la Biblioteca Nacional de México en la UNAM. En las páginas 64 y 65 encontrarán la fotografía en

blanco y negro de una biblioteca en construcción que las y los universitarios no tardarán mucho en reconocer. Esta imagen nos habla del gran esfuerzo colectivo necesario para levantar y mantener vivos estos recintos de la memoria, el conocimiento y la imaginación. En ellos podemos escuchar las voces de otras épocas y latitudes, de otras lenguas y culturas. Necesitamos bibliotecas para formarnos, conocernos y pensarnos mejor. En tiempos de conflicto y desconcierto, el concurrido silencio de una sala de lectura es ideal para reencontrarnos. Larga vida a las bibliotecas, y dentro de ellas, a la *Revista de la Universidad*.

Daniel Speight (The Softcity), 10-28 Miller's Avenue, London E8 2DS, de la serie London, 2013. © Del artista @thesoftcity.

DOSSIER

PP.006-007 NAOMI SHIHAB NYE PP.008-011 IRENE VALLEJO
PP.012-019 LEILA GUERRIERO PP.020-027 ÁNGEL SOTO
PP.028-033 DANIEL GOLDIN PP.034-039 ALBERTO MANGUEL
PP.040-045 MARÍA ANDREA GIOVINE YÁÑEZ
PP.046-047 CÁTEDRA EXTRAORDINARIA DE LECTURA
JOSÉ EMILIO PACHECO PP.048-055 HERA LINDSAY BIRD
PP.056-061 JUANA INÉS DEHESA PP.062-063 TERESA AVEDOY
PP.066-079 VOCES LECTORAS PP.080-085 LIZANDRO SAMUEL
PP.086-091 DANIEL SALDAÑA PARÍS
PP.092-097 LAURA MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ
PP.098-101 RODRIGO MARTÍNEZ BARACS PP.102-103 FRANK BÁEZ

(004-103)

Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenden las mujeres, oí decir que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e ruegos mudándome enviase a casa de unos tenía, para cursar la universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo.



Sor Juana Inés de la Cruz,
Respuesta a sor Filotea

Espèces d'espaces

- 1 ours sur des roulettes
- 1 petit cheval sur des roulettes
- 1 petit train
- 1 poupée dans un landau
- 6 rats ou souris
- pas mal de termites (il n'est pas sûr que ce soient des termites ; en tout cas des espèces d'animaux qui vivent dans les planchers et les murs)
- au moins 38 tableaux ou gravures encadrés
- 1 masque nègre
- 29 lampes (en plus des lustres)
- 10 lits
- 1 lit d'enfant
- 3 divans dont un sert inconfortablement de lit
- 4 cuisines qui sont plutôt des kitchenettes
- 7 pièces parquetées
- 1 tapis
- 2 carpettes ou descentes de lit
- 9 pièces au sol sans doute recouvert de moquette
- 3 pièces carrelées
- 1 escalier intérieur
- 8 guéridons
- 5 tables basses
- 5 petites bibliothèques
- 1 étagère remplie de livres
- 2 pendules
- 5 commodes
- 2 tables

84

L'immeuble

- 1 bureau à tiroirs avec un sous-main buvard et un encrier
- 2 paires de chaussures
- 1 tabouret de salle de bains
- 11 chaises
- 2 fauteuils
- 1 serviette de cuir
- 1 peignoir de bain
- 1 penderie
- 1 réveil
- 1 pese-personne
- 1 poubelle à pédale
- 1 chapeau pendu à une patère
- 1 costume pendu sur un cintre
- 1 veston posé sur un dossier de chaise
- du linge qui sèche
- 3 petites armoires de salles de bains
- plusieurs bouteilles et flacons
- de nombreux objets difficilement identifiables (pendulettes, cendriers, lunettes, verres, soucoupes pleines de cacahouètes, par exemple)
- Il n'a été décrit que la partie « défaçadée » de l'immeuble. Le quart restant du dessin permet tout de même de recenser un morceau de trottoir jonché de détritits (vieux journal, boîte de conserve, trois enveloppes), une poubelle trop pleine, un porche jadis somptueux, mais vétuste, et cinq personnages aux fenêtres : au second, parmi des fleurs en pots, un vieil homme qui

85

NAOMI SHIHAB NYE

Es por las bibliotecas que podemos decir estas cosas

Traducción del inglés de Hernán Bravo Varela

Ella mantiene el libro muy pegado a su cuerpo,
lo lleva a casa por la acera rota
bajando la colina enmarañada.
Y si la vuelve a corretear un perro, su escudo será el libro.

Se la pasó buscando entre largas hileras
de libros para dar con éste.
Cuando empiecen a hablar sobre dinero,
cuando el día contenga esos lugares tan largos y tan cálidos,
habrá de entrar.
Una cama naranja está esperándola.
La historia sin rincones.
Y tendrá dos familias.
Y comerán a diferentes horas.

Lleva su libro más allá de la estación de bomberos
y tiendas de descuento.

Lo que no le dio el pueblo,
lo hará el libro: una oveja,
una jungla de nuevas soluciones.
El libro ha superado ya sus dificultades.
La portada serena, el lomo recto.

Y cuando el escalón vuelva a ser visto
como el mejor lugar para sentarse,
y por la calle los ancianos vayan
cerrando el cortaúñas,

ella no estará sola.
Tendrá un libro que abrir
y abrir y abrir.
Aquí empieza su vida.

IRENE VALLEJO

Leer libros prohibidos

Mil veces te dijeron que las bibliotecas son lugares aburridos, embalsamados, donde nada sucede ni se mueve. Rincones petrificados donde el tiempo y las palabras se han detenido. Contra el tópico, la realidad es que siempre fueron espacios sitiados, escenarios de conflicto. Recientemente las bibliotecas norteamericanas han denunciado los crecientes intentos de vetar o eliminar obras polémicas, sobre todo en pequeños centros rurales y educativos.

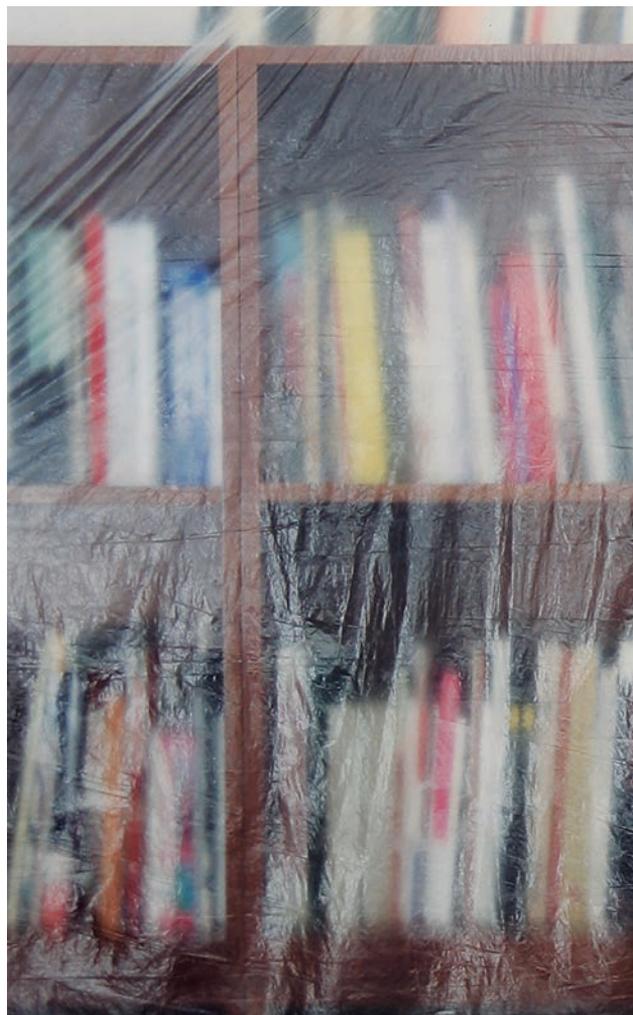
Marta Minujín, *El Partenón de los libros* [instalación con libros prohibidos], Buenos Aires, 1983. Cortesía de la artista a través de Kurimanzutto, Ciudad de México, Nueva York.



El peligro acecha desde posturas opuestas, como fuego cruzado. A un lado, quienes sostienen que algunas obras clásicas deben ser apartadas o reescritas porque reflejan comportamientos racistas, la exclusión de las mujeres o trillados estereotipos y misantropías. Enfrente, quienes se oponen a la literatura que cuestiona valores tradicionales y religiosos por considerarla nociva e inmoral.

Desde la mítica Alejandría hasta los códices aztecas, la crónica de la destrucción de los libros es una historia interminable, con incontables rostros. Los imperios y el colonialismo son propensos a esta lamentable costumbre: convierten en botín de conquista la memoria y los sueños del vencido. Son bien conocidas las hogueras nazis y de la guerra civil española, contemporáneas de las purgas soviéticas. Después llegarían la Revolución Cultural china y los jemereros rojos de Camboya. Pol Pot, maestro de literatura francesa, ordenó una feroz persecución contra la letra escrita y, entre otras atrocidades, represalió a sus colegas profesores, a quienes sabían un segundo idioma y a toda la gente provocadora que usaba gafas —síntoma de veleidades intelectuales—. Poco antes, horrorizado por las soflamas anticomunistas del senador McCarthy, Ray Bradbury había escrito *Fahrenheit 451* en la biblioteca universitaria de Los Ángeles, “entre los estantes, perdido de amor, volviendo páginas, tocándolas”.

Proscribir un libro, cualquier libro, es una forma particularmente ingenua de barbarie. Necesitamos los textos malignos, incluso aquellos que detestamos. Al extirpar palabras ofensivas o suprimir la memoria de acontecimientos terribles, nos negamos a mirar cara a cara nuestro pasado. Si lo embellecemos o edulcoramos, los errores pretéritos caerán en el olvido y se cerrarán las puertas a otros posibles futuros, quizá mejores. Ante lo perturbador, no sirve el eufemismo ni el escondite. Encubrirlo implica sobrevalorar los poderes purificadores del silencio y confiar en la ignorancia



como talismán protector: puro pensamiento mágico.

En el siglo III a. C., mientras Alejandría intentaba reunir el conjunto de los libros del mundo, el emperador chino Shi Huangdi ordenó destruirlos todos. Además prohibió mencionar la muerte, persiguiendo la inmortalidad por elipsis. En sus delirios sólo existía un presente interminable en el que siempre tenía razón. Sin embargo, seguidores del taoísmo y el confucianismo memorizaron y escondieron las obras prohibidas, como los protagonistas de *Fahrenheit 451*. En sus ensayos, Fernando Báez evoca a bibliófagos que engullían rollos de papiro a fin de digerir sus enseñanzas.

Para evitar estas clandestinidades e indigestiones existen las bibliotecas,



Ignasi Aballí,
Biblioteca II, 2002.
Cortesía del artista
a través de Proyecto
Paralelo.

zonas de promiscuidad que algunos quisieran cinceladas a su imagen y semejanza. El fuego sigue acechando: se ha editado una versión ignífuga de *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, capaz de soportar las llamaradas más voraces. Los libros quemados son el detonante de graves acontecimientos en *El ferrocarril subterráneo*, de Colson Whitehead, mientras que un personaje de la serie *The Wire*, el respetado Brother Mouzone, exclama: “¿Sabes qué es lo más peligroso en América? Un negro con un carnet de biblioteca”.

Tras siglos de resistencia, son espacios —no hay tantos— donde todo el mundo es bienvenido y acogido sin cobrarle nada. Este asombroso logro es fruto de un camino lleno de recovecos.

Nunca fueron refugios tranquilos, sino asediados territorios de frontera. Con intolerable osadía, las bibliotecas públicas cobijan en su silencio la algarabía de las innumerables voces. Proponen un pacto que protege todas las disidencias: tenemos derecho a elegir lo que leemos, pero no a imponer qué libros eligen libremente los demás. ¶¶

Este artículo se publicó en *El País semanal*, el 15 de octubre de 2022, y se reproduce con permiso de la autora.

LEILA GUERRIERO

El síntoma de la biblioteca

¿Es un alarde —está a la vista de todos—, es una colección —hay miles de ejemplares de lo mismo en distintas versiones—, es un problema —cuando la cantidad pasa de los cien, la invasión tiende a ser imparable—, es un vicio? Virus, reservorio de ácaros, ente en crecimiento continuo. Desde enero y hasta julio de 2025 no pasé en Buenos Aires, donde vivo, más de dos semanas seguidas. Viajé por trabajo a México, Chile, Estados Unidos, Suiza, Francia, España, Uruguay, etcétera. En uno de esos movimientos, mientras estaba en Menorca dictando un taller, uno de los participantes me

Jorge Méndez Blake, *Todos los libros de Borges* [ejemplares de la obra de Borges extraídos de las bibliotecas públicas de Manhattan], Frieze, Nueva York, 2012. Cortesía del artista.



preguntó: “Con todos esos viajes, ¿cuál es tu concepto de casa?”. Me reí con amargura y dije: “Mi casa es el lugar donde está mi estudio”. Y en mi estudio, claro, está mi biblioteca.

Pero yo no diría que mi casa está donde está mi biblioteca. Más bien, diría que mi casa está donde esté mi escritura. Claro que, en ese punto, no puedo separar una cosa de la otra porque la biblioteca, mi biblioteca, es un agente de excitación, un instigador de lo que escribo. Más allá del placer que me proporciona, la hurgo, la exprimo, la utilizo como combustible. Vuelvo sobre párrafos de Lorrie Moore, sobre crónicas de David Foster Wallace, sobre los poemas de Mariano Blatt, Ada Limón, Louise Glück, Anne Carson, Sharon Olds, Nicanor Parrá, Matías Rivas, Claudio Bertoni; sobre *El amante*, de Marguerite Duras; sobre el diario de Cesare Pavese; sobre *Cuarenta y un intentos fallidos*, de Janet Malcolm; sobre *Los que sueñan el sueño dorado*, de Joan Didion; sobre *El Interior*, de Martín Caparrós; sobre *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh; sobre *Fragmentos de un discurso amoroso*, de Roland Barthes; sobre *El estilo de*

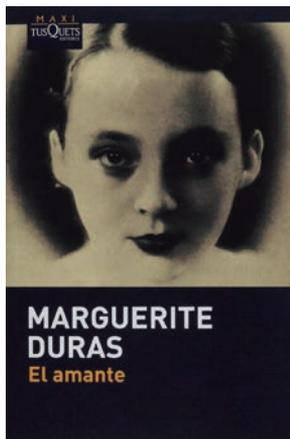
los elementos, de Rodrigo Fresán, como un vampiro buscando la chispa, el fervor necesario para seguir viviendo y escribiendo, que es lo mismo.

Jamás la miro pensando, con orgullo o desistimiento, “Cuántos libros que tengo”. Es grande pero mucho más chica que otras que conozco, y está organizada de manera conservadora. No recuerdo cómo la ordené en mi departamento anterior, más chico, en el que ocupaba apenas dos paredes, pero en el de ahora hay una división tajante, dos bibliotecas separadas que son la radiografía —sólo evidente para mí— de la manera en que mi vida como lectora experimentó un giro violento en los años noventa.

En el pasillo que une mi estudio con el resto de la casa están las obras que viajaron conmigo desde la ciudad en la que me crié hasta Buenos Aires, donde me mudé a los diecisiete años: clásicos clasicísimos —tragedias griegas, *La Ilíada* y *La Odisea*, los rusos, etcétera— y literatura europea: italiana, alemana, española, sobre todo francesa (también hay autores a los que llegué más tarde pero que no son de procedencia anglosajona: japoneses, algún indio, algún turco, el noruego Karl Ove Knausgård). Clásicos imbatibles, autores y autoras europeos: eso era lo que leía —con excepciones como Cortázar, Bioy Casares, Rulfo, García Márquez— hasta que cumplí veintitrés o veinticuatro años y, en mi primer trabajo como periodista, conocí al escritor argentino Rodrigo Fresán. Por entonces sentía que mis lecturas se habían estancado: no sabía por dónde seguir. ¿Más Kafka, más Heinrich Böll, más Stendhal? Le pregunté a Fresán qué me recomendaba leer. Me respondió: “¿Leíste a John Irving?”. No, y no tenía idea de quién era John Irving. Él, que jamás prestaba libros, me prestó *Oración por Owen*, me encomendó que no le quebrara el lomo, que no arruinara la portada, que no doblara las páginas, que se lo devolviera tal cual. Leí esa novela en pocos días, tomando precauciones: no la llevaba en el transporte público (horror a



Jorge Méndez Blake, *Todos los libros de Borges* [ejemplares de la obra de Borges extraídos de las bibliotecas públicas de Manhattan], Frieze, Nueva York, 2012. Cortesía del artista.



Marguerite Duras, *El amante*, Tusquets, Barcelona, 2010.

extraviarla); no la leía mientras cenaba (horror a manchar las páginas); cubrí la portada con papel satinado (horror a dejarle una marca). Fue un camino de ida hacia la literatura norteamericana contemporánea, una veta que empezó con Owen-Irving, siguió con todas las recomendaciones que me hizo Fresán —Eugenides, Tobias Wolff, Richard Ford, John Cheever, Anne Tyler, muchos más— y a la que se sumaron, como si aquellos libros hubieran sido imanes que atraían a otros de la misma estirpe, descubrimientos propios: Lorrie Moore, David Foster Wallace, Jonathan Franzen, Michael Chabon, etcétera.

La biblioteca del pasillo no debe tener más de mil ejemplares y es una biblioteca casi detenida: no aumenta demasiado. Cada tanto ingresa algún autor francés —la psicoanalista Anne Dufourmantelle o *Hacer el amor*, de Jean-Philippe Toussaint, que no me interesó aunque tiene algunas frases estupendas, y si hay algo que no puedo hacer es desprenderme de un libro con “algunas frases estupendas”—, pero, en general, no crece.

La otra, la de mi estudio, crece continuamente. Paredes de piso a techo, estantes gruesos para sostener dos hileras de libros (atrás y adelante), cuatro zonas bien definidas: no ficción, ficción, poesía y cómics. La no ficción tiene subdivisiones: diccionarios, ensayo, biografía, no ficción periodística. La de ficción

está dividida por zonas geográficas: América Latina (cada país tiene su espacio: Argentina, Colombia, México, Bolivia, Perú, etcétera), Inglaterra (que saltó de la biblioteca del pasillo a ésta porque crece, aunque con timidez) y Estados Unidos, el núcleo duro del asunto, el síntoma de mi viraje violento. La literatura norteamericana contemporánea ocupa muchísimos estantes, está a mis espaldas y aumenta de manera vertiginosa. Es una criatura en expansión, la zona con más libros efectivamente leídos y releídos: Pete Dexter, David Foster Wallace, Rick Moody, Lorrie Moore, Lydia Davis, Ann Beattie, Faulkner, Fitzgerald, Capote, Mailer, Tobias Wolff, Salinger, Cheever, Richard Ford, Eugenides, Anne Tyler, David Gates, Nickolas Butler, Peter Cameron, Franzen, Chabon, Bret Easton Ellis, Carver, A. M. Homes, Lionel Shriver, Amy Hempel, Nathan Hill, Ottessa Moshfegh, Elizabeth Strout, Richard Yates, Scott Spencer. Etcétera. Y etcétera. Y etcétera. Aquella primera lectura que sugirió Fresán torció mi rumbo para siempre y dejó huellas en todo: en lo que pienso, en lo que escribo, en lo que busco.

La totalidad de la biblioteca está organizada por autores. Eso no presenta problemas, aunque hay ripios: si alguien escribe ficción y no ficción, ¿reúno todo en la zona de ficción (por algún motivo, eso tiene más sentido que lo opuesto) o separo ficción de no ficción? Mis decisiones son arbitrarias: la obra de Martín Caparrós está dividida entre



Rodrigo Fresán, *El estilo de los elementos*, Random House, Barcelona, 2024.



Martín Caparrós, *El interior*, Random House, Buenos Aires, 2023.

la zona de ficción y no ficción, igual que la de Juan Villoro y Joan Didion; la obra de ficción y no ficción de Alan Pauls, Mariana Enriquez, David Foster Wallace, Fogwill, Hebe Uhart, Ricardo Piglia permanece unida en la zona de ficción. Es un criterio misterioso (y un misterio muy poco relevante).

Aunque todo indique que el nuevo libro de un autor que me gusta mucho es malo, lo compro igual (cultivo la lealtad lectora). A veces me encuentro rogando que fulano o fulana no publiquen nada más porque voy a tener que recurrir a la odiosa modalidad de colocar su obra echada horizontalmente sobre volúmenes anteriores, ya que insertar uno nuevo significa mover estantes completos. Cuando lo hago, reencuentro cosas que quiero releer y las llevo a la biblioteca jibarizada: la mesa de luz.

Releer es importante y peligroso. Sufro decepciones. Me sucedió con *El festín del amor*, de Charles Baxter, que recordaba extraordinario y que en la segunda lectura me pareció muy bueno —ahí estaba Baxter con sus estructuras

raras y todo su talento—, pero no me deslumbró, y lo mismo con *Río azul*, de Ethan Canin (aunque el final me sigue estremeciendo). Por supuesto, hay casos de satisfacción garantizada: *Oración por Owen*, de Irving, o *El gran Gatsby*, de Fitzgerald, o *Madame Bovary*, de Flaubert, o *El invierno de nuestro descontento*, de John Steinbeck, o *Las palmeras salvajes*, de Faulkner, pero ésas son, en el fondo, apuestas fáciles, como volver a una casa querida aunque la casa haya cambiado un poco.



Rodolfo Walsh, *Operación masacre*, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura UNAM, México, 2020.

En 2018, cuando me mudé, el espacio destinado a la no ficción periodística era escaso, uno o dos estantes. Casi no había qué poner ahí salvo los clásicos de Rodolfo Walsh o Caparrós y algunos gringos. Ahora desborda, sobre todo con obras de autores y autoras de habla hispana publicadas en México, España, la Argentina, El Salvador, Colombia, Perú, Chile, Uruguay, Ecuador. Si bien la mía es una biblioteca viva y los libros salen y entran todo el tiempo, ese sector es parti-

La biblioteca como decoración es un sopapo escandaloso, una afrenta, porque el concepto “adorno” está reñido con los libros. Los libros producen alivio pero también malestar, enamoran y hacen sufrir, despiertan evocaciones, melancolía e ideas peligrosas. Eso no lo logra un florero. Verlos hacer las veces de objeto decorativo es como contemplar a un animal salvaje en una jaula.

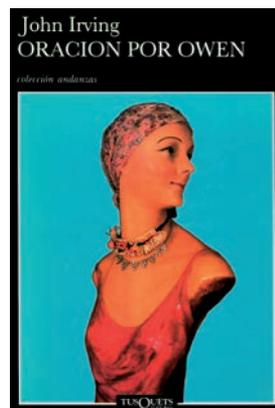
cularmente movédizo: busco soluciones técnicas, ideas para escribir o para dar talleres. De la sequía casi completa se ha pasado, en los últimos años, a un panorama en el que casi todas las editoriales le prestan atención al género, lo cual no es precisamente una mala noticia.

Hace un tiempo, un amigo escritor me dijo que había donado unos 2500 ejemplares de su biblioteca. Las purgas son necesarias: la cantidad amenaza incluso la resistencia de los materiales. Imagino las vigas cediendo, mi estudio desplomándose sobre el departamento de abajo, los vecinos literalmente aplastados por la literatura. Cada tanto me desprendo de algunos libros. Regalo, le llevo a mi padre, reparto entre participantes de los talleres. Pero hay períodos en los que mi biblioteca no soporta un solo libro de menos: nada de lo que hay puede quitarse sin que ella y yo suframos un daño irreversible y descomunal.

Se dice que mudar una biblioteca es una pesadilla. Tengo la sensación contraria (quizás porque me mudé poco): desembalarla fue un momento feliz. A medida que lo hacía descartaba mucho (los periodistas acumulamos “por las dudas”: libros sobre la inmigración japonesa, sobre el cultivo de la soja, sobre fauna cadavérica, sobre la historia del ajenjo; nunca se sabe qué puede servir ni para qué); las pequeñas decisiones excitantes —dónde poner a los colombianos, a los norteamericanos, a los argentinos— me provocaban un vértigo gozoso, y ver la obra terminada —montar una biblioteca es hacer una obra— me insufló la satisfacción que se siente al terminar un *puzzle*.

Antes de mudarme, le pedí a una arquitecta que diseñara la biblioteca para mi estudio. Volvió con un diseño exquisito, curvo, de estantes delicados como pestañas. Parecía un animalito curioso con el cuello lanzado hacia adelante. La miré con pena —a la arquitecta, no a la biblioteca— y le dije que necesitaba un mueble robusto capaz de soportar la carga de miles de kilos, maquinaria pesada, un tractor, no una criatura etérea. La ar-

John Irving,
Oración por Owen,
Tusquets, Barcelona, 1989.



quitecta, que tenía muy buen gusto, me dijo: “Pero podés tener una biblioteca de diseño en el living y poner libros de adorno”. Eso hubiera significado alterar el orden del universo, expatriar un puñado de volúmenes del estante que les correspondiera —ficción, no ficción, poesía, cómic— y dejarlos allí, boyando en una atmósfera desconocida, huérfanos y desamparados. No conozco a ningún lector robusto que use los libros como adorno, ni que tenga una biblioteca como las que se ven en las revistas de arquitectura, con ese aspecto de mantis religiosas. Son divinas. No sirven para nada. Si me encuentro con una de esas bibliotecas en alguna casa, intuyo que sus habitantes no han leído un solo libro en toda su vida (soy prejuiciosa). La biblioteca como decoración es un sopapo escandaloso, una afrenta, porque el concepto “adorno” está reñido con los libros. Los libros producen alivio pero también malestar, enamoran y hacen sufrir, despiertan evocaciones, melancolía e ideas peligrosas. Eso no lo logra un florero. Verlos hacer las veces de objeto decorativo es como contemplar a un animal salvaje en una jaula.

Cada vez que se habla de bibliotecas, hay temas que se asocian de inmediato: los que subrayan y los que no (yo no subrayo); los que doblan las páginas y los que no (yo las doblo); los que toman notas en los costados o al final (yo no tomo notas); los que prestan libros y los que no (yo no presto); los que no devuelven libros prestados y los que sí (yo de-



Joan Didion, *Los que sueñan el sueño dorado*, Random House, 2012.

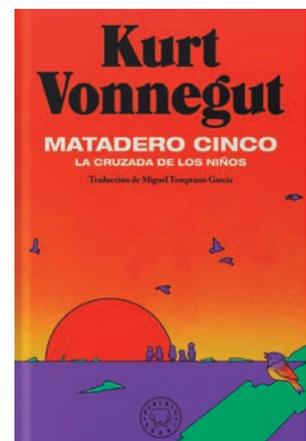
vuelvo pero casi no acepto que me pres-
ten porque, si el libro me gusta, me lo
quiero quedar); los que roban libros y los
que no (yo no robo, aunque birlé de la
biblioteca de mi padre un ejemplar de
Rimbaud). Pero si uno se aleja de los tó-
picos y va a lo funcional del asunto, si se
lo desveste de poesía, emoción, recuer-
dos, romanticismo, una biblioteca, para
alguien que escribe, es una herramienta
de trabajo. Escribir y tener una bibliote-
ca grande es poco original, es el equiva-
lente a la cocina llena de utensilios de
un chef o al taller atorado de maderas
de un ebanista: algo obvio. Claro que si
ciertas herramientas proveen soluciones
—una batidora eléctrica permite prepa-
rar claras a nieve sin gasto físico; una
gubia permite un trabajo preciso con la
madera—, la biblioteca es una fábrica de
problemas. Una máquina de perturba-
ción, de inquietudes, de desafíos, de in-
comodidades, de dudas, de preguntas. Y si
no funciona así, es porque funciona mal.

Cuando viajo a algunos sitios llevo
una maleta vacía que vuelve cargada de
libros. Me sumerjo en las librerías, don-
de venden mi droga favorita, como otros
se quedan transidos ante los percheros
de Zadig & Voltaire. Desarmar esa valija
al regreso es como abrir regalos de Navi-
dad. Lo cual es una tremenda estupidez,
ya que no contiene sorpresas. Así y todo,
mientras la desarmo pienso: “Ah, el úl-
timo de Elizabeth Strout” (un regalo de

Rodrigo Fresán, firmado por la autora);
“Ah, este ejemplar de Patrick McGrath
que compré por cuatro euros en una li-
brería de usados en Santander”; “Ah, esta
edición que no tenía de *Hablemos de lan-
gostas*, de David Foster Wallace”.

Adquirí el hábito de comprar dis-
tintas ediciones de ciertos títulos hace
tiempo. Yo no sabía que eso podía ha-
cerse. Quiero decir: es algo lógico, no es
ilegal, pero no se me había ocurrido ha-
cerlo hasta que leí una entrevista en la
que un escritor aseguraba tener muchas
ediciones de los libros que más le gusta-
ban. Me dije “Qué buena idea”. Lo es. Y
es pésima también, porque se suma a los
varios motivos que existen para alimen-
tar la compulsión de compra: porque leí
buenas reseñas; porque se trata de la
nueva novela de uno de mis autores fa-
voritos; porque leí malas reseñas —cada
vez hay menos— y quiero tener criterio
propio; porque todo el mundo está ha-
blando de ese libro y, de nuevo, quiero
tener criterio propio; porque leí el pá-
rrafo final y quedé encandilada; porque
a lo mejor me sirve para escribir. Afor-
tunadamente, no tengo ánimo fetichis-
ta, así que no compro libros porque me
parezcan “bonitos”, ni busco primeras
ediciones, ni leo en cuatro idiomas.

Aquí, confesión. En el sector de li-
teratura norteamericana hay un estan-
te de autores consagrados, prestigiosos,
muchos de ellos candidatos y candida-
tas al premio Nobel. Los escritores los



Kurt Vonnegut,
Matadero cinco, Blackie
Books, Barcelona, 2021.

Pero yo no diría que mi casa está donde está mi biblioteca. Más bien, diría que mi casa está donde esté mi escritura. Claro que, en ese punto, no puedo separar una cosa de la otra porque la biblioteca, mi biblioteca, es un agente de excitación, un instigador de lo que escribo. Más allá del placer que me proporciona, la hurgo, la exprimo, la utilizo como combustible.

veneran. A mí me resultan insoportables. Leo veinte páginas y tengo que empezar de nuevo porque me distraigo, me resultan aburridos, irritantes, incomprensibles. Y —esto es escandaloso— en ese estante estuvo, desde los años noventa y hasta noviembre de 2024, Kurt Vonnegut: dos ediciones de *Matadero Cinco*, ejemplares de *Buena puntería*, *Pájaro de celda*, *Mire al pajarito*. Cuentos, novelas. No llegaba a leer más de cinco páginas y empezaba a pensar en otra cosa. No podía con todo ese delirio. ¿Era un genio o un tonto? ¿Qué eran esos dibujitos, esas enormes letras negras en mayúscula? Escribía como un extraterrestre en viaje de ácido. No lo entendía, no entendía la devoción por él, no entendía nada. Hasta que el año pasado entré en la librería Machado del Círculo de Bellas Artes, en Madrid, vi un hermoso volumen de *Matadero Cinco* editado por Blackie Books, leí la frase del comienzo y se me apretó la garganta. Desde entonces, no he parado de leer —y, por supuesto, de comprar— a Vonnegut. *Las sirenas de Títán*, *Desayuno de campeones*, *Madre Noche*, *Galápagos*. Busco sus entrevistas. Escucho sus conferencias. Intento recuperar eso que me perdí durante décadas.

De todos los libros que podría quitar de mi biblioteca, no quitaría ninguno de ese estante. Porque puede que estén esperando por mi yo del futuro mientras mi vida, y el resto de mi biblioteca, construyen a la persona que será capaz de leerlos. Así como Vonnegut esperó por mí con toda esa paciencia, los demás quizás tengan la gentileza de hacer lo mismo. ❧

ÁNGEL SOTO

Bibliotecas: grandes esperanzas, poco presupuesto

Muchos sitios se encuentran en calles cuyos nombres los definen con precisión. El recinto donde comienza esta historia es una modesta biblioteca pública ubicada al final de una vía cuyo apelativo incluye “del Puente”. Pero no me refiero a la estructura que conecta dos espacios, sino al sustantivo predilecto de todo oficinista. Aquí, como en esos fines de semana largos, hace varios años que la realidad está en pausa.

Cuando llego, al mediodía, el sol se cuele por los cristales agrietados de un ventanal. En unos minutos conoceré a la mujer que custodia este recinto al sur de la Ciudad de México. Descubriré

Biblioteca Vasconcelos, 2024. Todas las fotografías a color son de Vladimir Balderas Mondragón. © Del fotógrafo.





Biblioteca de México,
2024.

que la necesidad la ha obligado a inventar una versión mexicana del *kintsugi* (el arte japonés que aprecia la belleza de los objetos reparados), pues hay una ventana remendada con cinta canela.

Paula Haro ha trabajado en la Biblioteca Pública San Nicolás Tolentino durante casi veinticinco años. La conocí —quizá sea más apropiado decir que ella me conoció, puesto que por entonces yo apenas rebasaba los diez años de edad— en los albores del milenio, cuando la biblioteca organizaba un curso de verano que más de una vez tuvo lista de espera. Los cupos eran limitados y los niños noventeros aún no habíamos sido raptados por la vida digital.

Hoy la visito para hablar de su vocación bibliófila e indagar en su labor. Un letrado en la puerta certifica que estamos en horario de atención al público, pero ahora mismo nadie más se encuentra aquí. Cuando llego a la cita, Paula está entretenida con un rompecabezas que ya sugiere el contorno de *La noche estrellada* de Van Gogh. Me invita a sentarme con ella frente al librero de los clásicos. Custodiados por viejas ediciones de *El principito*, *Drácula*, *Oliver Twist* —en fin, los infalibles—, me comparte el inventario de dificultades que arrastra

la biblioteca (“mi biblioteca”, repetirá durante la conversación). Le señalo las ventanas rotas y ella reacciona con un gesto de autosuficiencia que ayuda a mitigar su frustración. Por ahora, ha logrado evitar un problema mayor.

A media charla, desvía la vista hacia un lugar indeterminado al otro lado del salón. La biblioteca de una planta es, en realidad, pequeña, pero los ojos de Paula la recorren como si se hubiese ensanchado por la noche. “¿Te imaginas? Antes siempre la teníamos llena”, suspira. Ahora parece que todo está de más: sobran mesas, sillas, estantes, esquinas, metros cuadrados. Falta lo esencial, lo que dotaría de sentido a este espacio: los lectores.

Si bien la tradición bibliotecaria en estas tierras data de la época prehispánica,¹ su esplendor comenzó a gestarse a principios de los años ochenta del siglo pasado. En esa década, el país contaba con apenas 351 recintos para una población de 77 millones de habitantes. Du-

1 En su *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, el lexicógrafo español fray Alonso de Molina consigna que la palabra “amoxcalli” significa “la casa de los libros”.

rante el sexenio de Miguel de la Madrid se lanzó el Programa Nacional de Bibliotecas Públicas. Su objetivo parecía al mismo tiempo ambicioso y simple: instalar al menos una en cada municipio del país. Fue la gran apuesta del gobierno madridista para impulsar un acceso igualitario a la educación y la cultura. Naturalmente, una jugada de ese calibre requería un marco legal apropiado, de modo que en 1985 se creó la Dirección General de Bibliotecas (DGB) y el proyecto se codificó en la Ley General de Bibliotecas de 1988. Con ella, además, se institucionalizó la Red Nacional de Bibliotecas Públicas (RNBP), la gran *floor manager* de este entramado que al día de hoy sigue operando. La expansión fue asombrosa —en los primeros cinco años, el número ascendió a más de tres mil—, en particular si consideramos las crisis económicas que asolaron al país en esa década.



Estudiantes en una biblioteca, ca. 1960. Fotografía de Nacho López. Fototeca Nacional, INAH © 4.0.

Hacia el final del siglo sobrevino una época de crecimiento más o menos constante. Durante los sexenios de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, la plantilla siguió abultándose. Para 1996 había poco más de cinco mil bibliotecas instaladas (aunque no necesariamente en operación, como contaré más adelante). Incluso en los sexenios de alternancia y violencia extrema (gobernados por Vicente Fox y Felipe Calderón, respectivamente), el proyecto bibliotecario sostuvo su desarrollo. No deja de ser paradójico que el cenit de esta cruzada libresca —cuando la RNBP registró por primera

vez más de siete mil recintos— haya ocurrido bajo el mandato del presidente que vivió algunos de los minutos más bochornosos de su sexenio tratando de recordar sus tres libros tutelares.

Vivimos en un país donde la propensión a lo multitudinario es una forma de la vanidad. En la actualidad, nos dicen las cifras oficiales recientes, tenemos “la red de bibliotecas más extensa de Latinoamérica”. La conforman 7 476 recintos, suficientes para dar cobertura a 93 % de los municipios del territorio.² Si es verdad lo que dijo Jorge Luis Borges, que el paraíso se parece a una biblioteca, entonces debemos estar viviendo en el Reino de los Cielos. No obstante, sabemos que las estadísticas todo lo trivializan y que la realidad —vaya agüestras— es menos dichosa.

Hace unos años, en el momento más crítico de la pandemia de covid, Paula Haro y su única colega atendieron la indicación de confinamiento. Ambas forman parte del grupo de personas vulnerables por padecer enfermedades crónicas, de modo que la alcaldía Tlalpan determinó enviarlas a casa. Fueron casi dieciocho meses lejos de la biblioteca. Al regresar, en julio de 2021, la hallaron en un estado deplorable. Plantas muertas, estantes cubiertos de un polvo pegajoso por la humedad. ¿Acaso los libros también habían envejecido de forma prematura? En algún rincón, alguien olvidó un sándwich de mermelada y eso permitió que la frase “ratón de biblioteca” cobrara irónica materialidad.

La alcaldía —encabezada en ese momento por la perredista Alfa González— repartió *kits* de higiene a las bibliotecas de la zona: un pequeño bote de gel antibacterial, algunos cubrebocas desechables y un paquete de toallas de papel. Pero Paula y su compañera tenían

2 Un reporte detallado sobre el reparto de bibliotecas por estado se puede consultar en el Sistema Nacional de Información Cultural, disponible en: <https://acortar.link/9Xaxit>.

una tarea profiláctica que reclamaba mucho más que ese simbólico botiquín. Así que, con sus propios recursos, costearon barras de jabón, galones de cloro, jergas y otros productos de sanitización.

Jocosos cronistas de la ciudad, Chava Flores nos legó una canción que podría sintetizar la condición actual de nuestro sistema bibliotecario. En “Peso sobre peso” (mejor conocida como “La Bartola”), un hombre entrega dos pesos —estamos hablando de los años cincuenta— a su esposa y le da instrucciones precisas: “pagas la renta,/ el teléjono y la luz;/ de lo que sobre,/ coges de ahí para tu gasto;/ Guárdame el resto/ para echarme mi ali-pús”. A las bibliotecarias y bibliotecarios de México se les exige algo semejante.



Niñas observan libros en una biblioteca escolar, ca. 1955. Fotografía del Archivo Casasola. Fototeca Nacional, INAH © 4.0.

Para que haya lectores, es preciso que haya recursos. No obstante, en muchos casos, la RNBP se sostiene gracias a la buena voluntad y el ingenio de sus trabajadores, que consiguen hacer rendir el presupuesto.

Hablar de carencias en México es como hablar del frío en Siberia. Nada más normal que leer noticias sobre recortes presupuestales mientras la vida sigue su curso en permanente estado de encarecimiento.

En el invierno de 2015, Conaculta elevó su rango a secretaría federal. Lamentablemente, el ascenso no incluyó aumento presupuestal. De acuerdo con los análisis de la organización civil Fundar, el presupuesto anual asignado a la

Secretaría de Cultura (SC) en la última década ha menguado de forma constante. Y el Paquete Económico 2026 no luce más prometedor, pues prevé una reducción del 13 % respecto al periodo previo. En su primer año de operaciones, la SC recibió diecinueve mil millones de pesos; una década más tarde, recibirá trece mil millones. De ese tamaño ha sido el menoscabo.³ He aquí la gran dolencia de las bibliotecas: la falta de recursos. De ella se derivan todos los males que mantienen encallado a este leviatán institucional.

El personal de la Biblioteca Renato Leduc, ubicada en la alcaldía Tlalpan, ha experimentado la escasez de primera mano. “No tenemos gente de intendencia”, explica María de Lourdes Valverde, que suma veinticuatro años de servicio. Es la más veterana entre las cinco bibliotecarias que se turnan la atención en este lugar que, no obstante su buen tamaño, resulta difícil de hallar por estar enclavado en una unidad habitacional. “Cada quien hace una parte, los baños, los tinacos, la cisterna, la bodega... Solamente así nos mantenemos al día con la limpieza”. Me cuentan que no han encendido las computadoras en más de un año: el deterioro de la instalación eléctrica no lo permite. Hay, eso sí, acceso a internet, pero sin equipos funcionales sirve de poco.

Tampoco la promoción de sus propias actividades escapa de la precariedad. Antes de la pandemia, recuerda, los cuentacientos reunían a una modesta pero devota grey de treinta personas, entre niños y adultos, por sesión. Para anunciar esas tertulias, las trabajadoras compraban cartulinas fosforescentes, plomones y revistas para expropiar alguna

3 Es necesario resaltar los esfuerzos del actual gobierno federal en lo que respecta al fortalecimiento de los programas sociales, el impulso a la inversión pública y el combate a la evasión fiscal. No obstante, diversos especialistas sugieren que esos empeños no deben realizarse a costa de otras áreas, como el cuidado ambiental, el gasto en cultura o el desarrollo científico y tecnológico.

“¿Te imaginas? Antes siempre la teníamos llena”, suspira. Ahora parece que todo está de más: sobran mesas, sillas, estantes, esquinas, metros cuadrados. Falta lo esencial, lo que dotaría de sentido a este espacio: los lectores.

ilustración. Con paciencia y buen ánimo, diseñaban letreros cuya vida útil era tan larga como la de una servilleta de taquería. No importaba. Los dividendos de su inversión se contaban en sonrisas.

Sin ánimo de romantizar las limitaciones, me dirijo a Elvira Rivera, otra de las bibliotecarias de la Renato Leduc. Le pregunto si, pese a todo, disfruta su trabajo. “Muchísimo”, me responde de inmediato. “En primera, porque me encanta leer. Soy de las personas que a veces leen hasta cuarenta libros al año.” Me muestra el que lleva en la bolsa: una edición amarillenta, pero bien conservada, de *El llano en llamas*. “Una bibliotecaria siempre debe estar informada”, me dice con el tono de quien alecciona a la juventud. “Debe escuchar música, ir al teatro, al cine. Se debe cultivar.”

Con demasiada frecuencia, el entusiasmo flaquea ante la evidencia. Es lo que ocurre con la profesionalización del personal. Vuelvo a la historia de Paula. Certificada a nivel técnico por la UNAM, lamenta, con la probidad que le confieren sus años de experiencia, que muchas personas lleguen a las bibliotecas sin la preparación adecuada: “Las trabajadoras de los Cendis (Centros de Desarrollo Infantil) se cambiaron para acá. Qui-

sieron venir a las bibliotecas porque aquí tenemos tres periodos vacacionales. Ahora se dicen bibliotecarias, pero no tienen ni la categoría ni los estudios”. Aunque me inquieta la altivez con la que dice esto, su afirmación me parece reveladora.

Pero esta circunstancia no debe atribuirse al personal —que, después de todo, sólo busca maneras dignas de subsistencia—, sino a la tibieza de los burócratas de alto rango que incumplen el cometido de honrar los preceptos jurídicos. La ley de 1988 estipulaba que las bibliotecas públicas debían operar en un esquema tripartito. La SEP (a través de la DGB) se encargaría de formar y capacitar al personal, mientras que los gobiernos estatales y los municipales asumirían la tarea de adscribir y remunerar a los trabajadores. *Spoiler*: en la mayoría de los casos, no ocurrió así.

No es arriesgado decir que la falta de profesionalización es un problema sistémico enraizado en causas complejas. Los expertos Diana Quezada Escamilla y Federico Hernández Pacheco, del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información de la UNAM, documentaron que hace unos años la escolaridad máxima de la mayoría de los bibliotecarios públicos oscilaba entre la secundaria y la preparatoria (31 % y 34 % respectivamente). Sólo un 11 % acreditaba un título universitario y la mayoría no era especialista en bibliotecología. Los investigadores encuestaron a trabajadores de unas doscientas cincuenta bibliotecas de todo el país y descubrieron que tenían dos grandes causas de agobio: la deficiente —en muchos casos, inexistente— capacitación continua y la estrechez salarial. El sondeo arrojó que buena parte de la fuerza laboral percibía un salario menor a los tres mil pesos mensuales.



Biblioteca Vasconcelos, 2024.

Elvira Rivera pone énfasis en el sistema escalonado que rige a los bibliotecarios. Ella y María de Lourdes se encuentran en el nivel que denominan “pie de raya”: el más bajo del organigrama. “No, no es posible escalar a otro nivel, a lo mejor como jefas de área, como subdirectorías”, reclama. “Ni podemos ni nos dejan, porque con cada administración llegan los recomendados. Ellos son los que se quedan siempre con esos puestos; así no podemos aspirar a más.”

Baluartes de la capital mexicana, la imponente Biblioteca Vasconcelos también lidia frecuentemente con las cortapisas. Una y otra vez, el sindicato convoca a huelga para exponer las “condiciones de trabajo insostenibles”. En una de las más recientes, acusaron a Rodrigo Borja Torres, responsable de la DGB, de ignorar sus demandas. Aseguran, además, que la administración impone sanciones económicas y que esta severidad ha contribuido a crear un ambiente hostil.

Ante la dificultad para sostenerse, muchos espacios optaron por el cierre. Un informe de la SEP muestra una preocupante tendencia a la baja en el número total de bibliotecas públicas. Entre 2017 y 2022, la Red Nacional perdió 1 998 recintos, lo que representa una reducción del 26.8 % del total que llegó a tener. Según datos de la DGB, actualmente han cerrado 926 bibliotecas.

Ha habido agravantes. El terremoto del 19 de septiembre de 2017 dañó de forma severa más de quinientos inmuebles que no han logrado recuperarse. Para colmo, después del temblor sufrieron saqueos. En otros casos, las inundaciones en temporada de lluvias han estropeado los acervos.

Nuestra infraestructura bibliotecaria retrocede al siglo XX.

La redacción de la ley de 1988 dejaba claro que, para los legisladores de entonces, una biblioteca no era otra cosa que una bodega bien organizada. De acuerdo

con su definición, se consideraba biblioteca “todo establecimiento que contenga un acervo impreso o digital de carácter general superior a quinientos títulos, catalogados y clasificados”.

En 2021, el Congreso mexicano finalmente se sacudió 33 años de modorra legislativa al respecto. La reforma a la Ley General de Bibliotecas prometía acceso más expedito a acervos impresos y digitales, restauración de recintos y profesionalización del gremio. Pablo Mora Pérez-Tejada dirigió el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM de 2016 a 2024. Dado que la Universidad participó activamente en la actualización de la ley, fue testigo privilegiado del proceso. Según él, la nueva ley ataca los problemas más urgentes desde varios frentes. Por un lado, promueve la profesionalización del personal y el mejoramiento de los recintos, un intento por elevar los estándares en un sector que, como hemos visto, adolece de formación técnica. Por otro lado, amplía significativamente el Depósito Legal, quizá el cambio más importante de la reforma.

Hasta 2021, sólo dos instituciones recibían ejemplares de cada obra publicada en México: la Biblioteca Nacional y la del Congreso. La reforma sumó a la Biblioteca de México como tercer depositario, lo que triplica los ejemplares que los editores deben entregar: de dos a seis copias por título. “Esto permite no sólo preservarlos, sino también difundirlos mejor”, asegura Mora. En sus palabras, el Depósito Legal se convierte en el “instrumento clave de alimentación y retroalimentación de las bibliotecas”.

La reforma también apostó por la integración. El nuevo Sistema Nacional de Bibliotecas aspira a conectar por primera vez recintos públicos, universitarios y privados para que intercambien información y servicios digitales. La Biblioteca de México —que incluye los recintos de La Ciudadela y la Vasconcelos— quedó designada como rectora de toda esta red. Es decir, como la cabeza coordinadora del sistema.



Biblioteca de México, 2024.

La UNAM también contribuyó al proceso elaborando un glosario que define las funciones de cada tipo de biblioteca y actualiza conceptos como libros electrónicos y plataformas digitales educativas. Es un detalle que refleja la intención de modernizar no sólo las leyes, sino también el lenguaje con el que se piensa el sistema bibliotecario.

Descritos así, estos cambios suenan casi utópicos. Pero la ley dejó ambigüedades en el manejo de archivos electrónicos que alarmaron a representantes de la industria. Decenas de editoriales presentaron amparos por posibles violaciones a los derechos de autor. Aunque la Suprema Corte declaró la ley constitucional, quedó claro que necesitaba ajustes. En noviembre de 2023, apenas dos años después, se aprobó una reforma que añadió el artículo 34 Bis, estableciendo explícitamente el “respeto a los derechos de autor y conexos” como criterio fundamental para el Depósito Legal.

Más allá del ámbito jurídico, la desigualdad que persiste no ha sido resuelta ni por las leyes ni por las reformas. Aun-

que se presume una cobertura de municipios superior al 90 %, todavía hay decenas de localidades sin acceso a ningún servicio bibliotecario. Esto significa que, a fin de cuentas, el acceso a la cultura y a la información sigue dependiendo del sitio donde hayas nacido.

José Emilio Pacheco escribió que T.S. Eliot era “el poeta más célebre” del siglo XX. Quizá sólo por esta razón deberíamos aceptar esta frase del autor de *La tierra baldía*: “La existencia misma de las bibliotecas proporciona la mejor evidencia de que todavía podemos tener esperanza para el futuro de la humanidad”. Dicho de otro modo: si aspiramos al porvenir, debemos cuidar nuestras bibliotecas. ∞

DANIEL GOLDIN

Las bibliotecas públicas, esas desconocidas

Tal vez la mayor paradoja de las bibliotecas públicas sea que se les concibe como espacios para almacenar y poner a disposición conocimiento e información y, sin embargo, se sepa tan poco de lo que acontece en ellas. Incluso entre bibliotecarios prevalece una extraña resistencia a reconocer lo obvio: hoy no son (sólo ni primordialmente) sitios para leer ni para los lectores. Quizá por eso ahora, cuando supuestamente todo mundo puede acceder de manera legal o ilegal a casi todos los libros desde su pantalla, las bibliotecas públicas rebosan vitalidad, en particular en contextos en los

Vistas de la Biblioteca Vasconcelos, 2024. Fotografías de Vladimir Balderas Mondragón. © Del fotógrafo.





que hay mayores posibilidades de consultar libros y otras fuentes. Entonces, ¿cómo leerlas?

LO QUE ELLAS PROPONEN Y LO QUE LOS USUARIOS DISPONEN

Si uno se asoma a la oferta oficial de las bibliotecas públicas, verá que cada vez es más frecuente que presten, además de libros, muchas otras cosas —herramientas, computadoras, videojuegos o tableros de ajedrez, pianos, películas, lugares para trabajar o estudiar— y ofrezcan talleres de yoga, baile, teatro, etcétera. Aun en países como el nuestro, donde sólo tienen acervos raquíticos y amarillentos, promueven actividades alejadas del silencio con el que se les suele identificar.

Al indagar para qué se utilizan realmente, resalta la coexistencia de opuestos: estudiar y distraerse, trabajar y descansar, estar solo o buscar compañía, se usan para conectarse (a internet, al mundo, a la vida espiritual) y para desconectarse (de internet, el mundo o el infierno interior). Sirven para todo, incluso para no hacer nada... como los libros. En las investigaciones que realizamos cuando estuve al frente de la Vasconcelos vimos

que un mismo usuario podía visitarnos para fines muy diferentes y opuestos, en una sola jornada o en distintos periodos.¹ De ahí que, si nos centramos en el sentido que tienen las bibliotecas en la vida de sus usuarios, resulte tan difícil encasillarlas.

Desde la sociología se les puede incluir en el rubro “tercer espacio”: ése que difiere del primero, la casa, y del segundo, el trabajo. Se trata de espacios públicos más o menos neutrales, donde la gente puede reunirse e interactuar, como los cafés y los *pubs*, y a los que muchos acuden a leer y a escribir. El “tercer espacio” es un concepto de Ray Oldenburg, aunque él nunca lo aplicó a las bibliotecas. Sin embargo, algunos bibliotecarios se lo han apropiado tras constatar que los cafés y otros sitios que Oldenburg consideró para su modelo han dejado de ser lugares informales para la conversación y la educación, mientras que muchas bibliotecas públicas han flexibilizado sus reglamentos internos y formas de operación.²

Las bibliotecas son efectivamente un tercer espacio, pero a la vez son algo más. Algunos de sus visitantes asiduos no tienen casa; muchos más carecen de un lugar para trabajar. De este modo, son sitios de refugio para indigentes, indocumentados o cualquier persona, sin importar su grado de estudios u otras características. Entre otras razones, por eso no hay otro espacio que tenga mayor potencial democrático.

Las bibliotecas ponen la información y el conocimiento a disposición de cualquiera, pero también reconocen y atienden desigualdades fundamentales, por ejemplo, las oportunidades de descanso. Salvo por algunos deportivos, no

1 Para leer diferentes testimonios y datos, se puede consultar este enlace: www.ventana-vasconcelos.com.

2 Una excelente presentación del tema se encuentra en el texto “Bibliotecas, tercer lugar”, de Mathilde Servet, publicado en español el 23 de mayo de 2012 en el blog *Bibliotecas 2029*. Disponible en tinyurl.com/3wdktssw.

Si uno se asoma a la oferta oficial de las bibliotecas públicas, verá que cada vez es más frecuente que presten, además de libros, muchas otras cosas —herramientas, computadoras, videojuegos o tableros de ajedrez, pianos, películas, lugares para trabajar o estudiar— y ofrezcan talleres de yoga, baile, teatro, etcétera. Aun en países como el nuestro, donde sólo tienen acervos raquíticos y amarillentos, promueven actividades alejadas del silencio con el que se les suele identificar.

hay otra institución que reciba a personas tan distintas para hacer actividades tan diferentes en periodos tan amplios. Uno puede obtener la credencial desde el primer día de nacido hasta los 136 años, sepa o no leer.

Las mejores bibliotecas reconocen la singularidad de cada quien para promover su autonomía. Su verdadera misión no es formar lectores, sino que cualquiera se descubra un poco más dueño de su destino y no sea víctima de la fatalidad, sin discursos grandilocuentes.

POR UNA ECONOMÍA DEL PRÉSTAMO

Las bibliotecas públicas prestan, no regalan ni venden. Salvo por ellas, ningun-

na institución hace del préstamo la base de su filosofía. Por eso contribuyen de manera esencial a generar confianza, el mejor sustento de una sociedad democrática. Desde una visión letrada, que asocia los libros a la literatura, su actual apertura al préstamo de otros objetos puede ser interpretada como la pérdida de la centralidad del libro. Yo la entiendo de manera opuesta. Pone al descubierto que tanto los libros como las bibliotecas sirven para todo, incluso para escapar. Pero ¿en verdad ha perdido centralidad el libro?

A unos cuantos meses de abrir Jardín LAC Vizcaínas, una biblioteca pública no dependiente del Estado, nos hacemos esa pregunta a diario. Hemos revisado más de cien mil reseñas para conformar un acervo nuevo y fresco que el usuario perciba como una librería actualizada y hospitalaria en la que se presten también las novedades más recientes. Sin embargo, no sabemos qué les pasará a esas obras que tanto dinero y trabajo han costado. Esa incertidumbre es inquietante. La enfrentamos de manera proactiva. Las bibliotecas públicas pueden ser una caja de sorpresas y convertiremos ésta en un laboratorio.

Todos sabemos que en los laboratorios se hacen experimentos, aunque aquellos a los que tenemos acceso sólo ratifican lo sabido; los que sirven para construir conocimiento socialmente relevante están reservados a universitarios. En cambio, las bibliotecas públicas rompen la asociación automática entre el conocimiento y las escuelas: son hogares para investigadores curiosos, para



personas que no se acostumbran a la costumbre ni se someten al infortunio.

Cuando dejé la Biblioteca Vasconcelos, varios amigos y yo fundamos Jardín LAC. Lectura, arte y conversación,³ una asociación civil que pretende ampliar el espacio público a través de la conversación. Gracias al apoyo incondicional y entusiasta del Colegio de las Vizcaínas, hemos tenido la inmensa fortuna de construir una biblioteca en un recinto emblemático de nuestro Centro Histórico. Nos dimos la oportunidad de (re)pensar todo: qué, por qué, con quién, para quién... Jardín LAC Vizcaínas se asume como un laboratorio en una zona de la ciudad que desde tiempos prehispánicos ha sido, cuando menos, conflictiva. Queremos hacer experimentos. Sólo así podremos responder un dilema central de la gestión bibliotecaria: ¿conservar o transformar?

LA ARQUITECTURA INVISIBLE DE LAS INSTITUCIONES

Todas las instituciones (se) sostienen (en) una arquitectura invisible (o invisibilizada) que sale a la luz cuando cuestionamos lo que parece natural. Pasa en el campo de la salud, que tendemos a identificar con la atención médica y hospitalaria y que nos convierte en pacientes enajenados de nuestro cuerpo.⁴ Pasa con las escuelas y también en el ámbito del arte y la cultura. El *museion*, un lugar para conversar con las musas, se convirtió en el museo: una vitrina para contemplar.

Esas tres instituciones tienen en común establecer una frontera entre los que saben y tienen un papel activo, por un lado, y los ignorantes que sólo reciben, por el otro. ¿En qué espacio institucional se debe ubicar a las bibliotecas públicas? ¿Pertencen al ámbito de la educación, la cultura, la salud, la economía, la ecología, la seguridad? Atendien-

do a lo que significan para sus usuarios, sin duda, en todos.

Vista desde el paradigma ilustrado, una biblioteca pública puede ser un espacio de redención para iluminar a los iletrados que viven en la oscuridad. ¿Es posible procurar así la libertad, la igualdad y la fraternidad? Tal paradigma supone una organización del saber que se vierte en los aspectos materiales de la gestión bibliotecaria.

Sin embargo, si se quiere generar vida hay que prestar atención a la forma en que ella prospera, es decir, a la mutación continua. De ahí la metáfora del jardín. Es preciso aterrizar la metafísica. Los buenos deseos se deben plasmar en la manera de constituir y ordenar las colecciones. Ensayemos, pues, transformar la



3 El sitio web del Jardín LAC es jardinlac.org.

4 Iván Illich, *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Barral Editores, Barcelona, 1975. Disponible en www.ivanillich.org.mx/Nemesis.pdf.

arquitectura vertical, aquella que moviliza a sus usuarios de la oscuridad hacia la luz y que sostiene a la mayor parte de las bibliotecas, aunque todas enuncien que su trabajo es horizontal e inclusivo. En Jardín LAC tenemos la oportunidad de proponer criterios alternativos para conformar, clasificar y catalogar las colecciones.

Al igual que la educación pública, generalmente las bibliotecas públicas se conciben como un instrumento de igualación de oportunidades. Si bien reconocen la desigualdad y pretenden subsanarla, los roles están fijos en su arquitectura vertical, como ocurre con el árbol del conocimiento.

Sin descartar del todo el modelo tradicional, nos hemos propuesto hacer

experimentos para crear una biblioteca más inclusiva. Por ejemplo, procuramos la interacción de colecciones “especializadas” con un acervo de interés general. La apuesta es que su coexistencia motive una expansión más plural del espacio público. ¿Acaso la biología contemporánea no permite revalorar la manera en que otras culturas conciben el vínculo entre el hombre y otros seres vivos?

En Jardín LAC Vizcaínas estamos creando quince bibliotecas curadas. A través de ellas nos hemos propuesto integrar obras de múltiples disciplinas y géneros, de ficción y no ficción, alrededor de algunos temas que juzgamos importantes.⁵ Poner a dialogar novelas y poemas con obras científicas o ensayos es una suerte de puesta en acto que valora la experiencia subjetiva.

Esto nos ha llevado a buscar formas de clasificar y catalogar que impulsen las derivas y el deseo de investigar. No estamos descubriendo el hilo negro, eso lo han hecho los algoritmos que impulsan las maquinarias del consumo y que nos han llevado a este futuro incierto y sombrío. Obviamente, también debemos pensar en el acomodo y la presentación de las obras y en muchas otras cosas, con la finalidad de potenciar el valor de los libros para alimentar la conversación.

En Jardín LAC navegamos en contra de una poderosa corriente que promueve el encierro en las propias concepciones y la confrontación con los demás. No tenemos el control de muchas variables, pero es excitante desconocer lo que pasará. De algo estamos seguros, la clave está en habilitar un espacio público para la escucha. ¿Hay alguno mejor que una biblioteca? JM



5 Al respecto, la oposición entre ficción y no ficción es un problema en términos históricos, antropológicos, filosóficos y sociológicos.

ALBERTO MANGUEL

Bibliotecas sin fronteras

Parece que nuestras historias avanzan en ciclos que se expanden y se contraen en etapas alternadas: en ciertos momentos percibimos el mundo como una galaxia de iluminaciones interconectadas; en otros cada punto nos parece un universo autosuficiente. Nuestro lento aprendizaje a lo largo del tiempo cambia su alcance para incluir o excluir fragmentadas porciones del universo conocido. Si la Atenas de Pericles se veía a sí misma como un compendio de todas las artes y ciencias y el dominio legítimo de todos los ciudadanos, un siglo más tarde la Alejandría de los Ptolomeos decretaba que su célebre biblioteca serviría a eruditos singulares,

Jorge Méndez Blake, *Amerika*, 2019. Imágenes cortesía del artista.





Amerika [detalle], 2019.

cada uno especializado en un área diferente del conocimiento. El ecumenismo que Pablo propuso a los efesios se convirtió en el territorio dividido de las iglesias de Oriente y Occidente, fragmentadas a su vez siglos más tarde en las numerosas subdivisiones litigiosas de la Reforma y la Contrarreforma. El tan mentado hombre del Renacimiento, capaz de abarcar todas las áreas de la experiencia humana, se redujo al especialista exaltado por el Siglo de las Luces, cuando las nuevas herramientas tecnológicas exigieron artesanos singulares que pudieran manejarlas con autoridad y pericia. El omnívoro siglo XIX, con sus Bouvards y Pécuchets, no puso límites a la exploración y la investigación, y glorificó en sus gabinetes de curiosidades modelos del mundo multifacético, mientras que el siglo XX fue testigo no sólo de una subdivisión acelerada de las materias académicas, sino también de un aumento de las jergas especializadas, tanto en las ciencias como en las artes. Hoy en día, la información que proporciona la IA no es intelectual sino estadística, y nuestras máquinas están desarrollando sistemas de comunicación más allá de nuestro entendimiento. Construidos por nosotros, nuestros gólems están aprendiendo a actuar por sí mismos sin más instrucciones humanas, acumulando información más allá de nuestro alcance. Orgullosos por haber inventado Alejandrías casi infinitas, ignoramos la advertencia de Séneca: “La acumulación de conocimientos no es conocimiento”.

En este siglo XXI que nos ha tocado vivir, resulta imposible decidir si estamos en un periodo de inclusión o de exclusión. Por un lado, la red nos ha dado la ilusión de que todos somos atenienses y de que todo conocimiento imaginable, sobre cualquier tema, está a nuestra entera disposición, lo cual no es cierto: la IA sólo puede responder si sabemos hacerle las preguntas correctas. Por otro lado, el vertiginoso progreso en todos los ámbitos de la ciencia exige una especialización cada vez mayor y la creciente confidencialidad de las artes restringe la comprensión estética a un pequeño círculo de entendidos. Estas circunstancias restrictivas superan con creces cualquier medida de control adoptada por los bibliotecarios de Alejandría. Un observador objetivo y curioso se enfrenta hoy en día a la ilimitada extensión del campo de juego de la electrónica y también a la exclusividad de los ámbitos artísticos. Podemos navegar el ciberespacio, pero, a menos que seamos ases tecnológicos, estamos obligados a seguir programas establecidos y visitar tan sólo sitios autorizados. Podemos investigar cualquier problema científico, pero, a menos que nos formemos durante décadas en cierto campo restringido, la formulación de estos problemas, por no hablar de las soluciones, se nos escapará. Podemos visitar museos y bibliotecas tanto reales como virtuales, pero, a menos que conozcamos la jerga más reciente (en el caso de las artes) y tengamos la capacidad de leer con eficacia profunda (en el caso de la literatura), es como si fuéramos sordos y ciegos. Nosotros (me refiero a aquellos que carecemos de una formación especial) somos como el rey Midas, cuya capacidad para convertir en oro todo lo que tocaba lo condenó irremediabilmente al hambre y la sed.

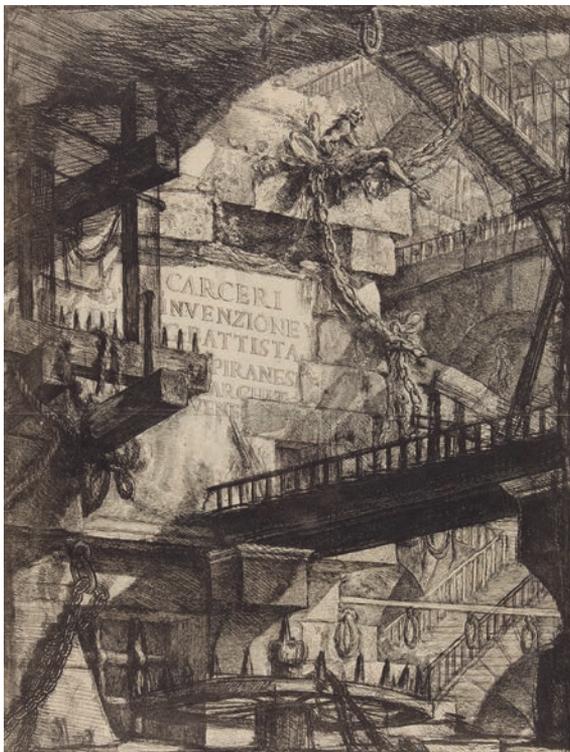
Si la biblioteca ha de ser no sólo depositaria de la memoria de la sociedad y emblema de su identidad, sino también la médula de centros sociales más amplios donde los ciudadanos consigan aprender a orientarse en los laberintos de la buro-

Establecer secciones que impidan la mezcla de las artes y las ciencias, restringir el acceso a determinados libros a ciertos lectores privilegiados, prohibir la adquisición de títulos problemáticos y evitar material controvertido son formas de censura que, al final, nunca son eficaces, porque los lectores curiosos siempre encontrarán formas de desobedecer las divisiones, obtener acceso a textos prohibidos y volver a colocar en las estanterías títulos exiliados por las autoridades.

cracia y obtener atención a sus problemas, instrucción y refugio, debe transformarse, de forma consciente, en una institución intelectualmente poderosa que reconozca su papel ejemplar y muestre lo que los libros son capaces de ofrecernos. En estos tiempos de fascismo engeguedor y esclavista, como ciudadanos libres tenemos que volver a aprender que las bibliotecas pueden mostrar nos nuestras responsabilidades hacia los demás, pueden ayudarnos a cuestionar nuestros valores y socavar nuestros prejuicios, pueden darnos valor e ingenio

para seguir conviviendo y pueden proporcionarnos palabras iluminadoras que nos permitan imaginar tiempos mejores. Pero con el paso de los años y frente a la política mundial, cada vez tengo menos esperanzas de que estos deseos puedan realizarse.

Tanto ahora como en el pasado, estas visiones de lo que las bibliotecas deberían ser —lugares poderosamente concebidos que nos ofrecen la posibilidad de ser mejores y más sabios— son ignoradas, ridiculizadas o rechazadas, incluso por aquellos que deberían saberlo. En los últimos cien años, las ruinas de las bibliotecas de Varsovia, Nankai, Lovaina, Dresde, Belgrado, Bagdad, Sarajevo y cientos más son ejemplos vergonzosos de nuestra negativa a aceptar la idea de la biblioteca como un lugar de aprendizaje y consuelo. Menos lugares de evidencia que sitios de rapiña, las bibliotecas se han convertido en botines para los vencedores, sea en Bagdad, en Ucrania o en Palestina. Los tesoros de nuestras bibliotecas son concebidos por los tiranos como símbolos de culturas aniquiladas y de logrados genocidios. Un ejemplo: cuando las tropas israelíes comenzaron a ocupar los territorios palestinos después de 1948, los soldados se dedicaron a saquear las casas particulares y las bibliotecas públicas. Los intentos de los propietarios exiliados por recuperar sus libros fueron sistemáticamente frustrados, aun cuando los funcionarios de la Biblioteca Nacional de Jerusalén reconocieron que muchos de los volúmenes hurtados se encuentran hoy en día en sus estanterías.



Giovanni Battista Piranesi, *Carcere di invenzione I*, 1761. Princeton University Art Museum ©.

Toda tecnología, sea la imprenta o la electrónica, tiene sus aspectos negativos y positivos, dependiendo del uso que hacemos de ella. En este caso, quizás la tecnología pueda ayudarnos. Ya sea en forma física o virtual, lo importante es que la biblioteca siga existiendo. Un ejemplo tomado del ámbito de la burocracia religiosa podría ser útil. En 1995, el obispo de Évreux, Jacques Gaillot, fue convocado a Roma por el papa Juan Pablo II. Allí, debido al activismo de Gaillot en defensa de pueblos oprimidos, incluyendo el pueblo palestino, el Santo Padre le comunicó que, al día siguiente, viernes 13 de enero a las doce en punto, dejaría de ser obispo de Évreux y que, en su lugar, se le asignaría el *mondo senza gente* (como llama Dante al hemisferio sur) del obispado de Partenia, en las tierras altas de Sétif, en Argelia, donde Gaillot había hecho su servicio militar. Aunque la sede de Partenia había desaparecido en el siglo V, lo que significaba que Gaillot se quedaba sin una diócesis física, sus seguidores decidieron que, en la era de la tecnología electrónica, era posible crear un obispado en el ciberespacio. Unos meses más tarde, a principios de 1996, se estableció electrónicamente

la sede virtual de Partenia, gestionada desde Zúrich y accesible en siete idiomas. Quizás esto era lo que Cristo (que no previó el internet) quiso decir cuando dijo: “Mi reino no es de este mundo”.

En términos bibliotecarios, las palabras de Cristo tienen un significado tanto espacial como temporal. Las bibliotecas existen materialmente en un lugar, en edificios sólidos de ladrillo o mármol, pero sus fondos se remontan en el tiempo para dar testimonio de lo que ocurrió en pasados cercanos y lejanos, con la esperanza de servir de lección para el futuro. La mayoría de los lectores intuyen que lo que llamamos realidad, más allá de los conceptos restringidos de sangre y nacionalidad, se encuentra entre esas páginas almacenado para ellos, para dar palabras a las experiencias que han vivido o que tal vez algún día vivirán. Esta virtud extiende el espacio concreto de una biblioteca a todos los lugares imaginables descritos en alguna página de sus fondos, lugares concretos o imaginarios, traídos a la mente dondequiera que se encuentre un lector. Para volver a recordar Alejandría, sus reyes quisieron acumular bajo un mismo techo todos los libros hallados dentro de las fronteras



Giovanni Battista Piranesi,
Carcere d'Invenzione XVI,
1761. Princeton University
Art Museum ©.



Giovanni Battista Piranesi, *Carcere d'Invenzione XIV*, 1761. Princeton University Art Museum ©.

de su reino; no sabían que la ambición de una biblioteca (ya sea la de Alejandría o la más pobre de un pueblo remoto) es siempre más vasta que la de los reyes y no se limita a las fronteras políticas.

Los continuos intentos de cruzar y borrar fronteras, como en el caso del obispo Gaillot, son posibles en el mundo de las bibliotecas porque, por su propia naturaleza, una biblioteca no tiene límites. Establecer secciones que impidan la mezcla de las artes y las ciencias, restringir el acceso a determinados libros a ciertos lectores privilegiados, prohibir la adquisición de títulos problemáticos y evitar material controvertido son formas de censura que, al final, nunca son eficaces, porque los lectores curiosos siempre encontrarán formas de desobedecer las divisiones, obtener acceso a textos prohibidos y volver a colocar en las estanterías títulos exiliados por las au-

toridades. La lectura, como sabemos desde hace mucho tiempo, es una actividad subversiva y no cree en la convención de las fronteras. En el siglo IX, el poeta sirio Abu Tammam, compilador de una de las colecciones de poesía árabe más queridas, el *Kitab al-Hamasah*, escribió estas líneas:

Puede que faltemos de lazos de
sangre,
pero la literatura es nuestra madre
adoptiva.

El universo es caótico; la injusticia y la miseria de este mundo son casi imposibles de soportar y ningún número de libros reducirá ni en una gota el sufrimiento infligido deliberadamente a otros seres humanos. Sin embargo, las bibliotecas, que desde los albores de los tiempos comenzaron a albergar nuestra experiencia contra la ruina del tiempo, pueden ayudarnos a recordar quiénes somos en nuestra esencia y las muchas cosas que hicimos mal y las pocas que hicimos bien. “Coleccionar: afirmar el control sobre lo insostenible”, escribió la poeta inglesa Ruth Padel. Quizás éste sea el significado último de una biblioteca, y también su modesta justificación. *RM*

Los tesoros de nuestras bibliotecas son concebidos por los tiranos como símbolos de culturas aniquiladas y de logrados genocidios. Un ejemplo: cuando las tropas israelíes comenzaron a ocupar los territorios palestinos después de 1948, los soldados se dedicaron a saquear las casas particulares y las bibliotecas públicas. Los intentos de los propietarios exiliados por recuperar sus libros fueron sistemáticamente frustrados, aun cuando los funcionarios de la Biblioteca Nacional de Jerusalén reconocieron que muchos de los volúmenes hurtados se encuentran hoy en día en sus estanterías.

MARÍA ANDREA GIOVINE YÁÑEZ

Las bibliotecas: contrapuntos, laboratorios de ideas y espacios de libertad

De la biblioteca de Alejandría o la de Pérgamo a las actuales bibliotecas digitales, contar con espacios dedicados a reunir los saberes colectivos ha sido una constante a lo largo de la historia de la humanidad. De los rollos de papiro y pergamino a los libros de bolsillo en encuadernación rústica, los libros de artista, la fragilidad de las páginas de los periódicos y los textos configurados con bits y *bytes*, sus colecciones nos cuentan la historia de las ideas y, también, la de su circulación. La historia de las bibliotecas es



asimismo la de nuestra relación con el conocimiento y, por tanto, con nosotros mismos y nuestras inquietudes más profundas.

En un tiempo en que se ha confundido la cantidad con la calidad, y la inmediatez con la veracidad, la relevancia de las bibliotecas no ha menguado; por el contrario, ha mutado y se ha magnificado. Lejos de ser meros almacenes de libros, las bibliotecas de hoy son ecosistemas vivos, catalizadores de pensamiento crítico y, sobre todo, guardianas del conocimiento verificado ante la amenaza silenciosa de la desinformación.



Antigua Biblioteca Nacional de México y estatua de Humboldt, ca. 1904. Fotografía de Guillermo Kahlo. Fototeca Nacional, INAH ©.

El siglo XXI ha generado una enorme paradoja: la conformación de una sociedad que, aun con un universo de información al alcance de la mano, parece más vulnerable que nunca al engaño y a la manipulación. Una sociedad infoxicada, cuya atención está en constante disputa por consumir contenidos monetizables. Los neurocientíficos han demostrado cómo, en los últimos años, nuestros periodos de atención han disminuido drásticamente porque nos hemos habituado a consumir contenido audiovisual de unos segundos de duración. Varios intelectuales y activistas del conocimiento han alzado la voz para plantear que pensar se está convirtiendo en un lujo y que día a día se erosiona una habilidad clave para nuestro desarrollo individual y social. Cada vez per-

mitimos menos la ensoñación, la fantasía y la divagación, pues por miedo a aburrirnos, cuando hay un minuto de silencio, sacamos nuestro teléfono móvil. ¿Cómo pueden competir *La guerra y la paz* de Tolstói, los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* de Proust o los poemas de Rosario Castellanos con la cultura de los *shorts*? Leer libros nos conecta con un espacio de intimidad y la lectura profunda fortalece nuestro cerebro y nuestra atención. De ahí que las bibliotecas y sus estrategias de promoción de la lectura sean claves como contrapuntos de una dinámica cultural cada vez más asentada.

La arquitectura algorítmica de las redes sociales y los motores de búsqueda, diseñada para reforzar nuestras cámaras de eco, nos ha aislado en un autismo informativo, en el que la realidad se moldea a la medida de nuestros prejuicios. En este panorama de espejismos, la biblioteca es un contrapunto, un refugio analógico y digital donde la verdad no se vende, no se viraliza y no se tergiversa. Recordemos que, en 2025, por segundo año consecutivo, el “Informe de riesgos globales” del Foro Económico Mundial, ubicó la desinformación como el mayor riesgo que enfrentará la sociedad global



Interior del gran salón de la antigua Biblioteca Nacional de México, ca. 1909. Fotografía de Guillermo Kahlo. Fototeca Nacional, INAH ©.

a corto plazo, en especial por sus efectos en el debilitamiento de la democracia. La biblioteca es un laboratorio de ideas donde aprendemos a distinguir la fuente primaria de la copia, a desentrañar los sesgos ocultos en las narrativas y a construir, con rigor y paciencia, nuestra propia forma de comprender el mundo. Esta función educativa es, en esencia, la primera línea de defensa contra el asedio de la posverdad.



Acervo de la Hemeroteca Nacional de México, 2019. Fotografía de Ana Laura Peniche Montfort.

Más allá de la mera consulta, la misión de la biblioteca actual se centra en una labor más profunda y trascendental: la alfabetización del conocimiento. Este concepto, que trasciende la simple capacidad de leer y escribir, es la habilidad de interrogar, discernir y tejer hilos de significado en redes complejas de información. La biblioteca moderna es una incubadora de esta habilidad, un taller donde se forjan ciudadanos no sólo informados, sino también intelectualmente autónomos. A través de catálogos con motores de búsqueda cada vez más robustos, bases de datos académicas, publicaciones de acceso abierto, proyectos



Interior del edificio de la BNM, 2017. Fotografía de Armando Canto.

de investigación y programas formativos, estas instituciones empoderan a estudiantes, académicos y públicos amplios para que dejen de ser consumidores pasivos de contenido y se transformen en productores de saber. En este empoderamiento reside la verdadera batalla contra la desinformación, pues la capacidad de cuestionar y verificar es el antídoto más poderoso contra la falsedad. Ante la desinformación histórica, como un problema endémico de nuestras sociedades, el acceso a las fuentes primarias y verificadas que estas bibliotecas custodian es crucial para un debate público sano y para la formación de conciencias críticas. La biblioteca se convierte así en un gimnasio mental donde se ejercitan las facultades reflexivas, esenciales para una ciudadanía robusta.

En esta vasta red, las bibliotecas nacionales y patrimoniales ocupan un lugar de suma importancia. Son custodias de la memoria colectiva, depositarias de la identidad intelectual de una nación. Su misión, como si se tratara de una arqueología del saber, es un acto de preservación que asegura que el legado de una cultura —desde el manuscrito antiguo hasta el libro digital de vanguardia— permanezca inalterable para las generaciones venideras. En un mundo digital donde la obsolescencia y la volatilidad son la norma, estos espacios garantizan la permanencia de las ideas. El patrimonio que resguardan no sólo es un conjunto de objetos, sino una narrativa viva, un testimonio tangible de la evolución del pensamiento y de la creación humana. La digitalización de sus acervos, lejos de ser



Libros de coro en la Sala Mexicana de la BNM, 2024. Fotografía de Alhelí Rivera.

un simple proceso tecnológico, es un acto de democratización, un puente que conecta el pasado con el presente y lo hace accesible a una audiencia global, nutriendo, a gran escala, la alfabetización del conocimiento y permitiendo a los ciudadanos conectar con sus raíces de una manera profunda.

La labor de las bibliotecas es un contrapunto poético a la efímera vorágine del contenido digital. Mientras las plataformas *online* priorizan la inmediatez y la superficialidad del *clickbait*, las bibliotecas nos invitan a la pausa, a la inmersión, a la reflexión. Sus colecciones históricas y patrimoniales, además de ser un depósito de información y de datos, son narrativas en sí mismas que revelan la construcción del conocimiento, los errores del pasado y los triunfos del ingenio humano. Al preservar grabaciones históricas, periódicos y revistas de décadas atrás, fotografías, grabados, libros de arte, documentos únicos y correspondencia de figuras ilustres, estas instituciones ofrecen un contexto inigualable para comprender el presente y resistir las narrativas simplistas que buscan reescribir la historia.

Además de su papel como pilares de la memoria colectiva y guardianas de nuestra herencia cultural, las bibliotecas son faros de vanguardia, espacios de investigación y creatividad. Son el punto de encuentro entre la erudición del pasado y la innovación del futuro. Facilitan el diálogo entre disciplinas, inspiran nuevas obras y alimentan la curiosidad intelectual a través de exposiciones, conferencias y programas especializados. Su contribución a un ecosistema de conocimiento diverso y robusto es un desafío directo a la homogeneización cultural que a menudo promueve la esfera digital. La biblioteca es un lugar de descubrimiento, un sitio donde el pasado ilumina el camino hacia nuevas ideas y donde la sabiduría acumulada de los siglos se pone al servicio de la innovación.

En definitiva, la importancia de las bibliotecas en el siglo XXI no se mide por la cantidad de libros que albergan, sino por la naturaleza de su misión. En un mundo inundado de ruido informativo, ofrecen un espacio de autonomía individual en el que el sujeto elige desde su subjetividad y no desde lo que un algoritmo le quiera mostrar. Hoy, su papel

La Biblioteca Nacional de México y la Hemeroteca Nacional de México, las cuales se encuentran bajo custodia de la UNAM desde 1929, constituyen uno de los fondos documentales más importantes de América Latina. En sus colecciones se encuentran manuscritos, incunables y primeros impresos novohispanos, fotografías, carteles de cine, discos de vinilo, libros en braille, materiales didácticos históricos, archivos, así como millones de revistas y periódicos.

en la promoción de la alfabetización del conocimiento es más vital que nunca, pues proporciona a los ciudadanos las herramientas necesarias para navegar el complejo panorama mediático y resistir las narrativas falsas. Las bibliotecas nacionales y patrimoniales, en particular, desempeñan una labor insustituible en la preservación de la memoria colectiva y en la contextualización de nuestro presente a través de las fuentes originales. Son la promesa de que el conocimiento es un legado que debemos proteger y nutrir, un tesoro que no se consume, sino que se comparte y se multiplica. En un futuro incierto, el rol de las bibliotecas como centros de conocimiento y patrimonio será la piedra angular de una sociedad informada, resiliente y, sobre todo, libre.

La Biblioteca Nacional de México y la Hemeroteca Nacional de México, las cuales se encuentran bajo custodia de la UNAM desde 1929, constituyen uno de los fondos documentales más importantes de América Latina. En sus colecciones se encuentran manuscritos, incunables y

primeros impresos novohispanos, fotografías, carteles de cine, discos de vinilo, libros en braille, materiales didácticos históricos, archivos, así como millones de revistas y periódicos. En nuestros acervos puedes consultar los manuscritos de la conformación de las primeras cátedras de matemáticas en el continente americano, tratados de herbolaria que fusionan los saberes indígenas con las prácticas europeas, documentos que llevan la huella de la censura de la Inquisición, archivos sobre movimientos sociales del siglo XX, colecciones hemerográficas de temas como Ayotzinapa, la migración o la era Trump. Millones de documentos que resguardan millones de ideas. Pluralidad de voces y de pensamientos. Diversidad. A un cuarto de inicio del siglo XXI, buscamos consolidarnos como un centro de conocimiento e información de vanguardia, un lugar de todos y para todos, un espacio abierto a la libertad. La biblioteca es el corazón de una nación. *RM*



Área de digitalización del Departamento de Preservación y Reprografía de la HNM, s. f.

3

2

1

9

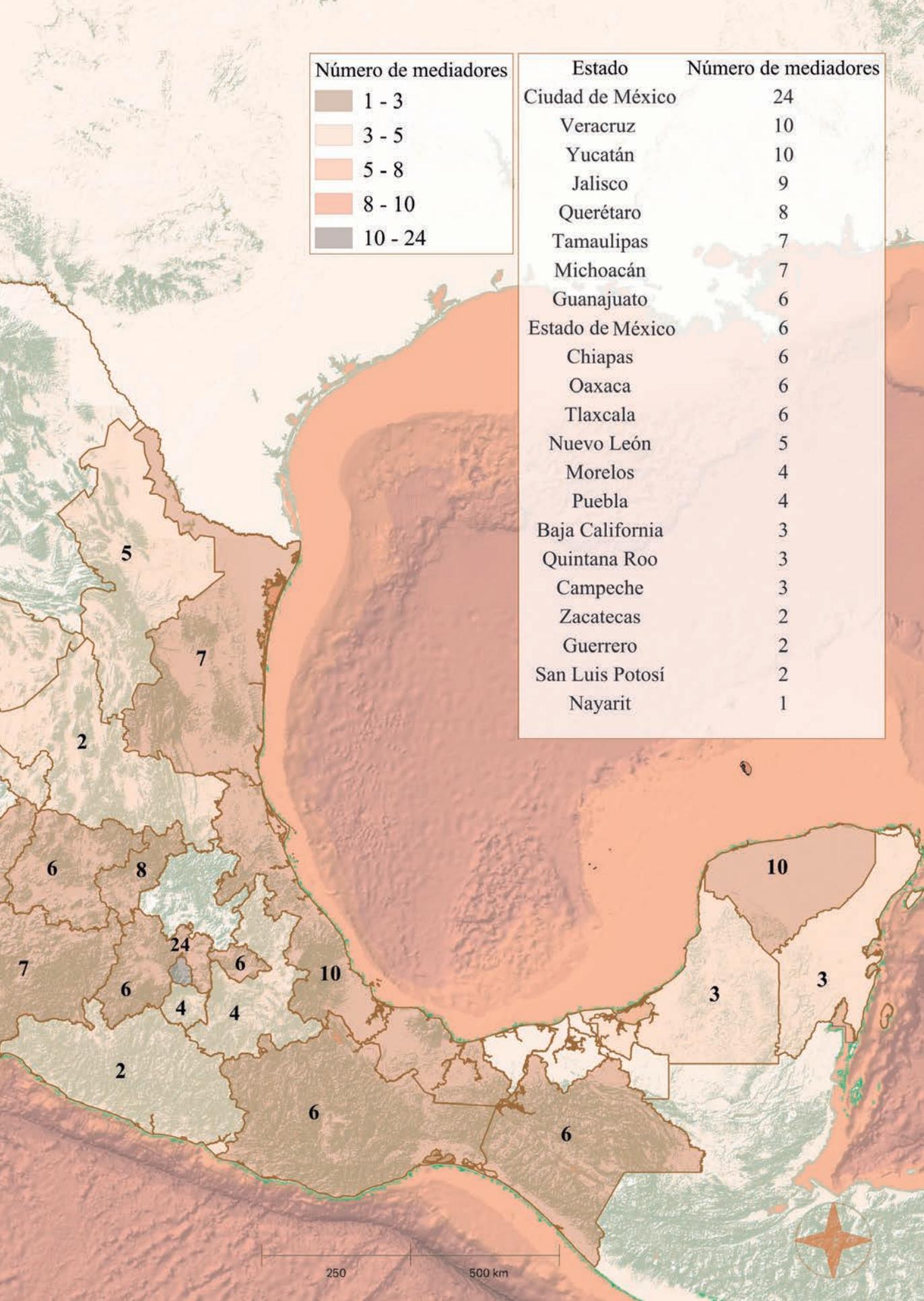
MAPA NACIONAL DE PROFESIONALES EN MEDIACIÓN DE LA LECTURA: UN TERRITORIO COMÚN PARA LA PALABRA

Leer no tiene que ser un acto solitario. Detrás de cada libro que se comparte y de cada historia que logra resonar en una comunidad, hay personas que, con dedicación y experiencia, median entre las palabras y sus lectores. En México, estas figuras han crecido y diversificado su labor: están presentes en aulas, bibliotecas, ferias del libro, espacios comunitarios, prisiones y hospitales, convencidas de que la lectura tiene un poder transformador. Sin embargo, hasta hace poco no existía una herramienta que reuniera y diera visibilidad a este gremio que, día a día, construye la cartografía viva de la lectura en el país.

El Mapa Nacional de Profesionales en la Mediación de la Lectura surge justamente para responder a esa necesidad. Impulsado por la Cátedra Extraordinaria de Lectura José Emilio Pacheco de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, este proyecto busca fortalecer la identidad de quienes ejercen la mediación como una práctica cultural y, a la vez, ofrecer una plataforma que refleje la amplitud y diversidad de sus trayectorias. (Continúa leyendo el texto en línea en <https://www.revistadelauniversidad.mx/>).



Estado	Número de mediadores
Ciudad de México	24
Veracruz	10
Yucatán	10
Jalisco	9
Querétaro	8
Tamaulipas	7
Michoacán	7
Guanajuato	6
Estado de México	6
Chiapas	6
Oaxaca	6
Tlaxcala	6
Nuevo León	5
Morelos	4
Puebla	4
Baja California	3
Quintana Roo	3
Campeche	3
Zacatecas	2
Guerrero	2
San Luis Potosí	2
Nayarit	1



250

500 km

HERA LINDSAY BIRD

Patos *ad infinitum*

Traducción del inglés de Marén García

Trabajar como bibliotecaria de una escuela presenta muchos desafíos interesantes. Al que me estoy enfrentando hoy es qué hacer con todos los patos.

Los patos, si quieren precisión taxonómica, en realidad son grullas de papel. Pero las niñas que han estado todo el día recluidas en un rincón de la biblioteca, manufacturándolas industriosamente, las llaman patos. Para ser más exacta: pato, pato *junior*, pato *junior junior*, teniente oficial pato y el pobre Beto de pico



Jacob Lawrence, *The Schomburg Library*, ca. 1986-1987. © A través de la SOMAAP, México, 2025.

maltrecho. Patos *ad infinitum*. Tienen distintos tamaños, desde el de una migaja hasta el de la tina de baño de Hulk Hogan.

Para apartarlas de mi escritorio, de por sí desastroso, decido colgarlas de la tubería de agua del techo. Anoto “hilo” en mi lista de cosas que debo traer de mi casa —junto con un cubo de cartón tipo mena de oro de *Minecraft* y unos cuantos libros de Magic Eye— porque ya no tengo margen en mi presupuesto, que disminuye rápidamente.

Cuando comencé a trabajar como bibliotecaria de la escuela, a inicios del año escolar, sabía que habría una curva de aprendizaje pronunciada, pero no tenía idea de lo boba que sería la mayoría de los problemas.

Tuve suerte de obtener este trabajo, considerando que no tengo una formación oficial en esta profesión. Antes de trabajar aquí, fui especialista en libros infantiles por más de quince años, vendía rompecabezas de Peter Rabbit para *baby showers* y copias de *Colmillo Blanco* a los precoces hijos literatos de abogados del centro de la ciudad. En muchos sentidos, era un trabajo de ensueño. Amaba a los niños y la literatura infantil. Pero el mercado se interpuso inevitablemente.

Siempre quise trabajar en una biblioteca escolar, sin embargo, cada vez es más frecuente que pidan tener un posgrado, y yo no estaba dispuesta a endeudarme con un préstamo e ir a la escuela tres años para conseguir un trabajo que pague menos de lo que gana un trabajador promedio de supermercado. Ya tengo un diploma inútil (de una maestría en poesía) y no me alcanzaba para pagar otra. Cuando se abrió este puesto de bibliotecaria, mis expectativas eran bajas, pero para mi sorpresa me contrataron tras una entrevista de diez minutos. Tuve una capacitación de cuatro horas con la bibliotecaria anterior, que consistió, principalmente, en aprender a usar el programa de la computadora de la biblioteca. Comencé a trabajar al día si-



guiente y he estado intentando acoplarme desde entonces. Quizá mi vida habría sido más sencilla si hubiera pagado miles de dólares para estudiar el manejo de catálogos desde un enfoque pedagógico. No obstante, la prueba de fuego siempre ha sido mi método favorito de aprendizaje y no hay mejor maestro que un salón con onceañeros recalcitrantes que no quieren leer.

La educación media —o como le llaman en otros países, la secundaria— es un entorno de gran riqueza antropológica. La escuela en la que trabajo tiene una



Jacob Lawrence, *The Library*, 1978. © A través de la SOMAAP, México, 2025.

matrícula de más de quinientos estudiantes, todos de entre once y doce años, confinados juntos en el purgatorio preadolescente —ése extraño espacio liminar entre la primaria y la preparatoria—. A menudo me siento como David Attenborough, testigo de un evento natural impresionante como la migración de la mariposa monarca o de los ñus que cruzan la sabana. Por momentos, el comportamiento de los niños puede ser cruel: cuando van dando sus primeros pasos hacia la adultez ponen los límites a prueba y tantean las jerarquías de bajo riesgo.

Estaba un poco nerviosa por comenzar, me preocupaba que los niños detectaran mi obvia falta de formación y me comieran viva, como un montón de cangrejos invadiendo el cadáver de una ballena. Sin embargo, sentí alivio al llegar a la escuela y descubrir que, en general, los niños tratan al personal adulto como si fuéramos muebles vagamente sintientes.

Me tomó sólo un mes decidir que éste es el mejor trabajo que he tenido. Lo mejor es la compañía. Díganme inmadura si quieren, pero me gusta pasar tiempo con los niños. Son brillantes y

Cumplí once al mismo tiempo que Harry Potter, una saga que fue clave y marcó el comienzo de una edad de oro para la literatura infantil, revitalizando todo un género. En contraste, en 2025, uno de los mercados que está teniendo una caída más rápida es el de las novelas para niños de educación media. Hoy en día, los chiquillos sólo quieren manga.

graciosos, y cada día está repleto de anécdotas bizarras y de hilarantes chismes en el patio. Ben invita a Sierra al cine y sufre un ataque de pánico; a Jaxon se le cae el diente a media clase e intenta apostar en una partida de póquer en el recreo. A inicios del verano, los niños se van de campamento, unos encuentran un gatito extraviado y lo mantienen en secreto en su cabaña durante una semana entera antes de llevárselo a casa y adoptarlo. Después de haber dejado la escuela hace tantos años, se siente una extraña nostalgia por estar de vuelta en el mundo del arte con palitos de paleta y crisis en los concursos de talento. Con frecuencia me siento como un fantasma que regresa al aire húmedo y con aroma a lápiz de la infancia.

Muy pronto se vuelve evidente que muchos de los niños no tienen idea de cómo funciona una biblioteca. No saben las palabras para referirse a los préstamos o a las devoluciones, qué es un glosario o cómo están acomodados los libros en las repisas. Comienzo a enseñarles el Sistema de Clasificación Decimal Dewey y tengo que volver atrás cuando veo que la mayoría no entiende la diferencia entre ficción y no ficción. Hacemos una búsqueda del tesoro, que dejó por escrito la bibliotecaria anterior, al inicio del año, pero incluso las preguntas fáciles son demasiado difíciles. Sólo hay un niño, en una escuela de quinientos, que sabe quién es el autor de *Belleza Negra*. Borro la pregunta de la actividad y la sustituyo por una pregunta sobre el *Capitán Calzoncillos*. Por recomendación de otros bibliotecarios locales, me dispongo a deshacerme por completo del sistema Dewey y me embarco en un pro-

ceso de un año de *generificación* de la biblioteca —acomodar todos los libros de misterio juntos, con emojis de lupas rojas en el lomo y con naves espaciales alienígenas para los de ciencia ficción.

Hay un montón de desafíos. Mi presupuesto no está ni cerca de ser lo suficientemente grande para mis ambiciones de catalogación, entonces, me paso horas en tiendas de segunda mano rasgando los estantes en busca de versiones de novelas populares en descuento. Recordar los nombres de los quinientos niños es casi imposible. El manga se desvanece de los librerías para nunca volver. Los niños pierden libros y mienten sobre ello con la confianza imperturbable de futuros políticos en el rostro. No pasa un solo recreo en el que no tenga que regañar a estudiantes por arrojar libros, meter paletas de contrabando o usar la computadora de la escuela para buscar memes prohibidos, que me son tan incomprensibles como la piedra de Rosetta.

Antes de comenzar este trabajo, no tenía idea de cómo manejar un grupo de niños de once años, meses después lo sigo averiguando sobre la marcha. La bibliotecaria anterior era un poco más estricta; su biblioteca era un lugar silencioso y el ajedrez era el único juego permitido. Mis métodos son un poco más laxos. Ya no se espera que las bibliotecas sean catedrales circunspectas de conocimientos arcanos y no me molesta un poco de parloteo, si eso hace que los niños entren. Pero constantemente me veo en la necesidad de reescribir mis propias reglas a causa del doloroso proceso de prueba y error. Les permito a los estudiantes jugar Gatitos explosivos, sólo

para tener que retractarme una semana después, cuando el ruido se vuelve demasiado intenso. Aprendo por la mala que algunas normas están ahí por una razón.

La parte más difícil de mi trabajo es lograr que los niños lean. Muchas cosas han cambiado en los veinticinco años que transcurrieron desde que yo tenía once. Una de las razones por las que sentía un entusiasmo especial por trabajar con estudiantes de esa edad es que se han escrito muchas obras de literatura realmente buenas para este rango específico, en el que están cruzando el umbral entre la inocencia y la experiencia. Cuando acepté el puesto, soñaba con acercarlos a mis favoritos de la infancia, como Tamora Pierce y Terry Pratchett. Lo primero que hice fue comprar ejemplares de *La brújula dorada* y los otros libros de la trilogía de Philip Pullman y unos cuantos clásicos faltantes, como *Ana de las Tejas Verdes*. Éstos han permanecido en su sitio acumulando polvo todo el año, sin ser leídos, mientras que la adapta-

ción gráfica de *Sobreviví la gran inundación de melaza, 1919* no deja de salir volando por la puerta.

Por el tiempo que pasé trabajando en librerías, sabía que la ubicuidad de la tecnología digital ha disminuido los periodos de atención de los niños, pero me impactó la gravedad del problema. Incluso a los niños más literatos, que aman leer y felizmente se devoran entera una serie de novela gráfica en menos de una semana, les cuesta mucho trabajo terminar un libro de capítulos cortos. Cumplí once al mismo tiempo que Harry Potter, una saga que fue clave y marcó el comienzo de una edad de oro para la literatura infantil, revitalizando todo un género. En contraste, en 2025, uno de los mercados que está teniendo una caída más rápida es el de las novelas para niños de educación media. Hoy en día, los chiquillos sólo quieren manga. Mi filosofía es que todo lo que haga que los niños lean es algo en lo que vale la pena invertir, así que gasto mucho de mi presupuesto en



Jacob Lawrence,
The Library, 1960.
© A través de la
SOMAAP, México,
2025.



Jacob Lawrence, *Students and Books*, 1966. © A través de la SOMAAP, México, 2025.

la búsqueda de series populares de cómics y en la compra de adaptaciones en manga de *Sherlock Holmes*, pero esto es una pesadilla para mi asignación de recursos, pues cada serie de cómic tiene cientos de volúmenes, más de los que puedo pagar. Para transicionar a los niños hacia libros más avanzados, ideo un bingo muy elaborado, con premios e incentivos; sin embargo, hay días en los que no puedo evitar sentir que la lectura se está encaminando, poco a poco, hacia la misma dirección en que se encuentran el repique de campanas o el canto de madrigales.

Aun así, hay momentos que me dan esperanza. Una niña viene y me pregunta por un ejemplar de *Crimen y castigo*, un libro que a la mayoría de los adultos les intimida demasiado como para siquiera hacer el intento de leerlo. Otro niño me pregunta por un ejemplar de *Eso* de Stephen King, del que encuentro varias copias en una tienda de segunda mano. De pronto, los niños que han estado escondidos en el rincón de la biblioteca durante todas las sesiones, golpeándose entre ellos con revistas de cacería y pesca enrolladas, se están peleando por ver quién se lleva prestado un libro de setecientas páginas. Es cierto que probablemente Stephen King no sea apropiado para lectores de once años, pero hoy en día ellos tienen acceso irrestricto a contenido mucho más perturbador en línea y, en comparación, los payasos asesinos parecen encantadores. Simplemente me hace feliz verlos emocionarse con un libro, aunque sea por una vez.

Este desinterés generacional no es culpa de los niños. Crecieron en la época de oro de los videojuegos y están acostumbrados a la satisfacción inmediata de los algoritmos digitales, diseñados para elevar al máximo la dopamina. Una y otra vez, la investigación demuestra que la mejor manera de hacer que a los chiquillos les guste la lectura es leerles en voz alta con regularidad desde una edad temprana. Pero a muchos nun-

ca les han leído más allá de unos cuantos anodinos libros de imágenes. Los profesores se esfuerzan mucho por remediar esto. Una de las nuevas profesoras empieza su clase leyendo el primer capítulo de un libro diferente cada día. Muchos de los clásicos, como *The Silver Sword* [La espada de plata] o *La maravillosa medicina de Jorge*, caen en saco roto. Desesperada, le doy, sin inspeccionar el primer capítulo, un ejemplar de *The Killing* [El asesinato], de Robert Muchamore, sobre espías, para adolescentes y un éxito en ventas. A medida que comienza a leer en voz alta, la profesora y yo nos horrorizamos al descubrir que el libro está lleno de declaraciones extremadamente degradantes sobre la madre del personaje principal que tiene obesidad mórbida y su novio alcohólico y bueno para nada. Los niños estallan en carcajadas con risas histéricas, golpeando el piso y apretándose el estómago. Cuando termina el capítulo, el salón entero le ruega que lea otro y luego otro. Una semana después, un grupo de niñas que detestan la biblioteca se encuentran con una versión ilustrada de *El gigante egoísta*, de Oscar Wilde, que tiene muy malas imágenes y lloran de risa con las espantosas ilustraciones. Empiezan a venir a la hora del almuerzo para carcajearse de la abultada nariz roja del gigante y su desfavorable corte de pelo, y me ruegan que les encuentre más libros ilustrados que contengan gigantes horrendos. Con gusto, las complazco. Antes de que suene la campana para las vacaciones de verano, cuelgo al teniente oficial pato del techo sobre mi escritorio. Hay que celebrar las pequeñas victorias. ℞

JUANA INÉS DEHESA

¿Para quién se hace la literatura infantil y juvenil?

Como era de esperarse, el gran problema de la literatura infantil y juvenil son los adultos. La historia de la crítica y la teoría en torno a los textos destinados a niños y jóvenes se ha visto constantemente en la necesidad de enfrentar, o evitar, una realidad fundamental: se trata de contenidos en cuya elaboración, producción y distribución, los jóvenes lectores tienen poco o nada que ver. En otras palabras, los textos para niños no *son* de los niños.

Esto ha llevado a fragorosísimas discusiones teóricas. Jacqueline Rose, por ejemplo, publicó en 1984 una obra seminal, *The Case*



of Peter Pan, or The Impossibility of Children's Fiction [El caso de Peter Pan o la imposibilidad de la ficción para niños]. Afirmaba, entre otras cosas igualmente incendiarias, que esta distancia fundamental convierte a la literatura infantil y juvenil (en lo sucesivo, la LIJ) en algo “imposible”: “en cierto sentido”, escribe, “no existe un corpus literario que se apoye tan abiertamente en una diferencia explícita, casi una ruptura, entre el escritor y el destinatario”.

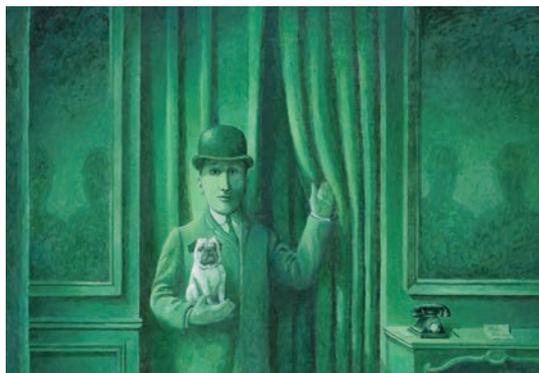
Ahora bien, si hemos de ser sinceros, esta “imposibilidad” no debe serlo tanto, porque, con todo y ser “imposible”, la LIJ se lleva una tajada importante de la facturación total que reporta periódicamente la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (Caniem); si tomamos en cuenta las cifras de venta más recientes consignadas por esta organización, durante 2023 se vendieron

catorce millones de ejemplares de obras “infantiles, juveniles y didácticas”, según la clasificación que ahí aparece, lo que la convierte en la segunda categoría en cantidad de ventas, sólo por debajo de “educación básica” (o sea, libros de texto), que vendió veintiséis millones. Y ésa ha sido la tendencia desde 2018, al menos en lo que reporta la Caniem (entre 2013, cuando comienza la medición, y hasta 2018, la LIJ ocupaba el tercer lugar, después de “enseñanza del inglés” y la ya mencionada “educación básica”).

Es decir, la LIJ vende. Y lo hace suficientemente bien como para, si ésa fuera nuestra inclinación, ir a decirle a la señora Rose y a toda su camarilla que de imposible, nada; que es posible y muy feliz, muchas gracias.

Pero, y aquí viene lo bueno, la misma señora Rose podría respondernos que no es tan sencillo: en su ensayo asienta,





palabras más, palabras menos, que no es que dude de su existencia —eso sería absurdo—, sino de su validez. Y aquí tendría un buen argumento. Porque lo problemático de los textos para jóvenes lectores, al menos en México (y sospecho que, con sus variantes, en buena parte del mundo), no es tanto que se escriba, o que se venda, sino *dónde y cómo*. Si tomamos como válida la definición de Marc Soriano de que la LIJ es cualquier texto que se escribe y se produce con los lectores infantiles en mente, tendremos que cuestionarnos si todo lo que incorporamos hoy en día a los catálogos es digno realmente de contarse entre el canon.

Esto dicho, vale la pena introducir otra de las aristas que vuelven a la LIJ un tema de estudio tan fascinante: así como es importante saber, como con cualquier otro conjunto de obras literarias, qué dice y cómo lo dice, es fundamental enterarse de *quién la paga*. A diferencia de, digamos, el catálogo de una editorial de literatura de esa que llamamos “para adultos”, léase Penguin o Era, que presupone que será el lector mismo quien acuda a un punto de venta, elija su libro y se lo lleve, en el caso de la LIJ el destinatario último —el lector infantil o juvenil— difícilmente es quien escoge el libro y lo paga (con honrosísimas salvedades, como las que ocurren en ferias del libro, donde niños y niñas tienen la posibilidad de sobar todos los libros hasta dar con uno que les guste, y por eso creo que hay que defender eternamente las ferias donde sea que ocurran y quien sea

que las organice). Normalmente, quien termina desembolsando los recursos para pagar los títulos de la LIJ es un padre de familia, un adulto cercano, el Estado o el profesor, y al niño puede o no preguntársele su opinión, puesto que, después de todo, se trata de un ser en formación que todavía no sabe, bien a bien, lo que quiere ni lo que le conviene. Cualquiera que en su infancia haya esperado recibir de los Reyes Magos el siguiente título de la saga de Harry Potter y a cambio se haya encontrado con una edición primorosa de *Platero y yo*, o quien haya estudiado estos temas y recuerde las tiradas enormes del gobierno cardenista de *Corazón. Diario de un niño*, sabe bien que quien elige y paga los libros es, a fin de cuentas, quien detenta el poder.

Lo cual nos lleva al tema central de esta diatriba: si usted que me lee es madre de una criatura en edad escolar que asiste a una primaria o secundaria privada, es muy posible que en estas semanas haya recibido (le hayan asestado), junto a su paquete de libros de texto de Geografía, Matemáticas y demás materias, otro paquetito, compuesto principalmente de por productos de inclinación literaria, novelas y cuentos, que resultan sospechosamente parecidos a aquellos que se encuentran en las librerías. Si así fue, felicidades: es usted parte (víctima) de eso que se conoce en el medio como el “plan lector”.

Déjeme decirle que el plan lector es de las mejores cosas que le han pasado a la industria desde que Gutenberg se puso a jugar con sus maderitas y sus tintas, y es el motivo detrás de que tantos editores publiquen libros de texto y de LIJ. La lógica es muy sencilla: si cierta editorial ya cuenta con una fuerza de ventas que visita a los maestros, bibliotecarios y directivos para persuadirlos de usar en sus aulas los libros de texto, ¿por qué no, de pasada, convencerlos de complementar sus contenidos con esta novela tan edificante que habla sobre la inclusión o aquel volumen de cuentos de esa autora tan querida y conocida?

El proceso, que implementaron a finales del siglo pasado editoriales como SM, con su colección El Barco de Vapor y después con Gran Angular, ha alcanzado una complejidad pasmosa, porque ya no sólo se ofrece el libro de forma escueta y llana, sino que se pertrecha al profesorado con un arsenal elaborado por especialistas, que incluye lo mismo una guía detallada de los personajes, temas y “valores” del libro hasta recursos digitales que proponen, por ejemplo, el ritmo de lectura, las actividades que se pueden desarrollar en cada etapa, información complementaria sobre el tema o el contexto de la obra o una lista de proposiciones para discutir en equipos o entre todo el grupo. Digamos que si le quiero vender a los maestros de la escuela Margarita Maza de Juárez treinta mil ejemplares de *Los días y los años*, debo contar con una página electrónica que contenga una serie de fichas sobre el Consejo General de Huelga y su pliego petitorio, una línea de tiempo de 1968, varias fotos de Lecumberri y una actividad que sugiera repartir cartulinas y plumones para elaborar carteles que pidan la liberación de los presos políticos o llamen a la movilización de obreros y estudiantes.

Esto resulta enormemente beneficioso para varios de los actores involucrados: a los profesores les permite asegurar, sin mentirles demasiado a los padres de familia, que para la escuela es muy importante la formación de un hábito lector, pero no añade mucho más trabajo al que ya de por sí tienen (que, por supuesto, es desmesurado y vergonzosamente mal pagado); a los mencionados padres de familia los hace dormir tranquilos porque eso de leer es buenísimo

(aunque ellos mismos no lo hagan y no tengan claro cómo se relaciona dicha costumbre con llevar a las criaturas a una librería o una feria del libro de vez en cuando); por su parte, las editoriales aprovechan los vínculos con las escuelas para colocar otras colecciones de su catálogo y no sólo libros de texto y, por supuesto, para los autores e ilustradores representa un pago de regalías mucho más cuantioso que el que recibirían de la venta en librerías físicas o virtuales.

¿Saben quién pierde? El libro. Y, por ello, podríamos decir que el lector. Porque, volviendo al ejemplo que citaba más arriba, ¿qué pasaría si yo decidiera incorporar *Los días y los años* a mi plan lector? Imaginemos una bonita conversación entre la “fuerza de ventas” y el editor, que iría más o menos así:

—Bueno, es que, mire, sí está bueno y pegador y todo, pero toca temas difíciles, y no me refiero al 68, eso está muy bien, pero es que sí salen muchos homosexuales, y ya ve que varias de las escuelas a donde vamos son de monjitas, o son religiosas y, pues, no nos los admiten, ¿le podrán cambiar esa parte? Uy, además es muy largo; dice el director que así no les da tiempo de terminarlo, ¿no puede ser más corto? Ay, oiga, y luego el final... está, pues, como muy brusco, como que no termina con esperanza, ¿a fuerza tiene que ser así? Y el mensaje está raro, ¿no?, ¿cuáles diría que son, por así decir, los valores? ¿Tipo... nacionalismo? No, ¿o sí?

¿Cómo, explíquenme, quedaría (o qué quedaría de) la novela de González de Alba después de semejante tratamiento?

Que no se me malentienda: hay planes lectores con títulos que, a mi parecer,

El libro que aterriza en la escuela llega con las lanzas romas, las heroínas domesticadas y los laberintos resueltos con Waze, y eso no puede, no debe, ser todo nuestro corpus. No es justo con la industria y, mucho menos, con unos lectores que se están perdiendo de lo mejor que puede dar la literatura: el alma subversiva.



son maravillosos, cumplidísimos e imprescindibles, porque en México hay muy serios y muy brillantes editores que se encargan de seleccionar y acompañar obras y autores excelentes. Ése no es mi problema. Mi problema es que la gran mayoría de los libros de LIJ producidos hoy en México se hacen pensando en las escuelas y los seleccionadores —o sea, los adultos, de nuevo— porque no tenemos un sistema de librerías, acervos o bibliotecas públicas que pueda competir con la facturación que se consigue a través de las escuelas privadas. Y eso, necesariamente, repercute en lo que estamos publicando, porque entonces el libro no se hace pensando en ese destinatario último, ese lector juvenil autónomo que puede elegir, sino en el profesor, el preceptor, el bibliotecario que selecciona un título para el entorno escolar y, al hacerlo, busca que el libro “sirva”, “diga”, “enseñe” y, sobre todo, “no dé problemas”.

La escuela está, desde luego, emparentada con los libros. En todos los plan-

teles debe haberlos, tanto impresos como digitales, mucho más en un país como México donde hay tan pocos en los hogares, pero no todo el material de lectura debe estar pensado para el entorno escolar. La escuela es prescriptiva, busca formarnos, volvernos otros, emparejarnos, y la literatura pierde mucho cuando se le exige que “sirva” para un propósito específico, que se comporte, que se abstenga de “meter ideas en la cabeza”.

¿Pues qué tenemos los que leemos, si no ideas en la cabeza? Unas muy lelas, de acuerdo, pero otras muy útiles, y hasta peligrosas. El libro que aterriza en la escuela llega con las lanzas romas, las heroínas domesticadas y los laberintos resueltos con Waze, y eso no puede, no debe, ser todo nuestro corpus. No es justo con la industria y, mucho menos, con unos lectores que se están perdiendo de lo mejor que puede dar la literatura: el alma subversiva. Por definición, eso no cabe en la escuela. Exijamos como lectores, como mediadores, como madres de familia, mejores puntos de venta, bibliotecas públicas con acervos amplios y diversos; utilicemos las nuevas tecnologías para hacer sudar un poco a los editores grandotes y que se tomen más en serio sus deberes. Mucho sufrirán nuestros libros, y nuestros lectores, si nos limitamos a producir únicamente lo seguro, lo que se vende y lo que no incomoda. Muchísimo. JM

TERESA AVEDOY

La biblioteca es un *inutensilio*

Creo que la poesía es un inutilensilio. La única razón de ser de la poesía es que forma parte de aquellas cosas inútiles de la vida que no precisan de un justificativo, porque ellas son la propia razón de ser de la vida.

PAULO LEMINSKI

Como la poesía, biblioteca, tú eres un gran *inutensilio*,
has estado tanto tiempo en la Tierra que pareces eterna
y por eso para hablar de ti nos encanta evocar
las tablillas de arcilla con que se registraba
cada entrante de valor en las ciudades;
pero después de cinco mil años
nos mostramos inseguros
ante tus diversas metamorfosis.

*

A través de ti, biblioteca, es posible cultivar
el mapa interno de lo propio
y a la vez hojearnos en civilizaciones
de las que apenas sobrevive
un presente roto en diez o cien
fragmentos de vasija.

*

Es posible también que usemos la palabra *biblioteca*
para diversas cosas en la geografía y en el tiempo
acumulado/ojeado/replegado/desplegado/
en papiro pergamino bambú seda
rollos códex nube arcilla piedra.

*

Por ejemplo, los egipcios te nombraban
“Casa del Alma” “Lugar para la Medicina del Alma”
“Tesoro de los Remedios del Alma”;
tu protectora era Sesat, la escribana Gran Diosa
de la Casa de los Destinos del Alma.

*

Hay una inestabilidad intrínseca en qué eres, biblioteca, y en quiénes somos.

*

Biblioteca pública, tú existes antes que el Estado nación.

*

Durante mucho tiempo se pensó que eras un sitio para seres frágiles,
para quienes piensan el mundo desde materiales abstractos,

desde la lírica las matemáticas
la neumática o de modelos de ficción inestable,
pero eres un sitio esencial para la supervivencia de la vida:
es el lenguaje la biblioteca de la especie.

*

(Cuántas palabras remotas/ no pisaron nunca una biblioteca.)

*

Buscamos en ti lugares donde la vida sea/ hablar *dos horas con el presente*.

*

Biblioteca, eres un *inutensilio* para ampliar partes del alma. (Gratis.)

*

Eres un sitio para quienes nos gusta/ no saber.

*

Demasiados discursos,
demasiadas definiciones
para un lugar donde es posible
que alguien simplemente
se busque a sí mismo.

*

El libro que tomé en préstamo de ti, biblioteca,
me mira con una complicidad distinta.

*

Eres un *inutensilio* en el que guardamos
el don y la protesta,
posibilitas resignificar y/o renovar
nuestras múltiples relaciones internas y externas
con que damos sentido al mundo.

*

Pero el saber es siempre *inutensilio*,
y eso te refuerza como lugar poético,
como noble *inutensilio*.

*

Poesía, la política de crear no-significados.

Porque la biblioteca, como el poema, quizá (nos) transforma.

*

¿Para qué seguir separando imaginación y vida?
¿conocimiento y vida? ¿poesía y vida? ¿vida y biblioteca?





VOCES LECTORAS

Veinte maneras de vivir la biblioteca



Libros y accesorios eruditos, siglo XIX.
Metropolitan Museum of Art ©.

No se puede hablar de bibliotecas sin la voz de los usuarios. Por ello, al conformar este *dossier*, abrimos una convocatoria para que los lectores relataran, en un breve escrito, sus experiencias con ellas. Nuestra solicitud rindió frutos y recibimos textos de muy variadas procedencias. Decidimos publicarlos en su totalidad para reflejar la diversidad de mentes y sensibilidades que visitan no sólo las bibliotecas de nuestro país, sino también algunas soñadas e imaginadas. Así pues, aquí vive un aleph bibliotecario.

AQUÍ FUE UNA BIBLIOTECA

Julio César Toledo

Arde una pira en la esquina del local. Un enorme librero ha sido destrozado para extraer leños que alimenten el fuego. La flama se está extinguiendo, no queda más —dice Baydoun— que quemar los libros. Deshoja uno y va echando las páginas. Se toma el tiempo de leer las palabras que nos darán calor. No entiendo nada, remata antes de aventar los forros: portada y contraportada arden.

Ésta fue la biblioteca de Al-Zahra. Aquí no hay tiempo para párrafos grandes ni ideas subordinadas. La medida del tiempo son los misiles que llueven. El barrio (también conocido como el parque náutico de Al-Zahra) fue destruido casi por completo hace unos años.

En los mejores tiempos, la biblioteca era popular entre los vecinos e, incluso, venían profesores de otros lados a consultarla. Tres leyendas habitaron sus estantes: dos tomos juiciosamente anotados de una versión bilingüe árabe-español de *El Quijote*; una hora de lectura dominical en la que Rafqda les leía cuentos a los niños del parque —dicen que antes del bombardeo podían contarse hasta cien—; y los discos de rock de Zamir, un viejo cascarrabias que administraba con precisión, pero con mal humor, una colección inusitada de discos de acetato que no te podías llevar a casa. *Sticky Fingers* de los Rolling Stones era la joya de esa sección oculta. Ni los libros ni los discos, ni Samir, ni Rafqda sobrevivieron a la intensificación del bombardeo.

Lo que fue la biblioteca hoy es un refugio clínico. Hay tres camillas oxidadas, endeblés, mucha basura; nada que atestigüe los vestigios de los discos. Quedan unos cuantos libros apilados, son los que Beydoun deshoja para avivar el fuego. Entre las páginas que arranca, busca *El Quijote*. No hay nada.

Es mi segunda noche aquí. Los recuerdos son interrumpidos a ratos por ráfagas, estallidos y las quejas de un joven que está ocupando la camilla. Mientras

crepitan los restos del librero de cedro y las generosas páginas que encienden, pienso: cuánto esfuerzo por clasificar. Usaron Dewey: 000-999. Administraron números y reglas; apellidos y años de edición. Y luego qué: principios básicos del *triage*. Los mutilados al fondo, los que no sobrevivirán al fuego. Y entonces Baydoun dice:

صبح المجموعة خالدة عندما يتمكن أي شخص
من العثور على ما يبحث عنه دون الحاجة إلى
أمين. الأرشيف ليس ملكاً لأمين الأرشيف، بل
هو ملك للمستخدم

Yo mal traduzco en mi cabeza:

Un acervo se hace eterno en la medida en que cualquiera puede hallar lo que busca sin necesitar del guardián. El archivo no pertenece al archivero, pertenece al lector.

¿A quién pertenecerán las historias de este barrio que está dejando de existir? ¿Qué modelo de catalogación convendrá usar para estas ruinas que ya no son nada, ni palabra ni música; ni domingo, ni nada?

A la mañana siguiente nos despierata el ajeteo. Hay un médico que habla en inglés y mucha gente. El joven quejoso de la camilla no sobrevivió. Con el tizne que dejó la humilde quema de libros escribe el poeta en la pared:

هنا
كان أ
مكتبة
Aquí
fue una
biblioteca.¹

1 Escrito en la Franja de Gaza (Palestina ocupada), en el refugio del parque náutico de Al-Zahra (municipio de Gaza donde se encuentra aún la Universidad de Palestina), en compañía del poeta libanés Zaki Baydoun. A la memoria de los grupos de misión de paz de la Fundación Yasser Arafat.

LOS DINOSAURIOS

Luis Eduardo Escobar

Cuando tenía seis años, más o menos, conocí una biblioteca. Me llevó mi abuela materna. Desde fuera se veían los estantes y sus pocos libros. Se anunciaba con letras rotuladas: Biblioteca Pública Nezahualcóyotl. Pasamos por un torniquete y nos registramos en una libreta.

Nos llevaron, de inmediato y sin mediar palabra, a un pequeño rincón apartado de los grandes estantes. Los libros estaban a mi altura. El lugar era un desierto; el piso, acolchado, estaba sucio. Era el único niño ahí. Mi abuela, la única abuela.

—¿Cuál te gustaría ver? —preguntó alguien.

—¿Tienes de dinosaurios? —fue mi respuesta.

No entendía que nadie fuera dueño de la biblioteca. Tampoco sabía que las hay personales; que una biblioteca pueden ser los libros, no sólo el espacio.

Lo que sigue en la historia es simple: conocí los libros de dinosaurios, todos los que había, al menos, en esa biblioteca. Los miré decenas de veces. Todas las tardes veía las ilustraciones y trataba de aprenderme los nombres; preguntaba por el significado de algunas palabras. Quizá la tarea llevó un año o poco más. Me llevaba uno a la semana. Los viernes se volvieron días de ir a la biblioteca. Creo que ya empezaba a tomar otros libros. Hasta que la biblioteca cerró. Las autoridades la clausuraron.

La biblioteca duró mucho tiempo en el limbo; los bibliotecarios juntaban firmas para pedir su reapertura. Pasaron varios años, la remodelaron y volvió a abrir. La pandemia de covid, sin embargo, orilló a que la cerraran de nuevo, pero sólo un tiempo.

Cuando volví, fui a leer literatura mexicana. Tenía dieciocho años, ya no buscaba dinosaurios.

LAS BIBLIOTECAS Y EL AGUA

Carolina López Møller

Amo las bibliotecas porque son, en esta ciudad sin cuerpos de agua, lagos silenciosos y transparentes en los que puedo nadar de vez en cuando. Hablo, sobre todo, de la Biblioteca Vasconcelos. Amo sus balcones flotantes y el enorme espacio visual, hacia dentro y hacia afuera. Me sumerjo en los murmullos que, por la amplitud entre las paredes, se vuelven una sola fuente, un manantial. Cuando estaba trabajando en la tesis, iba varias veces a la semana, cinco o seis horas por día. En esa época soñé que sobrevolaba la biblioteca y, al mirar a las personitas inclinadas sobre libros y libretas, sentía —o sabía— que sus pensamientos eran míos, que éramos un gran pensamiento conjunto. (Era también la época de leer mucho a Walt Whitman: “Si no son tan tuyos como míos, son nada o casi nada”.) En otra ocasión soñé que me echaba un clavado en un lago prehispánico de Tenochtitlán/CDMX y que, tras hundirme decenas de metros, llegaba a una Biblioteca Vasconcelos subacuática, al estilo de la ciudad perdida de Atlantis. Nadaba alrededor de personas anónimas que caminaban entre las estanterías y, después de algunos intentos, lograba encontrar el balance para no subir ni bajar y comencé a nadar en paralelo a los balcones llenos de libros. Es ese equilibrio sutil de no subir hacia la superficie de la ciudad lo que amo de las bibliotecas. Sentirse como huesos de una ballena enorme flotando en un medio que no es el suyo: el silencio profundo hace que vibre un sonido nítido por dentro, y el aire, vuelto denso y húmedo, materializa el cuerpo que existe todavía alrededor de esos huesos, un cuerpo ligero en la inmensidad del agua.



Libros y posesiones de eruditos, principios del siglo XX. Metropolitan Museum of Art ©.

LA BIBLIOTECA DE MI INFANCIA

Erick de la Barrera Montppellier

Mi afición por las bibliotecas comenzó en la primaria, cuando teníamos clases que se daban en español e inglés en días alternados. Cada dos semanas, cuando el día en inglés caía en viernes, nos enfilábamos a la biblioteca, cuyo acervo incluía libros relativamente recientes, aunque varios títulos ya eran clásicos: la obra del Dr. Seuss, los *Little Golden Books* y, en mi último tercio de primaria, la colección de *Choose Your Own Adventure*.

Durante las primeras visitas revisábamos los volúmenes de colores y palabras sueltas. La bibliotecaria, Mrs. Macías, nos instruía sobre las partes de los libros, así como en su correcto manejo: se debe pasar las páginas por las esquinas y usar un separador de libros para indicar la posición en la que se queda la lectura, evitando así marcar con dobleces las esquinas o con tinta estos ejemplares de uso común.

Una vez que la bibliotecaria tenía la certeza de que los libros no iban a regresar rayoneados ni con cortes hechos con

tijeras de punta roma, nos dieron rinda suelta en la estantería y la sala de lectura, que eran el mismo espacio. En las primeras sesiones, leíamos ahí; luego estas prácticas de revisar y elegir libros se fueron extendiendo hasta que nos confiaron la maravilla del préstamo externo. Cada quince días podíamos llevar a casa un libro distinto, con la condición de regresarlo en buenas condiciones y acompañarlo de un reporte de lectura.

En la biblioteca de la primaria el olor a libro se mezclaba con ese aroma característico de las papelerías o de los depósitos de útiles escolares, con el olor de los solventes del mimeógrafo y con el que producía la fotocopiadora que imprimía las circulares y las hojas de ejercicios que nos daban a los niños.

Es investigador del Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad de la UNAM.



Biombo *munbangdo*, principios del siglo XX. The British Museum ©.

OTRA TORRE

Gabriel Sosa

La vida de Michel de Montaigne, retratada por Stefan Zweig, nos ofrece una reflexión profunda sobre las bibliotecas. Tras la muerte de su padre, eligió una torre del castillo heredado para instalar su colección de libros y retirarse. Allí escribe, en diálogo con ellos y, sin saberlo, inventa un género literario nacido de la búsqueda de comprenderse a sí mismo. En esa torre convertida en biblioteca resiste las expectativas sociales, políticas y familiares, los saberes dogmáticos y el ruido que hoy nos resulta tan familiar: la cacofonía de las agendas ajenas, la fría lógica del capital y la tiranía de lo urgente.

Una biblioteca personal, sea una habitación, una estantería o una silla junto a una lámpara, es la heredera directa de aquella torre: un territorio que declaramos soberano frente a las demandas del mundo. Cada libro que elegimos es también un veto; tiempo robado al algoritmo. El propio Zweig construyó su torre en el exilio: una biblioteca que erigió como bastión de humanismo frente a

la oscuridad que se avecinaba. Virginia Woolf reivindicó ese espacio como un imperativo material e intelectual para la creación. Victoria Ocampo edificó la Villa Ocampo como una ciudadela donde dialogar con grandes mentes y defender la libertad, el pensamiento y la belleza en tiempos convulsos.

Paso las horas previas a clases en la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, donde se resguardan miles de libros y tesis que han dado forma al pensamiento de generaciones. En ese lugar, revestido con el arte de O'Gorman, me descubro en un refugio. Una biblioteca es una barricada contra el olvido y la barbarie, un espacio íntimo que al mismo tiempo se abre al latido colectivo de lo leído, lo pendiente y lo que aún soñamos leer.

Es egresado de Filosofía por la UNAM, da clases y escribe.

TRESCIENTAS PALABRAS QUE SERÁN LEÍDAS EN UNA PANTALLA

Abel Martínez Hernández

Conocí a Daniel Mordzinski en un conversatorio que se realizó afuera de lo que, en un futuro no muy lejano, sería la biblioteca de la ENES en Juriquilla. La primera pregunta del “fotógrafo de los escritores” fue: ¿en dónde están los libros? Mi respuesta inmediata y temerosa fue que la escuela estaba apostando por la vanguardia y que ahora la biblioteca sería virtual. Con el rostro desencajado y lleno de preguntas, me dijo: ¿ya no habrá libros?, ¿qué harán los jóvenes ahora? Realmente, me quedé sin respuestas pues, por ser historiador, mi vida había estado rodeada de libros. Finalmente lo volteé a ver, encogí los hombros y contesté: no lo sé, Daniel.

La plática prevista se llevó a cabo, pero sus preguntas quedaron rondando en mi cabeza. Pocos meses después, me invitaron a coordinar el Centro de Información Digital y acepté el cargo con mucha ilusión, aunque sabía que los principales ausentes serían los libros y las protagonistas, las computadoras.

Desde aquel momento, no he podido dejar de pensar en que hemos llegado al mundo distópico de *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Si bien aquí no arden los libros, se queman los ojos de nuestros estudiantes frente a las pantallas. Se desvanecen los bocetos de las ideas al ser sometidas a la inteligencia artificial para que tomen forma, pues ya no hay tiempo para el error. Ya no existirán autores anónimos de las notas de amor olvidadas entre los libros de la biblioteca. Se acabarán los ladrones de libros y la única nube a la que aspiraremos será aquella que nos dé mayor almacenamiento digital, y no las que se encuentran en el cielo.

Daniel, no he olvidado las preguntas que me hiciste en aquella ocasión. Por el momento, sigo sin poder responderlas.

EL DINOSAURIO EN LA BIBLIOTECA

Zoé Méndez Ortiz

Como quien viaja a un país nuevo y busca una iglesia, lo primero que yo hago cuando cambio de trabajo, proyecto o escuela es buscar la biblioteca que me quede más cerca. Hay algo en los libros dispuestos en orden alfabético, por colores, tamaños, temas o autores que me regresa a la infancia, a una casa amurallada de librerías llenas. Apostaría que mi crecimiento físico —la altura— se detuvo en la adolescencia cuando decidí pasar las tardes en las bibliotecas públicas de Xochimilco, acompañada de la luz fluorescente de la sala de lectura, en lugar de bajo el sol, en las canchas.

La primera vez que visité la Biblioteca Nacional tenía nueve años, me sorprendió el dinosaurio suspendido del techo, los vitrales por donde se cuele la luz en haces, el techo traslúcido por donde se ven correr las nubes en el cielo o se estrella la lluvia estrepitosamente. Regresé tiempo después, cuando terminaba la licenciatura en Letras Hispánicas. De todas las bibliotecas en las que busqué, la Nacional era la única que tenía el libro del autor que trabajaba en ese momento —*Las bicicletas de David Toscana*—; lo que inició como una visita de un día para fotocopiar el volumen, terminó en semanas de trabajo.

Ahora que estoy por finalizar la maestría, he vuelto felizmente a la sala de consulta del *mezzanine*. Mientras recorro el pasillo que me lleva a dicho espacio, miro de reojo los vitrales, el dinosaurio y deseo que mi escritorio favorito no esté ocupado. El registro en la entrada, la mochila en el *locker*, la revisión veloz de las nuevas adquisiciones, el termo de agua descansando en el piso y una libreta al lado de la *laptop* son parte de un ritual que me devuelve a todas las edades en que he habitado bibliotecas.

BIBLIOTECA GENTRIFICADA

Alejandro Espinosa Fuentes

La nueva moda entre los mejores lectores que conozco, sabios eruditos que por regla general están en bancarota, es subarrendar sus departamentos o habitaciones en Airbnb para así poder costear sus viajes a las ferias del libro donde presentarán su propia obra. Su mayor temor al compartir sus hogares no es que les roben la tele o la cafetera, sino que alguien vulnere su biblioteca. La solución que han encontrado: transformar sus librerías en vitrinas, con puertas de vidrio y cerraduras, para proteger ciertos libros raros, autografiados o primeras ediciones. Supe incluso de un profesor que resguardó su biblioteca de más de cinco mil libros con gruesos cerrojos de titanio. Poco después, como era un hombre despistado, extravió las llaves. Al principio, se lo tomó con calma y admiró su preciada biblioteca a través del cristal, lo que lo llevó a pensar que había matado dos pájaros de un tiro: no sólo sus libros estarían a salvo de los ladronzuelos, sino también del polvo que fosiliza tantas colecciones. El profesor recordó después que esa misma noche debía mandar un artículo sobre un libro muy extraño, casi imposible de conseguir, que estaba dentro de su hermético librero. Pero, por más que intentó forzar la cerradura con tarjetas, pasadores y clips, no logró acceder a él. En un último intento desesperado, envolvió su puño en un trapo y allanó su propia biblioteca. Con mucho cuidado, procurando no regar gotitas de sangre, extrajo el ejemplar con esa alegría que sólo han sentido aquellos que perdieron una idea y de repente la encuentran entre las páginas de un libro. Es la misma alegría que siento yo, mientras escribo esto, viendo de reojo las pequeñas cicatrices alrededor de mi mano derecha, junto a mi librero agujereado donde escucho, como un rumor, la libertad de las palabras.

Es narrador, traductor, editor y ensayista.

EL MIEDO A LA INMENSIDAD

Alma Elena Bello Quiroz

Entrar a la Biblioteca Central me paraliza, aunque, de hecho, me ocurre lo mismo con todas las bibliotecas de CU y sus espacios. Hace unos años llegué a la capital con las ilusiones que una joven de diecisiete años, procedente de una ciudad mediana y de familia de clase trabajadora, puede tener al quedar en la UNAM. En ese momento, me pareció que era totalmente especial, así que durante las primeras dos semanas viví lo que ahora considero mi mejor época. Poco después me golpeó abruptamente la realidad y volví a ser la chica rara que no sabía ciertas cosas por no haber estudiado en un CCH o una Prepa Nacional y que, además, venía de una urbe poco conocida. Sin embargo, no podía volver, gasté todos los ahorros de mis padres y desde ese día he ignorado cada grito en mi interior que me dice que me vaya. Así he estado estudiando en la Facultad de Filosofía y Letras. Además, tengo un gran secreto: nunca he entrado más allá del primer pasillo de la Biblioteca Central, me aterriza, y cuando voy sólo es por su eficiente sistema de copias. Varias veces he intentado silenciar mi miedo —después de todo, ya no soy una niña—, pero mi subconsciente me detiene. La Samuel Ramos no es la excepción, aunque de ahí he logrado tomar libros y llevarlos a mi cuarto en renta, siempre que entro me da pánico. En todas las bibliotecas de CU se repite este patrón.

Sé que esta historia parece infantil, pero refleja mis mayores miedos a las bibliotecas universitarias. Quién sabe, tal vez pronto pueda atravesar aquellos muros y observe y estudie, de una vez por todas, sin que un terror me recorra el cuerpo.

Cursa Estudios Latinoamericanos en la UNAM.



Lee Eung-rok, *chaekgeori*, ca. 1864-1872. Wikimedia Commons ©.

LA SENSACIÓN DE COMUNIDAD QUE SE RESPIRA

Aranza Montserrat González Pérez

Una experiencia que recuerdo con mucho cariño ocurrió en la Biblioteca de México, ubicada en la Ciudadela. La primera vez que la visité fue por curiosidad: había escuchado que era una de las más grandes del país y quería conocerla. Al llegar, me impresionó la amplitud del lugar: enormes salas con estanterías interminables, techos altos y un ambiente solemne que transmitía respeto por el conocimiento.

Entré a la Sala José Vasconcelos, que conserva un aire más clásico, con muebles de madera y un silencio profundo. Ahí encontré un libro sobre diseño editorial que llevaba tiempo buscando. El simple hecho de tenerlo en las manos me generó una mezcla de emoción y calma, como si hubiera hallado un tesoro en medio de ese universo de libros.

Mientras recorría los pasillos, descubrí que imparten talleres de lectura y de escritura, además de organizar actividades culturales para todo tipo de públi-

co. Me sorprendió saber que la biblioteca no sólo funciona como un sitio para la consulta, sino también como un lugar vivo que promueve la participación y la formación comunitarias. Lo que más me marcó fue la sensación de comunidad que se respira. Era evidente que cada persona acudía con un propósito distinto, pero todos compartíamos el mismo espacio con respeto.

Después de unas horas de lectura, salí al patio central, donde el ambiente era más relajado. Estar rodeada de tanta historia y, a la vez, de vida cotidiana me hizo valorar la importancia de las bibliotecas públicas como refugios culturales en una ciudad tan acelerada como la nuestra. Desde entonces, la Biblioteca de México se convirtió en uno de mis lugares favoritos.

Es estudiante de Diseño y Comunicación Visual en la UNAM; le interesan la fotografía deportiva y la gestión cultural.



Yi Taek-gyun, *Libros y accesorios de eruditos*, finales del siglo XIX. The Cleveland Museum of Art ©.

EL UNIVERSO EN UNA BIBLIOTECA

Jasiel Amauri Rodríguez Morales

Describir con palabras la inmensidad y la esencia de la Biblioteca Vasconcelos es una tarea imposible. El olor tan característico de los libros viejos te recibe en cuanto cruzas la puerta, la amplitud del espacio y la distribución tan original de su acervo maravillan a todo aquel que entra, no importa si eres un turista o un lector frecuente del lugar. Su personalidad te hace querer explorar todos y cada uno de los pasillos que parecen flotar mientras sostienen en sus estanterías una cantidad de saber tan grande que ninguna persona sería capaz de leerla en su totalidad.

Fui por primera vez a mis nueve años, me impresionaron las posibilidades que había para explorar tantos temas como quisiera, desde la ciencia exacta más compleja hasta el libro de cuentos más completo de algún autor cuyo nombre aún no podía pronunciar. Una experiencia que cualquier amante de la lectura ha experimentado alguna vez, al tener

un universo de textos a su alcance. Los espacios de lectura en silencio, las escaleras interminables, las áreas al aire libre, el esqueleto de ballena gris que cuelga en medio de un pasillo inmenso, todo conformaba un lugar que sólo en mis sueños habría podido imaginar. En cada vuelta de esquina me esperaba otro libro que clamaba con desesperación que lo sacaran de su confinamiento para poder transmitir el conocimiento que almacenaba en su interior.

Amo las bibliotecas, la lectura y conocer lugares nuevos, pero nunca podré sentir la misma sensación que me provocó la Vasconcelos, un refugio para aquellos que disfrutamos dejarnos envolver por la ficción de una novela, el aprendizaje de un tema de un libro teórico o, simplemente, por su parcial silencio.

Es estudiante de Literatura Dramática y Teatro, UNAM.

ENTRE LOS LIBROS Y
LA VIDA EN COMUNIDAD
Leslie Rentería Cervantes

La primera vez que entré a la Biblioteca Vasconcelos quedé asombrada. No sólo por su arquitectura imponente o por los miles de libros que parecían flotar entre los estantes, sino por la vida que se sentía en cada rincón: niños corriendo en las áreas verdes, presentaciones de libros y el sonido de música huasteca. Comprendí que una biblioteca no es simplemente un lugar de consulta, sino un espacio donde lo social y lo cultural coinciden.

Hablando con mi mamá, nos dimos cuenta de que en México las bibliotecas siempre han sido mucho más que estanterías y mesas. En barrios y alcaldías, se transforman en refugios del encuentro: vecinos, niños y familias compartiendo actividades, aprendiendo y conectándose con la cultura y entre ellos. Estos lugares han sido un motor educativo: en este país las bibliotecas hicieron posible que muchos jóvenes descubrieran la lectura, se abrieran camino y lograran estudiar sus carreras profesionales.

Ese espíritu solidario se volvió vital en momentos de crisis. Tras el temblor de 1985, varias familias que perdieron sus hogares hallaron refugio en las bibliotecas y allí mismo se organizaron colectas de víveres. Así, se convirtieron en espacios de cuidado, esperanza y apoyo.

Siempre han sabido abrazar la vida que las rodea: la Biblioteca Central se viste con ofrendas el Día de Muertos y se engalana con banderas en septiembre. Entre repisas y decoraciones, las bibliotecas no sólo guardan conocimiento, sino también las tradiciones, la memoria y los ritmos de nuestra sociedad.

Todo esto me lleva a preguntar cómo ha cambiado el papel de las bibliotecas a lo largo del tiempo, cómo se han concebido en otros países y qué lugar han ocupado en nuestra vida colectiva.

“HACE VEINTE AÑOS...”
Enrique Castillo Juárez

Fue en 2005 cuando conocí la Biblioteca Central de la UNAM. Esa primera impresión fue impactante por la belleza exterior del edificio. Llegar al campus universitario por avenida Insurgentes, cruzar caminando las áreas verdes, salir al estacionamiento de Filosofía y Letras, encontrar ese majestuoso edificio. Junto con dos compañeras de la escuela donde estudiaba contabilidad, recorrí el exterior de la Biblioteca Central, a paso lento para apreciar cada uno de sus muros. Estaba sorprendido, y aún me faltaba conocer el interior.

Fue una de mis compañeras quien propuso que visitáramos esa biblioteca para realizar el primer trabajo del curso. Además de encontrar la información que buscábamos, me maravilló ver tantos libros de diversos géneros y especialidades. Me llenó de agrado y satisfacción que, sin ser entonces alumno de la UNAM, me permitieran consultar cualquier libro. Se volvió mi lugar favorito para hacer tareas e ir a leer por gusto.

Con el paso de los años, llegó mi oportunidad de pertenecer a la comunidad universitaria, y claro que mi lugar preferido sigue siendo mi querida Biblioteca Central. En ella he disfrutado y aprendido, he tomado talleres y he asistido a eventos. El Concierto Navideño de Conjuntos Corales, en diciembre de 2024, fue extraordinario y lo mejor: al final regalaron los libros que formaban el árbol de Navidad. El Encuentro Universitario de Tunas 2025, para celebrar el día del amor y la amistad, también fue grandioso.

“Cómo no te voy a querer”, Biblioteca Central, si me has permitido consultar tu acervo, hacer tareas y estudiar en tus instalaciones antes y ahora que soy orgullosamente universitario.

UNA VEZ, EN LA BIBLIOTECA
PÚBLICA BENITO JUÁREZ

Roberto Hernández

Al recorrer los pasillos en que están los libros, con estantes a izquierda y derecha dentro de los muros del recinto, se tiene una mejor perspectiva del mobiliario, sillas y mesas de madera firme que no anuncian la longevidad del lugar, misma que quizá se adivine por el diseño del espacio y por los murales exhibidos al norte y al sur —muros principal y final de la biblioteca—, obra del pintor jalisciense Roberto Montenegro.

El muro norte lo custodia *El cuento*, inspirado en uno de los relatos de *Las mil y una noches*, que representa al genio de la lámpara y subraya la relevancia de la imaginación en la literatura. El simbolismo de esta obra pictórica engrandece el ya bello y singular ideal bajo el cual se constituyó la biblioteca, en el centro de la Primaria Benito Juárez: resignificar espacios a partir de principios revolucionarios sobre educación pública, como parte de los proyectos vasconcelistas de aquella primera SEP.

Así, quienes transitamos sus pasillos inferiores y superiores, escalinatas y acervos, para seleccionar una lectura, revalorizamos el ideal de humanismo de la educación y el arte como potencias revolucionarias.

AUTORRETRATO

Banni Fuentes

A los catorce años comencé mi propia biblioteca, pero mi educación sentimental como lector había empezado antes, cuando me refugié en una al norte de la ciudad. Era un edificio imponente, parecía arrancado de una ficción futurista. Llegué por curiosidad, la cual me salvó de una tediosa adolescencia, y regresé con mi madre para obtener la credencial. Con un trámite burocrático, se me abrió un territorio en el que respiraba distinto.

Mi asombro no cabía en esos pasillos llenos de libros. Hojeaba miles, no siempre con la intención de llevarlos a casa, sino sólo por el placer de abrirlos como quien prueba dulces. Aquel escondite era para mí un espacio donde el tiempo se abría al ejercicio de la curiosidad y borraba, por un instante, los violentos ruidos del exterior y de mi pequeña existencia. Los libros me ofrecían una lengua nueva para nombrar mis miedos, deseos y recientes obsesiones.

Después adquirí mis primeros volúmenes, los cuales no se confundirían con las enciclopedias, los manuales infantiles y los libros religiosos que había en casa. Así comenzó lo que, más tarde, se convertiría en una extensión de mi identidad. Al igual que Salvador Novo, me declaro un loco de las ediciones numeradas o agotadas, y acepto que tengo más libros que tiempo para leerlos, por más decididamente que me lo proponga. Acumulo libros como quien acumula futuro; como quien se niega a rendirse a la deprimente e inmediata realidad.

Mi biblioteca personal cuenta una historia que, a veces, hasta yo desconozco. Cada título guarda la memoria de un hallazgo: un viaje, una feria, un regalo o una deuda. Dibujan el mapa de mi formación, la cartografía de mis obsesiones. Una biblioteca personal, lo sé ahora, es también un autorretrato.

Es bibliófilo, lector caprichoso y estudiante de Letras Hispánicas en la UNAM.



Biombo *munja-chaekgeori*, principios del siglo xx. The Cleveland Museum of Art ©.

EL HOGAR DEL
DR. MARIO DE LA CUEVA
Luis Mario Carmona Márquez

Conocí la Biblioteca Pública Dr. Mario de la Cueva el 5 de febrero de 2023. Era día festivo, pero la instalación estaba abierta. Caminé desde el Canal Nacional, por la Avenida Santa Ana, hasta topar con Canal de Miramontes. Fueron casi dos horas de trayecto. En Calzada de la Virgen está la biblioteca, escondida dentro de una casa de ladrillo rojo, frente a una arboleda hermosa a la mitad de dos calles. Si no tuviera un letrero, la habría confundido con un edificio cualquiera. Rejas negras en la entrada, escaleras y una puerta de cristal. Uno abre y le atiende una encargada. Me pide la mochila para ponerla en el guardarropa, me da un gafete con un número y entro.

En efecto, es una casa. El primer piso no llama mucho la atención. Una mesa grande oculta una chimenea en desuso. La sala siguiente es la infantil, llena de juegos y libros para las criaturas. Hay un baño, sin papel. Lo maravilloso empieza en el segundo piso. Tras

subir las escaleras, se encuentran los libreros. Cada habitación está dedicada a un tipo de libros según la clasificación Dewey. Siento una intimidad desconocida y difícil de explicar. Dos ventanas dan a la calle, pero están obstruidas por hermosos ramajes pensiles. La buganvilia resalta con su rosado tierno. En un cuarto se ostenta un balcón. Está cerrado al público, pero en un descuido uno puede salir y palpar las flores que cuelgan del techo. Una de las ventanas tiene vista al patio del edificio y otra, al patio del vecino. El silencio es el adorno máspreciado, el cobijo de una insondable realidad. En una pared, la foto del Dr. Mario de la Cueva. Fue su casa, seguramente. Su sonrisa me invita a su hogar.

Estudió Letras Españolas en la UACH y cursa la licenciatura de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM.

LA VASCONCELOS
ERA UNA FIESTA
Francisco Pérez Caballero

Cuando las bibliotecas abandonan su carácter “sagrado” hecho de reglas casi funerarias, orden perfecto, sepulcral silencio y total compostura, y, por el contrario, dan cabida al juego, la risa y los gritos, se impregnan de vida y, a su vez, la irradian.

Un ejemplo es la Biblioteca Vasconcelos, donde el público se congrega por razones variopintas, desde una lectura concienzuda, el ensayo de alguna coreografía e, incluso, una cita romántica entre libros.

Su Sala Infantil es un espacio destinado a recibir a sus muy distinguidos invitados: niñas y niños de todas las edades, incluso bebés de brazos o aquellos que aún moran en las pancitas de sus mamás.

El 23 de marzo de 2024 me integré a las filas de voluntarios de la Biblioteca Vasconcelos y, para mi gran sorpresa y fortuna, fui asignado al área infantil. Comencé apoyando a los bibliotecarios en sus funciones dentro de esta sala, entre ellas, “la hora del cuento”. En algún punto me permitieron narrar una historia y, gracias a la buena recepción del público, pronto pude dar media hora de cuento, luego una hora completa y así, poco a poco, me convertí en “el cuentacuentos” de la Sala Infantil.

A lo largo de 2025 mi colectivo Michis Miopes participó en diversas presentaciones, talleres y funciones de cuentacuentos dentro de la biblioteca, con una única premisa en mente: permitir a lxs niñxs ser niñxs.

Los libros siempre fueron el pretexto perfecto para desatar risas, gritos y juegos; para integrar y fomentar la participación activa de las infancias y celebrar una gran fiesta alrededor de la literatura y llenar de vida la Biblioteca Vasconcelos.

Es cuentacuentos, mediador de lectura y estudiante en la FFyL, UNAM.

BIBLIOTECA PÚBLICA
DE LOS ÁNGELES
Carolina Farfán

A dos semanas de empezar la carrera en Bibliotecología, visité la Biblioteca Pública de Los Ángeles. En términos arquitectónicos, es un edificio que impone, pero la magia, como sucede normalmente en las bibliotecas, comienza cuando entras. En el *lobby* colorido y ante los pasillos que guían al interior, mis ganas de explorar todo eran muchas. No sabía qué esperar, pues hasta entonces había estado en pocas bibliotecas: todas muy sencillas y en comunidades pequeñas, todas muy distintas de lo que encontré allí.

Desde murales, mosaicos y esculturas hasta una exposición sobre la población oaxaqueña en Los Ángeles y otra sobre la resistencia de la ciudad contra la guerra de Vietnam, la biblioteca me impresionaba a cada paso. Los libros, por un momento, pasaron a segundo plano. A pesar de la belleza estética del edificio, la biblioteca me decía algo: comunidad. Me lo decían sus bibliotecarios serviciales y atentos a los usuarios en cada área, sus exhibiciones, los múltiples letreros con señales para ubicarse, la cantidad de gente que, como yo, exploraba la biblioteca y usaba sus espacios.

Semanas después, ya estudiando la carrera, descubrí que lo que había observado era una biblioteca modelo. Si su impacto en mí había sido tal, es porque cumple con todos los requisitos mencionados en libros y artículos sobre el tema, algo que, tristemente, es raro en México. Es común que un estudiante de mi disciplina sienta decepción al comparar nuestras bibliotecas con lo que la bibliografía nos dice que deberían ser, pero mientras existan lugares como la Biblioteca Pública de Los Ángeles, siempre podremos tratar de seguir su ejemplo, tomar lo mejor de ellas; en este caso, crear comunidades alrededor de nuestras bibliotecas.

Es ayudante de profesor en la Licenciatura de Bibliotecología y Estudios de la Información, UNAM.

UNA AMIGA EN
LA BIBLIOTECA

Abril Atenea Reyes Sandoval

Llegué puntual a mi cita en la biblioteca. La bibliógrafa me recibió con una sonrisa cálida que me hizo sentir bienvenida en esa “ciudad de libros”, como las apoda Camila Henríquez Ureña. Mientras recorríamos los amplios pasillos, iluminados por una luz tenue que dotaba al ambiente de una especial intimidad, le platiqué el motivo de mi visita: ésa era tan sólo una parada en mi itinerario tras las huellas de Camila, un afán por encontrar información que me permitiera reconstruir su pensamiento pedagógico.

La bibliógrafa se convirtió en mi cómplice. Con una actitud casi detectivesca, me ayudó a localizar las fuentes disponibles en el catálogo de la biblioteca y llevamos cinco libros a su oficina para revisarlos con calma. Para Camila, más que objetos que aleccionan o divierten, los libros son amigos. Ellos resguardan el pensamiento de mujeres y hombres que nos precedieron, de tal forma que la lectura es, ante todo, una conversación con ellas y ellos, en la que “aprendemos a pensar”.

Cuando comenzamos a hojearlos, ocurrió algo inesperado: en la primera página de un ejemplar, con una caligrafía impecable, se leía una dedicatoria: “A Daniel Cossío Villegas, atentamente, Camila Henríquez Ureña. Santo Domingo, Octubre de 1932. Nueva dirección: Légation de la République Dominicaine, Paris”. El libro era *Las ideas pedagógicas de Hostos*, tesis con la que obtuvo su título en Pedagogía.

El hallazgo nos dejó boquiabiertas. Sentí que Camila había aguardado pacientemente, en los anaqueles de esa ciudad libresca, a que alguien encontrara ese libro para iniciar una conversación. El día por fin llegó y yo me dispongo a ser su interlocutora.

BIBLIOTECAS PERSONALES
Mauricio Sánchez Menchero

El libro sobrevive atado a la palabra que lo designa, que también es el brocal de la biblioteca. Como un manantial, el agua que corre por sus anaqueles procura la más alta satisfacción cuando uno tiene sed. Borges, un lector siempre sediento, dice que se crió en “un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros”. En *Discusión*, describe la clave que impulsa a cualquier bibliófilo sediento al momento de conjuntar muchos libros para construir un pozo inacabable de lecturas: “Soy un lector hedónico: jamás consentí que mi sentimiento del deber interviniera en afición tan personal como la adquisición de libros, ni probé fortuna dos veces con autor intratable, eludiendo un libro anterior con un libro nuevo, ni compré libros —crasamente— en montón”.

Las colecciones personales de la Biblioteca México son una fuente de inagotable placer cuando se busca las huellas del hedonismo de sus dueños. Un gozo añadido es encontrar entre sus páginas “testigos” (boletos de transporte, comprobantes de compra o recados) y marcas de lectura o “marginalia” (subrayados, correcciones o comentarios) dejadas por sus lectores: José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Alí Chumacero, Jaime García Terrés y Carlos Monsiváis.

Un placer similar es la lectura de las dedicatorias autógrafas de las primeras páginas de los libros. En estas bibliotecas personales, muchos de sus volúmenes adquieren un valor añadido; cada uno se convierte en ejemplar único al conformar “intradocumentos”: escritos soporados por otros escritos. A fin de cuentas, seguir las huellas lectoras nos convierte en los cazadores furtivos que menciona Michel de Certeau: “los lectores son viajeros; circulan por tierras ajenas, nómadas dedicados a la caza furtiva en campos que no han escrito”.

LIZANDRO SAMUEL

Es la vida que merecen: una biblioteca contra los clichés en Caracas

—Profe, yo no he estado en una biblioteca, pero mi abuela tiene una en la casa —respondió el adolescente a la pregunta de Albe Pérez—. Está en la mesita que tiene al lado de la cama, ahí hay como quince libros.

Albe pasó semanas conversando con alumnos del bachillerato del Instituto Técnico Jesús Obrero, en Catia, Caracas, para averiguar si sabían qué era una biblioteca y qué les gustaría ver en una. La mayoría hacía gestos de duda; otros, como el ya mencionado,



Biblioteca Hermano Korta S.J. y Centro de Recursos de Aprendizaje e Investigación del Instituto Técnico Jesús Obrero, Catia, Caracas, 2024-2025. Todas las fotografías son cortesía del CRAI.

ofrecían respuestas que bailaban entre la ternura y lo *naïf*.

Ella siempre ha estado ligada a los jesuitas, incluso mientras construía una destacada carrera en el área de cultura de la alcaldía de Chacao, en la capital venezolana. Luego de varios comentarios medio en broma, medio en serio, el rector del Jesús Obrero, Miguel Ángel Corominas, la llamó en 2023 para proponerle que reformara la biblioteca. El recinto opera como liceo en las mañanas, como universidad en las tardes y también asisten los estudiantes del Instituto Nacional de Capacitación y Educación Socialista (el Inces, que ofrece cursos para profesionistas). Catia, donde se encuentra, es un sector popular en el que desde siempre se han visto los clichés de la pobreza y que contiene puntos álgidos como zonas paramilitares. Allí, el Jesús Obrero cosechó fama de ofrecer educación de calidad. Sin embargo, en 2023 su biblioteca era la Ibiza de los hongos y las polillas.

Septiembre de 2025. Atravesamos una cancha desierta por las vacaciones, bajo un sol tan caliente como los que pintó Van Gogh. Albe abrió la puerta de cristal. El alivio del aire acondicionado me mostró una biblioteca de un blanco que arrulla, con estantes de un color rojo que te hace ojitos. Un carrito gris, tan

cuchi como una casa de muñecas, estaba frente a mí con una variedad de libros populares. Tres tableros de ajedrez prometían tardes épicas; luego, seis cubículos que se usan para reuniones de estudio y que se me antojaron como la versión en miniatura de los que hay en una de las mejores agencias de *marketing* del país. Albe me hizo pasar a la recién inaugurada Sala Pódcast. Mi cabeza voló: imaginé lo que podría hacer allí. Después se paró en el centro de la biblioteca y abrió los brazos:

—¿Qué te parece?

Era un asco. La mayoría de los títulos que estaban en la antigua biblioteca se encontraban enfermos. Además, habían envejecido mal: sobraban obras técnicas de principios del siglo XX que vaticinaban como novedad lo que luego sería normal. Se vendieron, para elaborar pulpa de papel, casi dos gandolas de libros. Los estudiantes identificaban el lugar como una especie de depósito de libros/revistas, en donde celebraban cumpleaños, hacían pequeñas reuniones festivas y a lo mejor —cuando los fenómenos celestes se alineaban— alguien se sentaba a estudiar.

Tras la reforma, la inauguración fue en octubre de 2024. Los adolescentes, luego de amontonarse frente a las

puertas de cristal, entraron como cachorros a los que les quitan las correas. Ni Albe ni Marcos Togni ni Beatriz González ni Michael Zerpa, el director y los encargados del espacio, imaginaron que alguna vez tendrían que explicar lo que en muchos lados puede resultar obvio: no se debe correr en la biblioteca.



Ellos vieron de primera mano cómo, en las siguientes semanas, la fiebre por el ajedrez se afianzó tanto que las partidas se convirtieron en duelos entre el América y las Chivas: gente gritando “Ooooooooooh” cada vez que un peón moría bajo las pezuñas de un caballo. La manía persiste, aunque otros universitarios acostumbran jugar *Uno* con pasión similar a la de un capítulo de *Yu-Gi-Oh!*, un manga hecho serie de televisión. A veces, Marcos o Michael tienen que pedirles que moderen el tono de voz. Albe decidió comprar mangas, que se convirtieron en *hits*. Yo mismo vi cómo alumnos de primer semestre, que entraban por primera vez a la biblioteca, se apuraban a preguntar qué debían hacer para leerlos.

Se creó también un sistema de préstamo de libros, en el que ya hay aproximadamente ochenta chamos registrados (en toda la institución hacen vida tres mil): al mes, alrededor de cuarenta aprovechan este beneficio. Aunque se solicitan muchos libros técnicos, la verdad es que los alumnos piden las versiones digitales porque el Jesús Obrero está conec-

tado a través de internet a la biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello y a la red bibliotecaria de las universidades de la Compañía de Jesús en Latinoamérica. Entonces, las estrellas del lugar son las que se imaginan: *Harry Potter*, *Crepúsculo*, Stephen King, el manga.

—Nunca tuve el hábito de la lectura —dice Marcos, tras explicarme que tanto sus papás como sus hijos sí—. Dije: me tengo que meter en el papel. Tengo que dar el ejemplo. Cuando me piden recomendaciones, debo saber qué responder.

—¿Tú mismo te has beneficiado de la biblioteca? —le pregunto a Michael, luego de comprobar que entre los estantes hay varias cosas que a mí, que soy de su generación, me llaman la atención.

—La verdad, no. Por ahí está *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Tengo tiempo pensando en echarle un ojo.

—¿Los profesores solicitan libros? —le pregunto, por la tarde, a Beatriz, quien cubría el turno vespertino.

—Sí, algunos. Sobre todo, técnicos. Que yo recuerde, ninguno ha pedido literatura.

Beatriz era la encargada de las recomendaciones, aunque Marcos también se ha animado. Por ejemplo, con una chica que pidió la biografía de Hitler, a lo que él, hijo de un padre que huyó del fascismo italiano, respondió entregándole el libro y pidiéndole que también leyera el *Diario de Ana Frank*, para después sentarse a conversar las lecturas.

Una chica que los impresionó estudiaba en el Inces. Buscaba algo de Mario Benedetti —no había mucho, sólo un fotopoemario y *Gracias por el fuego*—, por lo que Beatriz comenzó a hacerle sugerencias. El primer libro que le prestaron fue *Drácula*: lo devolvió al día siguiente. La chica, dijo, padecía insomnio: a falta de somníferos, consumía historias. Empezó a solicitar un promedio de ocho libros al mes. Siempre le hacía un pequeño *review* a Beatriz.

El chamo mostró los moretones en sus brazos. Se los había hecho el papá. Del joven le habían comentado a Marcos que tenía problemas de ira: se entraba a golpes con frecuencia. Pero Marcos sólo veía en él a un chico de dieciséis años que se sentaba a leer o escuchar música en sus audífonos, aprovechando la tregua del aire acondicionado en la biblioteca. Se hizo pana de Marcos y Michael porque a ambos les pareció bien cuando les propuso hacer su labor social en la biblioteca. Los ayudaba a mover y acomodar libros. Desde el día de la inauguración hasta el presente, no han terminado de registrar todo el *stock*.

El joven, que habló de las golpizas que le daba su papá, tejió una relación con Marcos: si sacaba una buena nota, si tenía dudas o problemas, iba corriendo a contárselo.

—Siempre tuve miedo de que lo que el chamo debería sentir hacia su papá lo sintiera hacia mí —dice Marcos.

Porque al papá, luego de que el colegio, psicopedagoga mediante, lo denunciara, le quitaron la custodia del chamo. Sin embargo, dado que en el sistema judicial venezolano hay más leyes que lectores, el chico volvió al sitio donde le llenaban el cuerpo de hematomas.



El Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas fue a dar un taller, pues una de las mayores dificultades que experimenta el Jesús Obrero es el alto porcentaje de violencia doméstica que padecen sus alumnos. Marcos aprovechó para hablarle de ese caso al comisario.

—Si por mala suerte —respondió el funcionario— ese muchacho se suicida y deja una carta diciendo “agradezco al profesor Marcos, de la biblioteca, por el cariño, etcétera”, tú vas preso. El papá va a decir que tú lo incentivaste. Entonces, trata de que no se acerque tanto.

—Es el mensaje que queremos inculcar en ellos: es la vida que merecen. Tener espacios de esparcimiento, donde la creatividad se les dispare. No tener que estar siempre persiguiendo imposibles, sino disfrutando de un entorno amable, grato, que los contiene y además los desafía —dice Albe.

En ese entorno amigable, en el que algunos van a pedir *laptops* para estudiar, escuchar música o ver videos —una universitaria acostumbra hacer largas siestas—, por supuesto que alguna vez han tenido que decirle a esa chica del liceo que se baje de las piernas de aquel muchacho, pero han sido casos esporádicos.

Albe le pidió organizar un club de lectura a Beatriz, que decidió hacerlo sobre *Orgullo y prejuicio*. No tenían ningún ejemplar, pero compartirían el PDF. Se inscribieron sólo tres chicas. De las cuatro sesiones preparadas, una fue con el prestigioso académico Luis Yslas, quien la dio *online* desde Perú; la otra fue con una cineasta que habló de las adaptaciones de la obra. Aunque empapelaron la institución con volantes, apenas asistió el 0.1% de quienes vieron la publicidad.

—Hace falta crear comunidad, que los profesores se involucren y ayuden a correr la voz de las actividades —opina Beatriz.

—Yo siempre les he dicho a Albe y al rector que la biblioteca tiene que ir de la mano con el pénsum, para saber qué

es lo que van a hacer, cuáles son los horarios y poder acoplarnos, ofreciéndoles a los chamos algo diferente —dice Marcos.

Se hicieron también un par de actividades sobre Bad Bunny, una en la mañana y otra en la tarde. En la primera contaron con un músico que habló de las influencias musicales del puertorriqueño. Asistieron alrededor de noventa chamos. En la de la tarde, uno de los más eminentes periodistas culturales del país dio una charla ante cuatro personas.

Desde que acabó el año escolar, Marcos no ha vuelto a ver al joven que era maltratado por su padre.

—No quiero meterle una barrera sólo para evitar problemas. Mi naturaleza está en no hacerlo.

Y de repente parece claro que, más allá de las labores de bibliotecario, su rol es ser un poco de todo y dar mucho afecto. La mayoría de los jóvenes que pasan por allí están en la pobreza. Hay por lo menos trescientos cuyas familias no pueden darles tres comidas diarias, por lo que se benefician de las ayudas en el cafetín.

El Jesús Obrero es un recinto en el que se estudia robótica, informática y carreras por el estilo. Hay un chico de unos trece años que todos los días le enseña a Marcos los videojuegos que ha programado. El equipo entero me hablará de la cantidad de estudiantes con neurodivergencia. El porcentaje de esta población en el mundo está entre el 15% y el 20%. Un caso particular es el de un joven dentro del espectro que siempre deam-

buló por las clases como un pingüino perdido en Tijuana. La biblioteca devino en su iglú personal. A veces lee literatura, con frecuencia estudia, todos los días pide prestada una *laptop* para ver caricaturas.

Héctor Torres, uno de los más relevantes escritores venezolanos y autor de *Caracas muerde*, es egresado de la institución y donó libros. Me pregunto por qué no aprovechan más su imagen. Supongo que una forma de sumergir a los estudiantes en la literatura es a través de un escritor exitoso que se aburrió en los mismos pupitres que ellos. Porque no se trata de incentivar la lectura a secas, sino la literatura. Hay muchos ejemplos que hablan de su impacto decisivo en comunidades vulnerables.

El día que visité el bachillerato, vi jóvenes que pedían prestado un libro y después lo escondían en otro estante, para seguirlo leyendo en el próximo recreo. Un ejemplar de *Harry Potter* estaba lleno de papelitos que cumplían la labor de marcalibros, cada uno de un lector distinto. Entre los universitarios, vi algunos que van a la biblioteca, pero a leer en sus teléfonos (Wattpad sigue siendo muy popular); un par se acercan incluso en los días que no tienen que ir a la universidad.

Parte del nuevo *stock* llegó gracias a que Beatriz subía *stories* a Instagram sobre las actividades: sus seguidores se motivaron a donar. Aun así, me dio la impresión de que había una laguna entre los grandes clásicos y lo *mainstream*. Dicho de otra manera: entre “lo-que-se-

Vi jóvenes que pedían prestado un libro y después lo escondían en otro estante, para seguirlo leyendo en el próximo recreo. Un ejemplar de *Harry Potter* estaba lleno de papelitos que cumplían la labor de marcalibros, cada uno de un lector distinto. Entre los universitarios, vi algunos que van a la biblioteca, pero a leer en sus teléfonos (Wattpad sigue siendo muy popular); un par se acercan incluso en los días que no tienen que ir a la universidad.



supone-que-hay-que-leer” y lo único que han conocido algunos jóvenes. Un universitario miraba con curiosidad *La más fiera de las bestias*, de Lucas García París, una novela que suele funcionar con todo tipo de público. Se me ocurre que serían útiles obras de Chimamanda, Mariana Enriquez, Hernán Casciari, José Urriola o Eduardo Sánchez Rugeles, por nombrar algunos autores prestigiosos que, por temas y lenguaje, suelen generar *fandom* entre los adolescentes.

Beatriz renunció a la biblioteca para centrarse en sus estudios. Para ella, algo tan llamativo como las pequeñas tallas de los alumnos, probablemente malnutridos, era su ternura: tan educados y agradecidos como personajes de *Discovery Kids*. De todos con quienes conversé, fue la única que habló de literatura con algo indispensable para inspirar a otros: pasión.

Y entonces, me surge la pregunta: sin ella entre los estantes, ¿quién hará recomendaciones? Recomendaciones genuinas, de esas que nacen de los bordes de las heridas propias y no de lo que dicta un pénsium. Está probado que muchos de los niños que se aficianan a la lectura

proviene de padres lectores o de hogares con libros. Del mismo modo, quienes hablan con placer de los textos que descubrieron en las aulas del bachillerato lo suelen hacer recordando el entusiasmo que les contagió un profesor o una profesora en particular.

“La lectura no se enseña: se contagia”, le leí una vez a Juan Villoro, quien también escribió que leer “es como el paracaidismo: en condiciones normales sólo es practicada por espíritus arriesgados, pero en emergencias le salva la vida a cualquiera”.

—Esto [la biblioteca] rompe todos los clichés de que los jóvenes no leen, de que están pegados al teléfono todo el día —dice Albe.

Es difícil contradecirla, no sólo por lo que dicta su experiencia, sino porque hay suficientes ejemplos, en Venezuela y en el mundo, que la respaldan. Yo creo que las verdaderas emergencias y peligros sociales se esconden en la posible respuesta a otra pregunta. Una que me persigue desde la adolescencia y que, tras despedirme del Jesús Obrero, no logré resolver: ¿los adultos leen? ❧

DANIEL SALDAÑA PARÍS

Un hallazgo ginebrino

Mis abuelos maternos salieron de España un año después de casarse, en 1959. Mi abuelo había conseguido trabajo como traductor en la Organización Mundial de la Salud, en Ginebra, y llevaba toda su vida queriendo alejarse de aquel país empobrecido y dictatorial de entonces.

Mientras él se dedicaba a la traducción, en calidad de funcionario internacional, mi abuela hizo su formación en psicoanálisis y se especializó en psicoterapia para adolescentes. Trabajó en un centro de readaptación para menores y estableció su consulta particular, en la que siguió activa hasta mediados de los dosmiles.



READING ROOM OF THE GREAT LIBRARY AT THE BRITISH MUSEUM SEEN FROM OVER THE ENTRANCE

Taken from one of the two galleries that run round the wall, the photograph shows ranks of leather-covered reading-desks and the concentric circles of bookcases containing the great thousand-volume catalogue and many lesser ones. At the center of the innermost circle the reader hands in his slips, after reference to the catalogue or assistance from the staff, and the volumes are in due course brought to his desk by an attendant. Twenty thousand books such as dictionaries, encyclopedias, etc., may be extracted from the lower shelves round the wall without making out a slip. The Reading Room will accommodate between 150 and 300 readers.

Abigail Reynolds, *The Universal Now: British Museum Reading Rooms 1926/1989*, 2016. Cortesía de la artista.

Tras una breve estancia en un departamento cerca de la plaza de Plainpalais, se mudaron a lo que entonces era un suburbio de Ginebra, el Petit-Lancy, en las inmediaciones del Bois de la Bâtie y del cementerio de Saint-Georges, no demasiado lejos del punto donde confluyen las aguas del Ródano con los parduzcos remolinos del Arve, que arrastra sedimentos de las faldas del Mont-Blanc. Ahí criaron a tres hijas y un hijo, y mi abuelo Casimiro desarrolló una migraña en racimos que lo volvió irritable y excéntrico.

En una reunión con funcionarios internacionales de todo el mundo, alguien le preguntó si en España existían los coches o si la gente se transportaba en burro. Mi abuelo, para ilustrar la civilización a medias de la que venía, se comió las flores del centro de mesa mientras miraba fijamente a quien le había hecho la pregunta.

Mis abuelos, nonagenarios, siguieron viviendo en el Petit-Lancy hasta la

muerte de él, a principios de este año. El vecindario ya no es un suburbio, sino tan sólo un barrio residencial de Ginebra con cada vez mayor presencia de inmigrantes latinoamericanos y africanos.

Durante la pandemia, encerrados a cal y canto, dejaron de recibir visitas durante un año y medio, salvo por un jardinero gallego, Baldomero, que se encargaba de llevarles comida y arreglar cosas en la casa.

Cuando finalmente pude ir a verlos, en agosto de 2021, los encontré más viejos y frágiles que antes, pero también parsimoniosamente lúcidos, cariñosos, divertidos.

Casi desde que llegué hice buenas migas con Baldomero. Me fue relatando su peripecia vital desde Finisterre hasta Ginebra, los años trabajando en la construcción, sus pleitos con portugueses.

Baldomero me preguntó si alguna vez había estado en Galicia y le respondí que sólo una, diecisiete años atrás, lim-



Ignasi Aballí, *Enciclopedia* [instalación con estante de madera y rastro de polvo en la pared], Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 1994. Imagen cortesía del artista a través de Proyecto Paralelo.

piando una playa cercana a su pueblo. “Fui de voluntario cuando el derrame petrolero del Prestige”, le dije. La coincidencia lo conmovió y entusiasmó mucho. Me contó que unos años después, en su pueblo, nos habían erigido un monumento a todos los que acudimos a limpiar las playas tras el desastre ecológico. Incluso llamó por teléfono a una prima suya y le pidió que, cuando pudiera, tomara una foto en el sitio para mostrármela.

Fue gracias a mi trabajo como voluntario en la costa gallega que Baldomero me habló de los libros. Una fábrica, una bodega, un sótano. Un espacio que, en mi imaginación, tomaba todas las formas, pero donde había cajas y más cajas de libros que iban a ser destruidos en cualquier momento, a menos que alguien los rescatara. Eso me explicó Baldomero. Evidentemente, le pedí que me llevara.

En casa de mis abuelos estaba también mi prima Ángela, unos años menor que yo. Ese día, caminamos juntos entre

las lápidas del cementerio de Plainpailais, donde está enterrado Borges, mientras nos poníamos al día. Yo le conté que me estaba divorciando. Mi esposa y yo habíamos ido a terapia de pareja durante un tiempo, tratando de surfear la crisis, pero la crisis nos había revolcado. Ángela, por su parte, me contó que había decidido que quería ser madre.

Unos minutos después, íbamos en la camioneta de Baldomero rumbo a la misteriosa biblioteca subterránea. Mientras manejaba, intentó explicarnos de dónde habían salido los libros que copaban el sótano de la fábrica. Una ONG, nos dijo, había pasado varios años recolectando libros mediante donaciones con la intención de llevarlos a África en barco para crear bibliotecas comunitarias en lugares con poco acceso a la cultura. Pero el presidente de la ONG había desaparecido al principio de la pandemia, dejando miles de cajas llenas de libros en aquel sitio. El asunto olía raro, a algún tipo de estafa que no estaba del todo clara.

El dueño del edificio —donde Baldomero trabajaba como conserje— había intentado en vano contactar con alguien de la ONG, o donar los libros a alguna biblioteca, o pagar para que alguien se los llevara, pero simplemente eran demasiados y no había nadie que quisiera hacerse cargo de ellos. Almacenar tal cantidad de libros en un lugar como Ginebra, donde el secreto bancario hace de las bodegas de almacenamiento espacios altamente valorados, era poco redituable para el dueño de la fábrica. En vista de eso, le había dicho a Baldomero que se llevara los que quisiera y, como Baldomero no era lector, nos llevó a Ángela y a mí para que agarráramos lo que quisiéramos.

Por más que la historia tuvo que haberme preparado para lo que vería, cuando Baldomero abrió la puerta del sótano la visión me tomó por sorpresa: estábamos en una bodega de unos dos mil metros cuadrados, completamente retacada de cajas que sirvieron para transportar plátanos y otras frutas tropicales, y que formaban auténticos muros de más de dos metros de altura que casi tocaban el techo. Dentro de cada una había por lo menos treinta o cuarenta libros. Eran decenas de miles de ejemplares.

El sótano no estaba muy bien iluminado. Había un largo pasillo con focos de neón cada tres o cuatro metros. A un lado y otro se alzaban las cajas de libros, además de algunos suministros de oficina, viejas computadoras de escritorio y varios mapas de gran formato enmarcados.

Las cajas estaban organizadas, más o menos, por género o formato, y tenían inscripciones que daban una idea de su contenido: “Romans gare”, por ejemplo, indicaba libros baratos, en ediciones de bolsillo, del tipo que uno encuentra en un quiosco de una estación de trenes. “Polards” señalaba una torre de novelas policiales y la zona “BD” estaba integrada por unas diecisiete cajas de cómics —o *bandes dessinées*.

Armados con guantes de látex y cubrebocas quirúrgicos para no respirar hongos ni polvo, Ángela y yo empezamos a revisar sin orden ni concierto. Encontré un par de columnas enteras (unas veinte cajas) con ediciones de bolsillo del sello Folio, de entre las que seleccioné, para llevarme, varios títulos de Annie Ernaux, Raymond Queneau, Georges Perec y Boris Vian, entre otros. Di también con una primera edición de René Char, *La vie devant soi* de Romain Gary firmada con el seudónimo original (Émile Ajar) y el número especial de la *Nouvelle Revue Française* publicada a la muerte de Camus. Para mí, aquello ya era suficiente motivo de júbilo.

Luego Ángela llamó mi atención sobre siete cajas de libros más viejos, marcadas con números romanos: XVII y XVIII. En su interior, unas obras completas de Voltaire en setenta volúmenes, ensayos de Saint-Just, un lexicón griego-latín de 1605 y, la joya de la corona, seis primeras ediciones de Robert Boyle, publicadas en Londres entre 1664 y 1690.

Robert Boyle nació en Irlanda en 1627 y fue el decimocuarto hijo de uno de los hombres más ricos y poderosos de la región, el gran conde de Cork. A los ocho años, en Ginebra, Robert sintió un miedo paralizante y frío durante una tormenta eléctrica. Para sobrellevarlo, se encomendó a Dios. A partir de entonces fue un devoto cristiano y, si bien con el tiempo llegó a convertirse en uno de los pioneros del método científico y uno de los filósofos naturales más importantes de la modernidad temprana, siempre concibió su labor como un ejercicio piadoso: la naturaleza, para él, era el idioma en el que Dios predica, y su explicación y estudio era la forma más elevada de devoción que pudiera concebirse.

Entre los libros de Boyle que me encontré, uno es *Experiments and Considerations Touching Colours*. En 1660 no existía todavía el Vantablack, la sustancia más oscura del planeta hasta hace unos años, pero Boyle realizó varios experi-

mentos para investigar la naturaleza de la negrura y la blancura, así como de la reflectividad de la luz en diversos pigmentos, usando carbón, mármol negro, vitriol, ébano y una misteriosa “solución sublimada con el espíritu blanco de la orina”.

“Breve recuento de algunas observaciones hechas por Mr. Boyle en torno a un diamante que brilla en la oscuridad” es uno de los experimentos o tratados incluidos en *Experiments and Considerations*. En la introducción a dicho experimento, Boyle escribe:

Cuando estaba a punto de salir de la ciudad, al oír que un ingenioso caballero conocido mío, recién regresado de Italia, tenía un diamante que, al ser frotado, brillaba en la oscuridad, y que no estaba lejos, robé un tiempo a mis ocupaciones para hacerle una visita. Pero al encontrarlo listo para salir y habiendo intentado en vano hacer que la piedra emitiera alguna luz durante el día, se la pedí prestada para esa noche, con la condición de devolverla en uno o dos días a lo sumo en el Colegio Gresham, donde habíamos acordado asistir a la reunión de la Sociedad, que allí se celebraría. Y con esto, esa misma tarde me apresuré a salir de la ciudad, y al encontrar después de cenar que la piedra, que durante el día no emitía ninguna luz discernible, realmente brillaba en la oscuridad, me impresionó tanto la novedad y tenía tanto deseo de aprovechar una oportunidad que parecía durar tan poco tiempo, que aunque en ese momento no tenía a nadie que me asistiera excepto un mozo de mulas, me quedé despierto hasta tarde y esa noche logré probar un buen número de cosas que entonces vinieron a mi mente y que no eran impracticables en ese lugar y momento.

Es posible leer estos pasajes de Robert Boyle en el contexto de su práctica y defensa de la alquimia. Aunque se le atribuya la fundación del concepto moderno de química, Boyle, como muchos otros pensadores de su tiempo, creía en la posibilidad de transmutar otros metales en oro. En el Reino Unido existía, desde el siglo XV, una ley que prohibía la experimentación alquímica, pues los reyes creían que si alguien lograba fabricar oro o plata, podría acuñar monedas falsas y afectar la economía del reino. Boyle abogó con los políticos de su tiempo por la derogación de dicha ley y consiguió que se expidieran licencias para los alquimistas de probada reputación que quisieran experimentar con metales.

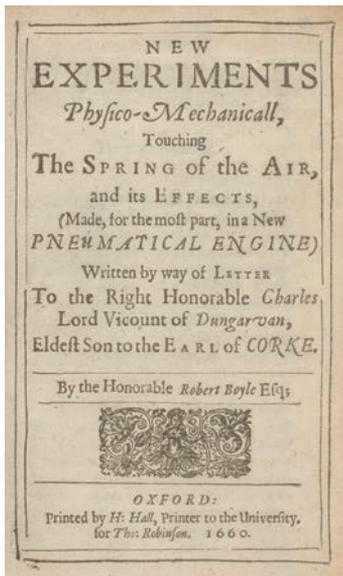
La “Sociedad” a la que Boyle se refiere probablemente sea el Colegio Invisible. Se trataba de una asociación de hombres y mujeres de ciencia que se reunían siempre en diferentes lugares (de ahí el nombre) para compartir sus más recientes investigaciones. Se sabe muy poco de este Colegio, más allá de que tuvo un papel fundamental en la posterior creación, en 1662, de la Royal Society, que es hoy la asociación científica europea que lleva más tiempo activa.

Es posible especular que el Colegio Invisible sirvió también para hablar sobre los avances del proyecto alquímico cuando éste era todavía perseguido por la Corona.

Uno de los más prominentes miembros fue Isaac Marcombes, mentor de Boyle e intelectual hugonote que vivió en Ginebra buena parte de su vida. El propio Boyle se mudó a Ginebra, donde vivió entre los ocho y los diecisiete años, para estudiar a los clásicos bajo la tutela de Marcombes. Allí aprendió aritmética, ciencia que más adelante le sirvió como modelo de certeza al que su química debía aspirar.

Durante su estancia con Marcombes, el joven Boyle practicó también esgrima, equitación y danza. En enero de 1642 viajó con su mentor a Florencia,

donde los agarró por sorpresa la muerte de Galileo, una coincidencia que tuvo un gran efecto en el estudiante. En la ciudad italiana, su maestro le advirtió que tuviera cuidado, pues estaban en tierra papista y, por lo tanto, degenerada. El propio Boyle así lo comprobó al ser “rudamente asediado por el absurdo cortejo de dos de aquellos frailes, cuya lujuria no hacía distinción de sexos [...] y no sin dificultad y peligro forzó un escape de estos sodomitas con túnicas”, según escribió en *Un relato de Philaretus en su adolescencia*, una novela autobiográfica de formación.



Robert Boyle, *New Experiments Physico-Mechanicall, Touching the Spring of the Air, and its Effects*, Imprenta de Henry Hall, Oxford, 1660. Instituto de Historia de la Ciencia ©.

No tengo ninguna evidencia para respaldar esto, pero estoy casi seguro de que las primeras ediciones de Boyle que me encontré en el sótano de aquella fábrica son las que el propio autor envió a su maestro décadas más tarde, conforme las fue publicando. Mi ejemplar de los *Experiments and Considerations Touching Colours* tiene un par de anotaciones a mano, pero no soy capaz de distinguir si la letra es la misma que la de Marcombes, de quien vi una carta manuscrita en la Biblioteca Pública de Ginebra.

Como ha explicado recientemente la académica Michelle DiMeo, es proba-

ble que haya sido la hermana mayor de Boyle, lady Ranelagh, quien le inculcó el interés por la alquimia. Según algunos manuscritos de lady Ranelagh descubiertos hace poco, también es probable que muchos de los experimentos químicos de Boyle partieran, en realidad, de recetas proporcionadas por ella. Auténtica mujer renacentista, lady Ranelagh tuvo una gran influencia no sólo sobre su hermano, sino sobre muchos otros científicos y pensadores de su tiempo. Practicó la alquimia, la medicina y la lingüística. Sin embargo, como sucede a menudo, su nombre apenas aparece mencionado en la extensa obra de Robert Boyle, y desde luego no está por ningún lado en los *Experiments and Considerations Touching Colours*.

La memoria funciona a veces como ese diamante que apenas requiere ser frotado para brillar, por sí solo, en la oscuridad de un cuarto.

Algo parecido sucede con algunos libros, y con Boyle es evidente que, al contacto con su obra, el brillo que surge de la oscuridad del olvido es el talento incandescente de lady Ranelagh. En ese mismo sentido, si algo brilla en estos párrafos es gracias a la sensibilidad y la intuición alquímica de mi prima Ángela, que descubrió esas cajas con libros del siglo XVII mientras yo me perdía en el luminoso corredor de sombra de aquel sótano ginebrino. ¶¶

LAURA MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ

Dueñas de sus libros: lectoras en la Nueva España

Hace más de tres siglos, en la Nueva España del XVIII, una biblioteca particular podía reducirse a un solo ejemplar o bien reunir decenas de libros de distintos tamaños que cabían en un baúl o en un estante. Entre ropa, alhajas, costuras, estampas religiosas y otros objetos de uso diario y doméstico, algunas mujeres guardaban sus obras impresas.¹ La imagen tradicional que tenemos de la lectora novohispana suele situarla en el convento; sin embargo, fuera de los muros claustrales, también hubo mujeres que hicieron suya la cultura impresa en múltiples frentes: como escritoras,

1 Laura Guinot Ferri, “La biblioteca de la Marquesa de Dos Aguas: espacio de lectura y transmisión de los libros”, *Los entramados políticos y sociales en la España moderna*, Universidad del País Vasco, Fundación Española de Historia Moderna, Vitoria-Gasteiz, Madrid, 2023, pp. 2501-2513.



José Joaquín Magón,
El Mestizo, ca. 1770. Museo
de Historia Mexicana,
Monterrey ©.

impresoras, grabadoras, vendedoras, escuchas y, por supuesto, como lectoras.

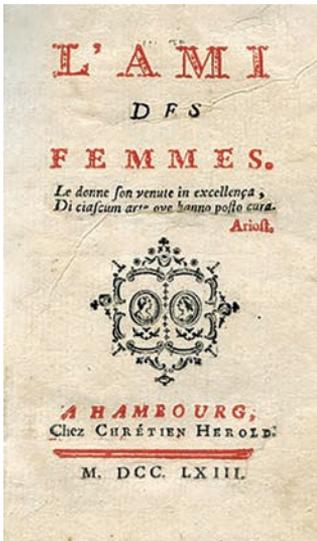
A grandes rasgos, se ha pensado que estas lectoras laicas fueron casos raros y excepcionales; no obstante, contamos con numerosas evidencias, como los inventarios de sus bienes, dotes matrimoniales y huellas de propiedad en libros conservados de la época, que dan cuenta de la existencia de mujeres dueñas de bibliotecas particulares. Estas colecciones, desde luego, no reflejan la totalidad de lo que leyeron en su vida, pues una biblioteca, tal como sucede ahora, no revela todas las obras que se han poseído, leído o escuchado, ni las perdidas ni las que se desecharon por su uso continuo. Pese a ello, un testimonio, como lo es un inventario de bienes, constituye una muestra fija, una imagen congelada, de los gustos, intereses y necesidades de una mujer de aquella época.

De acuerdo con las investigaciones sobre el tema, las dueñas de estas bibliotecas provenían, en su mayoría, de clases sociales acomodadas; solían ser miembros de la nobleza, esposas de funcionarios reales, hijas de mercaderes prósperos, viudas propietarias de diferentes

negocios y haciendas; algunas de ellas eran comerciantes muy modestas que lograron reunir unos cuantos volúmenes. Por lo general, estas lectoras residían en la Ciudad de México, pero también radicaban en otras ciudades y pueblos muy alejados del corazón administrativo y comercial de la Nueva España. Con esto, podemos decir que, aunque una parte sustancial de las lectoras pertenecía a la incipiente burguesía asentada en la capital novohispana, es necesario tener en mente que había bibliotecas femeninas repartidas en diversas regiones y estaban en manos de un amplio espectro social.²

Para estas mujeres, el tener libros propios tuvo diferentes motivaciones y usos. Sin embargo, no es exagerado apuntar que muchos de ellos estuvieron anclados en los valores y las costumbres de una sociedad profundamente religiosa. De este modo, la posesión libresca femenina estuvo marcada por lo que se esperaba de la instrucción cristiana dirigida

2 Cristina Gómez Álvarez, *La circulación de las ideas. Bibliotecas particulares en una época revolucionaria: Nueva España, 1750-1819*, Trama Editorial-Universidad Nacional Autónoma de México, Madrid, 2019.



Pierre Joseph Boudier de Villemert, *L'ami des femmes*, Imprinta de Chrétien Herold, Hamburgo, 1763 ©.

a las mujeres, la cual fomentaba la formación devocional y espiritual, así como la preparación para ser buenas madres y esposas, que contemplaba la enseñanza de la lectura, la escritura, la música y el hacer cuentas, además de las labores manuales.³ Si bien estos preceptos eran pieza clave de la educación femenina de la época, también se debe señalar que, ante el ascenso de las fuerzas productivas del capitalismo, se hizo indispensable que las hijas, esposas y viudas de los dueños de grandes capitales y propiedades completaran su formación con lecturas contables y legales que, a su debido tiempo, les permitieran tomar las riendas de los negocios, como las haciendas agrícolas y ganaderas y el comercio de hierro.

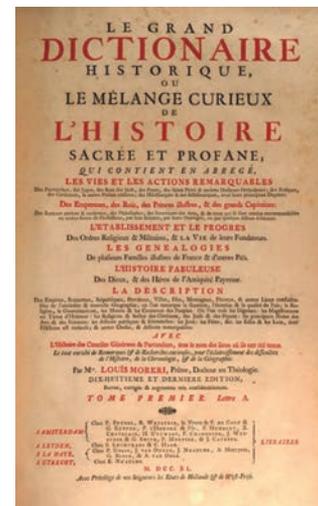
Para ilustrar lo anterior, refiero los casos de la doncella Guadalupe de Poza, que contaba con quince títulos; de María de Avendaño, que estaba casada y poseía nueve libros entre sus bienes; y de la viuda Úrsula del Pozo, poseedora de diecisiete títulos. Las bibliotecas particulares de mujeres funcionaron, entonces,

3 Elizabeth Treviño Salazar y Judith Farré Vidal, "Entre 'letras, hilar y labrar, que son ejercicios muy honestos'. Lecturas femeninas en la Nueva España", *Libros y lectores en la Nueva España*, Tecnológico de Monterrey, Monterrey, 2005, pp. 231-253.

como un instrumento de educación cristiana y un resquicio de agencia material e intelectual que respondía a las necesidades concretas de sus vidas.

Las lectoras novohispanas se hicieron de sus libros a través de diferentes manos, métodos y vías. Es posible suponer que podían conseguir sus obras en algunas de las numerosas librerías establecidas, en cajones que se abrían en los portales y en los puestos móviles de los mercados; es decir, hablamos de varios puntos de venta repartidos en las calles de lo que hoy es el Centro Histórico de la Ciudad de México. Pero los libros, como otras mercancías, circulaban más allá de la capital, pues se difundían por medio de viandantes hasta localidades muy apartadas en el campo o en el desierto.

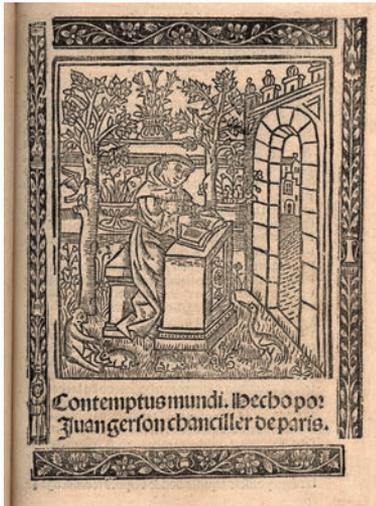
Para adquirir un libro, algunas lectoras quizá seguían con atención las novedades editoriales anunciadas en las publicaciones periódicas que circulaban en imprentas, plazas, tertulias familiares, mercados y atrios. Otro circuito del mercado del libro lo componían las almonedas públicas en las que se vendían impresos usados, práctica que resultaba ideal para comprar alguna rareza editorial a buen precio. Tampoco faltaban los libros que entraban en sus bibliotecas como obsequios, préstamos o compras realizadas por mediación de confesores,



Louis Moréri, *Le grand dictionnaire historique*, t. 1, Imprinta de Jean Baptiste Coignard, París, 1718. Biblioteca Nacional de Francia ©.

Las lectoras novohispanas se hicieron de sus libros a través de diferentes manos, métodos y vías. Es posible suponer que podían conseguir sus obras en algunas de las numerosas librerías establecidas, en cajones que se abrían en los portales y en los puestos móviles de los mercados; es decir, hablamos de varios puntos de venta repartidos en las calles de lo que hoy es el Centro Histórico de la Ciudad de México.

preceptores o algún varón encargado de dirigir las lecturas de las mujeres a su cargo. En cualquiera de estas formas, se evidencian los fuertes nexos entre las mujeres y la cultura impresa.



Thomas Kempis,
*De la imitación de
Cristo*, Imprenta de
Juan de Villaquiran,
Toledo, 1523.
Bridwell Library ©.

Un asunto que no podemos dejar de mencionar es el tema de los libros prohibidos. Con toda seguridad, algunos de esos “malos libros” (*El triunfo de la inocencia oprimida* de Paul Jérémie y *El amigo de las mujeres* de Pierre-Joseph Boudier de Villemert) llegaron a manos de estas lectoras; sin embargo, por la censura que recaía sobre éstos, sus pistas son muy difíciles de rastrear debido a que, por ejemplo, los encargados de levantar los inventarios de bienes por fallecimiento se aseguraron de cuidar la memoria de su dueña y no registraron obras que pudieran ensuciar su reputación.

Una vez que ellas reunieron sus libros, nos toca a nosotros ahora conocer

más a detalle la composición de sus bibliotecas. Por lo general, la mayoría de estos conjuntos tenían apenas uno o unos cuantos volúmenes, probablemente descuadernados por el desgaste de un uso cotidiano e intensivo; un ejemplo de este tipo de bibliotecas es el de María Ignacia Mascareñas, que tenía ocho libros de varios santos. En otros casos, en cambio, vemos colecciones que acumulaban decenas de títulos dispuestos en amplios estantes, mesas y baúles, mismos que se hallaban en una recámara o alguna estancia parecida a una sala o un despacho, como la gran biblioteca de la mariscal Juana de Luna y Arellano, que tuvo 197 libros ordenados en tres estantes.

Lo anterior podría darnos, además, una idea sobre las prácticas de lectura, si ésta sucedía en silencio, de forma piadosa en la esquina más oculta de una habitación; o, por el contrario, si tenía lugar en voz alta, de manera grupal a la hora de bordar. El tamaño de las obras también variaba, casi siempre, según el tema del que trataban. Así encontramos algunas de historia, como la *Historia de la conquista de la China por el tártaro* de Juan de Palafox y Mendoza, impresa en un gran formato *in folio*, que se hallaba entre las obras de María Ignacia de Azlor; asimismo son frecuentes las hagiografías y vidas de personas ejemplares impresos en 4º, además de una espesa “selva de libritos”⁴ en 8º y 16º que, por lo regu-

4 Teófanés Egido, “Obras y obritas de devoción”, Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel (eds.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2003, p. 419.



Benedictus van Haeften, *Camino real de la cruz*, Imprenta de Blas Roman, Madrid, 1785. Museo Nacional del Prado ©.

lar, se trataba de devocionarios como los novenarios, rezos, ejercicios espirituales, entre muchos otros.

Tal como era de esperarse, la inmensa mayoría de las lecturas femeninas estaban orientadas a la formación espiritual y devocional. Por mucho, uno de los libros más frecuentes en sus bibliotecas era *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, publicado en un formato pequeño y portable que podía acompañar a su lectora a lo largo de la jornada. Para las horas de ocio, en cambio, encontramos la constante presencia de títulos como *El Quijote* de Cervantes o las *Obras* de sor Juana Inés de la Cruz, junto con otros impresos de poesías y comedias. También eran habituales los textos para perfeccionar el arte epistolar (*Nuevo estilo y formulario de escribir cartas*) y los diccionarios (*El gran diccionario histórico* de Louis Moreri), de gran utilidad para aquellas mujeres que tenían la ne-

cesidad o la inquietud de pulir su pluma.

Con menor frecuencia aparecen tratados de divulgación médica que ofrecían conocimientos elementales para atender malestares comunes y acompañar a un enfermo (*Florilegio medicinal* de Juan Esteyneffer), tarea estrechamente ligada a la instrucción femenina. Otro rasgo sobresaliente de estas bibliotecas es la preponderancia de títulos en castellano; el latín y el francés se encontraban rara vez, aunque, eso sí, abundaban las traducciones (*Camino real de la cruz* de Benedictus van Haeften, traducido por fray Martín de Herze, y *Combate espiritual* de Lorenzo Scupoli, traducido por Damián González del Cueto). En conjunto, estas colecciones revelan un universo de lecturas en el que la devoción convivía con la recreación, la instrucción práctica y la necesidad de cultivar la palabra escrita.

Hoy, al rastrear los nombres de las lectoras y sus volúmenes, contamos con evidencias palpables para afirmar que las mujeres formaron parte activa de la cultura impresa de la Nueva España durante el siglo XVIII. Si bien el predominio de las obras devotas y piadosas responde a la lógica de una sociedad cristiana, sus bibliotecas también muestran iniciativa: allí encontraron recursos para practicar su fe, sostener su hogar, administrar negocios y cultivar espacios de ocio. Es decir, para apropiarse de sus libros y darles un sentido personal. *RM*

Este trabajo es producto de la investigación posdoctoral: "Leídas e instruidas. Impresos para la formación de mujeres en las bibliotecas femeninas novohispanas del siglo XVIII", que la autora desarrolla dentro del proyecto Conacyt 2023 (1) "Estancias Posdoctorales por México-Iniciales", en el IIB de la UNAM.

LIBROS DE ANNA MARÍA DE GURAYA

- ♣ Jaime Barón y Arín, *Luz de la fe y de la ley*.
- ♣ José Bellido, *Vida de la V. M. R. M. María Anna Agueda de S. Ignacio*.
- ♣ José Cassani, *Vida, virtudes y milagros de San Luis Gonzaga*.
- ♣ Antonio del O. F. M. Castillo, *El devoto peregrino, viaje de tierra santa*.
- ♣ Carlo Ambrogio Cattaneo, *Máximas eternas, propuestas en lecciones, para quien se retira a los Ejercicios espirituales de San Ignacio*, P. Pedro Lozano (trad.).
- ♣ Jean Croisset, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los domingos, días de cuaresma y fiestas móviles del año*.
- ♣ ———, *La devoción al sagrado corazón de Jesús*, R. P. Pedro de Peñalosa (trad.).
- ♣ Esteban Dolz del Castellar, *Año virgineo*.
- ♣ Juan José de Eguiara y Eguren, *Vida del venerable padre don Pedro de Arellano y Sossa*.
- ♣ Francisco de Florencia, *Zodiaco mariano*.
- ♣ Benedictus van O. S. B. Haeften, *Caminos real de la cruz*, M. R. P. Mro. Fray Martin de Herza (trad.).
- ♣ Thomas Kempis, *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo*.
- ♣ Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicaciones de la doctrina cristiana*.
- ♣ Francisco Martínez Montiño, *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería*.
- ♣ Antonio de Molina, *Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental*.
- ♣ Juan Eusebio Nieremberg, *Del aprecio y estima de la divina gracia*.
- ♣ ———, *Práctica del catecismo romano y doctrina cristiana*.
- ♣ José Joaquín Ortega y San Antonio, *Mes mariano o lección mensual*.
- ♣ Luis de la Palma, *Historia de la sagrada pasión*.
- ♣ Luis del Puente, *Meditaciones espirituales*.
- ♣ Domingo de Quiroga, *Compendio breve de la vida y virtudes de la venerable Francisca de San Joseph del Tercer Orden de Santo Domingo*.
- ♣ Jean van Ruysbroeck, *La suma de la vida espiritual del espejo de la eterna salud*, Blas Lopez (trad.).
- ♣ Andrés Antonio Sánchez de Villamayor, *Exclamación a los heroicos hechos del eremita del ayre, ave celeste, maravilloso príncipe de los estilitas, san Simeón*.
- ♣ Pedro Santa María y Ulloa, *Reloj perfecto*.
- ♣ João José de Santa Teresa, *Finezas de Jesús sacramentado para con los hombres e ingraticudes de los hombres para con Jesús Sacramentado*, D. Iñigo Rosende (trad.).
- ♣ Pedro de Santa Teresa, *El íntimo amigo del hombre: la prudencia*.
- ♣ *Semana Santa Cristiana*, Dr. D. Joaquín Castellet (trad.).
- ♣ Paolo Segneri, *Maná del alma o ejercicio fácil y provechoso para quien desea darse de algún modo a la oración*, Dr. Francisco de Rofran (trad.).
- ♣ José Martín de la Sierra, *Mapa de arcanos y verdades de nuestra católica religión*.
- ♣ Sor María de Jesús de Ágreda, *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia*.
- ♣ Fray Manuel de Vargas, *Ejercicios para los desagravios de Cristo Señor Nuestro*.

Libros de Ana María de Guraya (?-1787), viuda de Nicolás Miguel de Garro, quien tenía ganado y ranchos en lo que hoy es Pachuca; para su dote ella aportó una mina en la misma región. Cuando era niña, recibió educación en casa por instrucción de su padre. Este inventario se encuentra en AGN/Civil legajos, vol. 43, exp. 27.

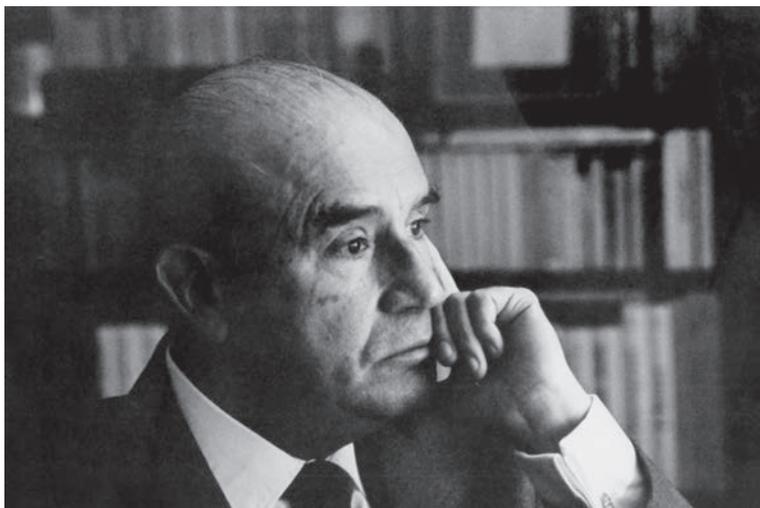
RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

La biblioteca de mi padre

José Luis Martínez fue un escritor, historiador y bibliófilo importantísimo para la cultura mexicana del siglo XX, tanto por sus publicaciones como por su papel como director de instituciones culturales (del INBAL, FCE y AML) y creador de una de las bibliotecas privadas más ricas del país, que afortunadamente está abierta al público en la Biblioteca de México. Entre las muchas publicaciones que coleccionó exhaustivamente, se encuentra la RUM. Gracias a eso, el acervo digital de la *Revista* se pudo completar con los números publicados entre octubre de 1946 y diciembre de 1949. Martínez halló en los libros y la escritura una forma de conectar con sus hijos; en complicidad lectora, intercambiaban ideas y libros invaluable. Rodrigo Martínez Baracs describe en este pasaje de *La biblioteca de mi padre* cómo los libros ocupaban todas las habitaciones de su hogar.



José Luis Martínez, 1995. Fotografía de Paulina Lavista. Cortesía de la artista.



José Luis Martínez, 1995. Fotografía de Paulina Lavista. Cortesía de la artista.

Las cajas de libros que llegaban pasaban primero por el Desayunador, en la entrada de la cocina, antes de pasar a sus respectivos acomodados —en orden temático y cronológico, jamás alfabético. Los mejores pasaban por su gran mesa de trabajo en “la Biblioteca”, para que mi padre los “curioseara”. A menudo formaban grandes pilas “monstruosas” que gracias a Dios, y al orden prevaleciente, nunca cayeron sobre la bella cerámica prehispánica peruana que representaba a una bella mujer caderona. Ella, junto con una pequeña lechuga griega, símbolo de la sabiduría, le daba inspiración durante sus nocturnas jornadas de escritura (hasta las tres o cuatro de la mañana).

Obviamente, con el crecimiento de la biblioteca, el orden original de los libros en la Biblioteca, el Comedor, la Sala, el Cuarto de Revistas y el Invernadero se comenzó a trastocar. Los libros se comenzaron a apretar en las repisas, y se aprovecharon al máximo —o más bien, al milímetro— los espacios horizontales sobre los libros verticales. Supongo que la primera invasión de libreros comenzó en el Cuarto de Pepe. Luego mi hermana y yo nos mudamos, nos llevamos nuestros libros, y los libreros fueron prontamente reocupados por la creciente biblioteca de mi padre.

Al comienzo hubo cierto orden y congruencia. En el Cuarto de Pepe se

acomodaron muchos libros de historia del mundo y de México, la colección encuadernada de la revista *Tiempo*, la de los SepSetentas y la de los informes presidenciales, las bibliografías, los libros de formato mayor. En el Cuarto de Lupita se acomodaron los libros de teoría literaria y lingüística, los de literatura mexicana contemporánea, muchos de arte. En mi Cuarto llegaron los de filosofía, de pedagogía, mucho de antropología y series de historia, los de la venezolana colección Aya-

cucho (que publicó la antología crítica de *El México antiguo* de Sahagún que hizo mi padre, pero que tardó años sin publicar su antología de Gutiérrez Nájera, que mi padre acabó entregando al Fondo), entre otras colecciones de libros mexicanos y de literatura universal.

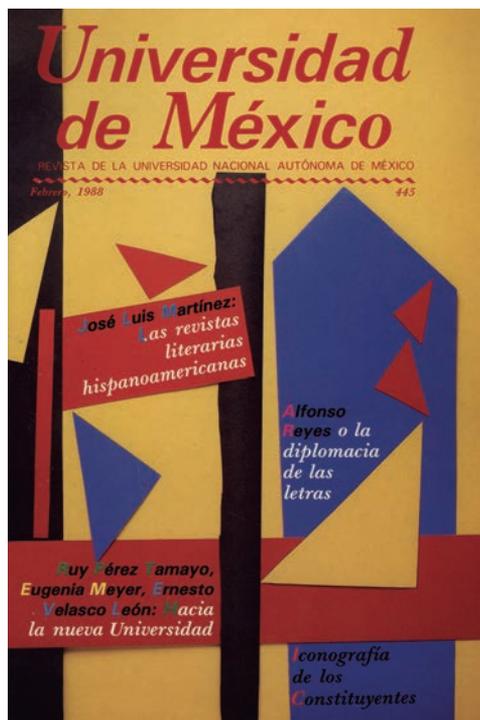
Mi padre no me dejó llevarme un librerito con puerta de vidrio: era uno de los muchos que había mandado hacer cuando trabajaba en Ferrocarriles Nacionales (1952-1958), en Relaciones Públicas y Servicios Sociales, para albergar una biblioteca esencial del ferrocarrilero, que no debía faltar en ningún cabús, y donde acomodó bien las antologías y los libros de literatura policiaca de la colección el Séptimo Círculo, de Buenos Aires, dirigida por Borges y Bioy Casares.

Mi padre seguía consiguiendo libros y otros seguían llegando solos. A veces mis hermanos o yo le traíamos libros que sabíamos que necesitaba o le gustarían, que le regalábamos o nos pagaba. En ocasiones mi hermano mayor, que se llama igual que mi padre, recibía o compraba excelentes libros de arte dedicados y se los regalaba o prestaba a largo plazo.

En ocasiones yo lo llevaba a alguna librería donde había visto buenas cosas, como la Barrio Latino, de libros franceses, en la gran barata anterior a su lamentable cierre (donde mi padre compró, entre otras cosas, varios tomos del inconseguible *Journal littéraire* de Paul

Obviamente, con el crecimiento de la biblioteca, el orden original de los libros en la Biblioteca, el Comedor, la Sala, el Cuarto de Revistas y el Invernadero se comenzó a trastocar. Los libros se comenzaron a apretar en las repisas, y se aprovecharon al máximo —o más bien, al milímetro— los espacios horizontales sobre los libros verticales.

Léautaud) o la Librería de Cristal del edificio del cine Chapultepec, que en unos peligrosos altos, en los que debía uno sujetarse a unas barras metálicas para no caer, remataba otro valioso fondo francés, donde mi padre se compró los varios tomos de la largo tiempo ambicionada *Iconographie de l'Art Chrétien* de Louis Réau, y yo *L'Imaginaire* y la *Critique de la Raison Dialectique* de Sartre.



Portada de la Revista de la Universidad de México [antes Universidad de México], 1988.

Mi amigo Alberto Davidoff me descubrió una de las mejores librerías de viejo en los ochenta y noventa, Caza libros. Era un localito en un pasaje comercial de la calle Monte Athos, en las Lomas, y pertenecía a la American Benevolent Society, que recibía en donación libros

en inglés de estadounidenses o ingleses que fallecían o se mudaban. A veces me encontraba allí a Jaime García Terrés, platicábamos de libros, y una vez le cedí una edición en varios volúmenes de Swedenborg. Me he comprado allí cantidad de maravillas, algunas de las cuales le regalé a mi padre, además de que en algunas ocasiones lo llevé a la librería. Me dio un poquito de envidia cuando se compró un librazo que no me había animado a comprar, por lo caro, *A Conrad Argosy*.

Hay libros que da un poco de pena haber comprado: en una de las librerías de viejo que había en la calle de Antonio Caso, encontré un lote de libros de teatro. Me hice de una serie de obras de Bertolt Brecht, en francés, de L'Arche, y mi padre compró una *Concordance to Shakespeare*, magnífico tomazo. Después comprobamos que provenían de la biblioteca que formó Héctor Azar para el Teatro Sullivan, frente al Monumento a la Madre, y que fue saqueada por los tristemente famosos militantes de CLETA, que se apropiaron a la mala del local para “concientizar al pueblo”. Por fortuna, el lugar, diseñado por Matías Goeritz, fue recuperado por la UNAM. SM

Este texto es un fragmento de *La biblioteca de mi padre* (Conaculta, México, 2010) y se reproduce con el permiso del autor.

FRANK BÁEZ

Desarmando la biblioteca de mi padre

Duele mucho desarmar una biblioteca, ser consciente de que estás destruyendo lo que el amor, la paciencia y el rigor unió.

No hay nada más triste que bajar un libro de un estante, meterlo con otros en el fondo de una caja y sellarla por meses, tal vez años.

Todos esos volúmenes que fueron deseados y amados y que no volverán a ser leídos con la misma entrega y el mismo entusiasmo.

O quizás sí, pero a mí me gusta pensar que los libros extrañan el olor de mi padre y la manera en que él los tocaba y subrayaba.

Quien toca los libros ahora soy yo y no para leerlos sino para meterlos en cajas, esa cincuentena de cajas amontonadas

por el apartamento como urnas funerarias. Llevo dos semanas concentrado en esta tarea sepulcral, yo, que había supuesto que la biblioteca

quedaría para toda la eternidad en el cuarto trasero del apartamento de mis padres, incluso fantaseé que vendrían en peregrinaje

sociólogos e investigadores de todas partes del mundo a tocar sus libros, que la biblioteca sería una especie de santuario, pero aquí

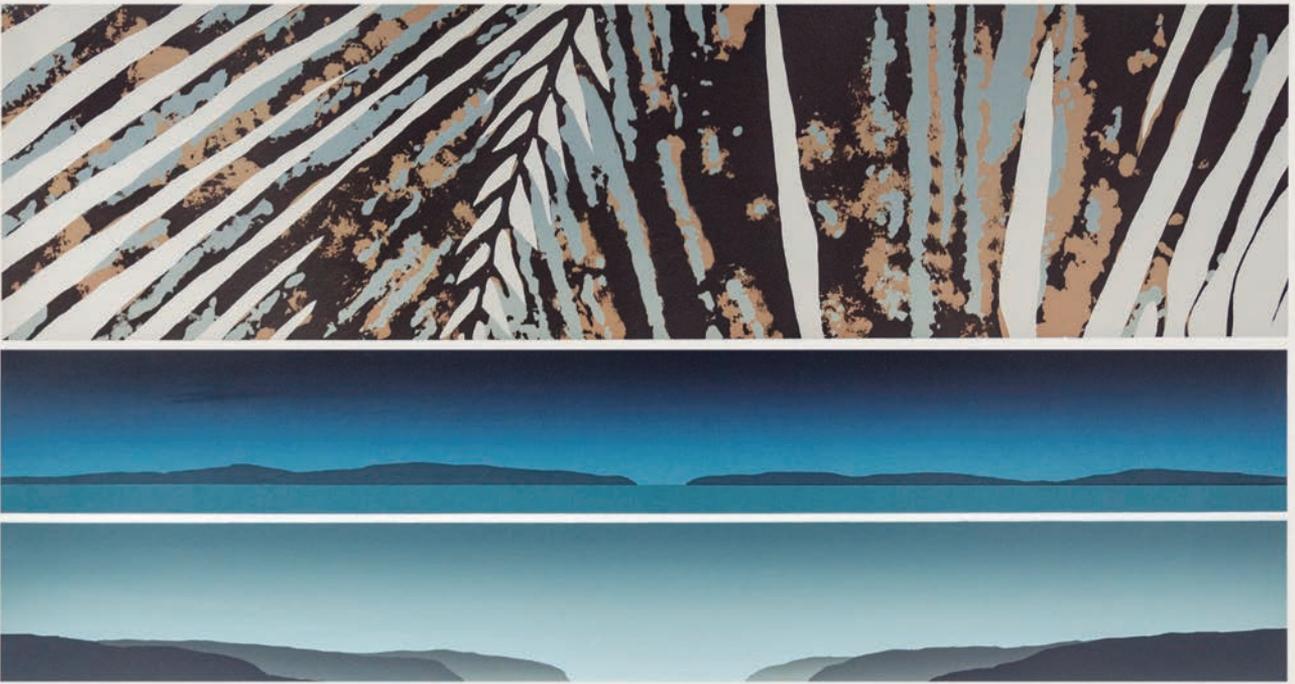
me tienen sudando, rompiéndola en pedazos
y metiendo los libros en cajas que una vez
cobijaron juguetes, cervezas, latas de aceite.

Alguien me propuso regalarlos o donarlos
a bibliotecas, pero tuve pesadillas recurrentes
en que los maltrataban, les rompían el espinazo

y que quedaban relegados al olvido, tosiendo
como asmáticos por el polvo que tragaban,
abandonados a su suerte en los confines

de una amarga biblioteca universitaria.
Así que los sigo guardando en cajas y cada
vez quedan menos libros en los estantes

y dentro de poco estarán vacíos, y entonces
vendrán por los estantes, pintarán las paredes
y colocarán el abanico, la cama y la almohada.



10/14 de Hills, 2012/2013, 17.

[Handwritten signature]

POESÍA Y NATURALEZA

P.106 MARÍA BARANDA PP.107-108 ADAM DICKINSON

P.109 JEAN PORTANTE PP.110-111 IRYNA SHUVALOVA

PP.112-113 ALESSIO BRANDOLINI PP.114-115 ZOË SKOULDING

Jan Hendrix, *Del silencioso mar del Sur 15*, 1986. Todas las imágenes forman parte de la exposición *Lessons in Printmaking (1975-1986)* y son cortesía de Proyecto Paralelo.

(104-115)

MARÍA BARANDA

Presentación

La poesía siempre ha sido un lugar para imaginar el mundo, construir nuevos lenguajes y confrontar el tiempo en que vivimos. Desde tiempos remotos, los poetas han sido la voz de la tribu, han buscado diversas maneras de hablar sobre sucesos cotidianos y fenómenos naturales. La crisis ecológica que estamos viviendo es asunto también de lo poético. Las épocas encuentran una expresión muy viva en la poesía; quizás aquello que dijo Pascal, “el eterno silencio de los espacios infinitos me aterra”,¹ nos pertenece a todos.

El poeta es un peregrino terrestre, reclama acercarse a la luz original, a lo atemporal que consume sus días y lo hace ocuparse de las cosas como son, ya sea en abismos inescrutables, en parajes interiores, en dominios inimaginables o en lo más insólito y desconocido donde pueda habitar a través de su palabra. Su pasión es descubrir nuevos territorios en la página.

Desde hace tres años, la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz del Colegio de San Ildefonso organiza el encuentro *Poesía y Naturaleza: mundos posibles*, un espacio de reflexión de prácticas no antropocéntricas que nos lleven a pensar nuestra relación con la Tierra y sus metáforas. Cada año, poetas, científicos, académicos y artistas de diversas disciplinas confluyen para imaginar un mundo más justo.

El dinamismo como extensión del pensamiento, la potencia que encarna una mirada profunda al medio ambiente nos conducen a otras rutas de cuidado y preservación, de asombro y atención urgente a nuestro planeta. Las aproxi-

maciones a la naturaleza de cada participante son un intento por crear una actitud de mayor responsabilidad y ética frente a otros seres. Rilke escribió en *Cartas a un joven poeta*: “El creador debe ser todo un universo para sí mismo, hallar todo en sí y en el fragmento de Naturaleza a la que él está unido”.²

Los poetas que aquí presentamos pertenecen a diversas tradiciones y lenguas: Adam Dickinson, Alessio Brandolini, Iryna Shuvalova, Jean Portante y Zoë Skoulding. Sus diferencias no son únicamente lingüísticas o sintácticas, sino poéticas y vivenciales, lo que conlleva lo ancestral, lo mitológico, el cuerpo y sus metáforas y la supervivencia en tiempos de guerra. La naturaleza, para ellos, abarca desde lo corporal como laboratorio, hasta el vínculo con otros seres en su diario vivir y en sus diversas circunstancias. Los poetas descubren e imaginan otras realidades, sitios posibles donde se dé lugar, a partir de la naturaleza, a lo político, lo social, lo terrestre y lo divino, en el entendimiento de que la Tierra es un hogar compartido con los otros, humanos y no humanos.

Cada uno de estos autores tiene inclinaciones y miradas distintas, pero todos confluyen en enfocar la atención más allá de nosotros y dirigirla al mundo que nos rodea.

1 Blas Pascal, *Pensamientos y otros escritos*, Porrúa, Ciudad de México, 2015.

2 Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Fontamara, Ciudad de México, 2008.

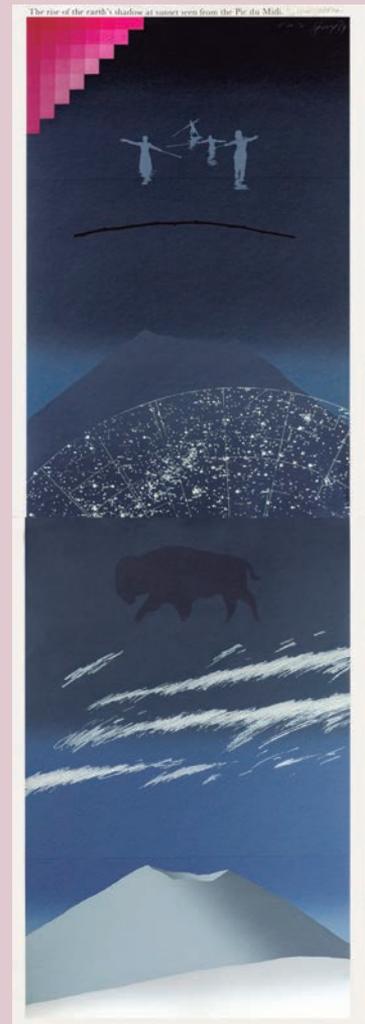
ADAM DICKINSON

Traducción del inglés de Esteban López Arciga

Agentes Naranja, Amarillo y Rojo

2, 3, 7, 8-tetraclorodibenzo-p-dioxina (suero) 1.304348 pg/g lípido

Respaldas al cloro
o a la plaga.
En este momento estamos
más limpios que nunca, y por eso
amas a los defoliantes aéreos
o al comunismo.
Bajo la venda de este pueblo
cerrando filas con su sola industria
por la canasta básica de tala y pescado,
la herida tiene los ojos abiertos y es necia.
A través del claro, las carpas brincan
más allá de las lápidas de los misioneros
que las introdujeron al Nuevo Mundo.
Los ríos del norte se calientan
con orines de la fábrica de papel
que, como un mundo seguro para la democracia,
gotearon lentos sobre mi niñez, empardando
las pastas lipófilas de mi
grasa adiposa. Respaldas a la pulpa
o a la pobreza. Respetas
a la constitución o miras
al suelo perdido en bancarrotas
por defender a la gaviota argétea o al feto
borroso en la colonia de cormoranes.
Toda plataforma mediática reduce
el problema de la guerra a un problema
de pigmentos. En la Revolución Naranja
Viktor Yúshchenko fue envenenado
por agentes públicos que añadieron
dioxina a su comida. Su rostro ardió
en páginas de acné. Respaldas
a las células rojas o a las blancas
a la copa del árbol o a la base.



The Rise of the Earth's Shadow at Sunset Seen from the Pic du Midi, 1984.

Anatomic (2018, Coach House Books) se basa en análisis químicos y microbiales de mi propio cuerpo. Al examinar mi sangre, orina y heces, me topé con la huella del antropoceno, visible en los persistentes contaminantes orgánicos y las comunidades de microbios moldeadas por vivir en un planeta industrializado. Escribí acerca y a través de esos hallazgos. “Agentes Naranja, Amarillo y Rojo” responde a la presencia de dioxina en sangre. “Sensación en boca” guarda relación con los microbios sensibles al azúcar.

Sensación en boca*Catenibacterium mitsuokai**Bacteroides*

El mapa de la lengua
 está mal.
 Hay papilas puestas sobre
 las colonias.
 ¿Cuál fue el punto
 de satisfacción de sangre africana
 en el azúcar de mesa
 europea?
 Cada año,
 la espinaca produce
 azúcar
 en sus hojas
 comparable
 a la extracción anual
 de mineral de hierro
 en el mundo.
 Sin afectar
 al sabor, un niño
 puede soportar
 sumergir la mano
 en agua fría
 más tiempo
 con dulce en la boca.
 Entre más rápido los almidones
 se convierten al cristianismo,
 más pronto se comunican
 por radios de policía.
 Oh mi dulce gula,
 mi pasa en la avena,
 mi envenenado carrito volcado
 de manzanas acarameladas.
 El placer de comer
 está en el aire despidiéndose
 con calor
 torcido
 como un imperio heredado.
 De tal modo nos vemos
 más cerca
 de la gente que toca
 nuestra comida.
 Los presos de soledad
 miran fijos al betún.
 Sé suficiente
 de la cereza en el pastel,
 mejor lamo alrededor.



“Clouds”, de la serie *Seven Views of the Culiacan, One Shadow and More*, 1976.

JEAN PORTANTE

Traducción del francés del autor

Perder a Nemrod es más doloroso
que perder mi propia casa
eso leí en el periódico
quiero decir: cuando el principio
del alfabeto te ha hecho un buey
y de la casa una casa
—estaba acaso al este o al sur del edén—
aún tenías alas
y ninguna excavadora estaba trabajando
quiero decir: había venido
de lo alto la destrucción de una mano
más obscena que los cazadores
quiero decir: como una bomba
de fragmentación lanzada desde el cielo.

*

Una aspiradora celeste atrae
lo que sale de tu boca
y lo sopla a los
cuatro vientos de la rosa
visto desde abajo se diría
hormigas sin hogar
expulsadas con una patada
de su hormiguero
mira las golondrinas
allá arriba dice sin embargo mi padre
mientras el otoño es precoz
y el verano muy viejo ya
parece que se van
pero están volviendo.

*

No hay ningún orgullo en este fuego
ninguna ira en sus llamas
mientras lamen las páginas
de ese libro que tienes en la mano
como se sostiene un sacrificio
y es como si tú fueras el cordero
definitivamente esfumado y
es como si el humo una vez
llegado allá arriba flotara como flota
una bandera blanca sostenida por una nube
—no habrá relámpagos esta vez
ni tormenta porque apaciguada está la memoria
y duerme el sueño de los justos hay
un nido allá arriba pero tú subes más alto.

IRYNA SHUVALOVA

Traducción del ucraniano de Katarzyna Moloniewicz

pájaro

camino todo el día
manteniendo tu nombre bajo la lengua

temo decir algo para que no levante el vuelo
y se eleve como un pájaro

sobre una ciudad en la que
desde hace ya veinte días
nadie enciende la luz por la noche

entre estrellas cometas
y proyectiles de artillería
cuyas trayectorias son realmente insondables

un pájaro pequeño
con la voz grande roja

un pájaro pequeño
con la amarga semilla de la añoranza en el pico

que si por casualidad llegara a soltar
haría crecer
incluso en esa

tierra desgarrada
el gran árbol
del amor



Maasbree, 1981.

refugio de agua

1.

vienen a mi casa pájaros y pequeños animales
se encuentran en medio del camino con ranas de ojos marrones
las golondrinas entran por las ventanas y se posan en silencio sobre los espejos
se acercan a las manos y se dejan sostener un rato
me confían los latidos saltadores voladores de su corazón
los miedos se quedan en el fondo de sus cuerpos minúsculos y blandos

vienen como si tuvieran una noticia para mí
pero nunca dicen nada
no les han enseñado la lengua de la furia la lengua del acero
una lengua que solo agujijonea y devora
corredores saltadores soñadores exiliados
del cielo de los arbustos. tribu de seres sin nombre acostumbrados
a morir bajo las ruedas y los tacones
a golpearse contra la frente de cristal de la ciudad

vienen y casi en seguida se van
dejando tras de sí huellas de patitas de barrigas
pequeñas y húmedas estampas
de vidas singulares mundos singulares
complejos y perfectos
como sistemas de soles y planetas enhebrados
en el entrecortado hilo
de mi resbaladiza mirada
en casuales
gestos del viento
gestos de la muerte
gestos de la hierba y del fuego

y mis manos son demasiado pequeñas
para proteger a esos pequeños
y mi voz es también demasiado

pequeña cuando intento
pronunciar uno por uno
todos sus nombres

ALESSIO BRANDOLINI

Traducción del italiano de Martha L. Canfield

Poemas de la tierra

Es como si hubiera llegado
demasiado tarde, me digo
mientras corto la hierba crecida
o riego los olivos
que tienen sólo un año
plantados por mi padre
después que arrancó de la tierra
los que estaban muertos o enfermos.

Es como si estuviera clavado
al mismo divisorio oriental
o al rascacielos americano
que con una explosión se desintegra.

Sólido e impenetrable
calcificado por la historia
pero lo mismo
cito de memoria
los pasajes largos
los más importantes
de esta insólita
pero clara deriva.

La promesa es el estupor
de un surco preciso y profundo
trazado no en el polvo
sino en la realidad, en el presente
de este terreno paterno.
Como si de sorpresa
hubiera llegado
la hora de sembrar.

*

Dos nogales regalados
nacen y mueren
cada vez que los siento.

Pálida la corteza
sólida, elegante
mas esculpida por el viento.

Debajo de ellos oigo
la historia más bella
o duermo
el sueño calmo
del lirón misterioso.

El mismo que de noche
deja unas huellas blandas
o señales de humo
una pelusa misteriosa
en la tierra que sufre
por sentir la carencia
de sustancia y de amor.



Sin título, 1986.

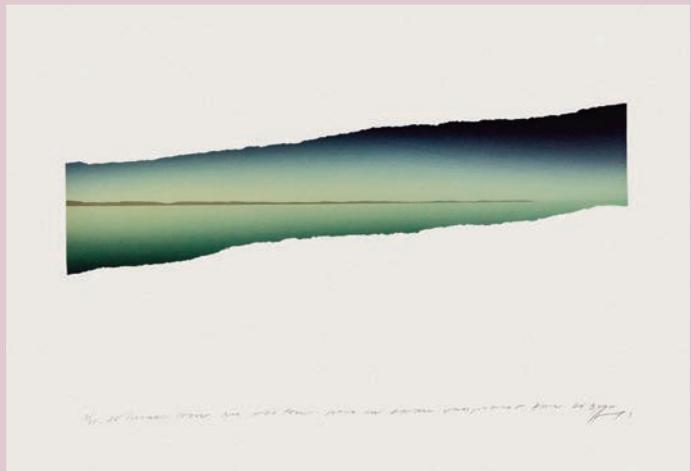
ZOË SKOULDING

Traducción del inglés de Katherine Hedeem y Víctor Rodríguez Núñez

Obra

Entre los edificios
 los árboles se extienden hacia abajo
 los lenguajes
 de la tierra y las lombrices,
 las hojas glosan la jerga del cristal y el acero;
 los bosques yacen sobre los pisos
 para rebotar
 cada palabra, cada palabra
 que dices
 con el largo
 eco de tus pasos que descienden en el lodo.

En deterioro y crecimiento simultáneos
 este laberinto de calles y plazas
 echa raíces
 trastornando el suelo
 con cada nueva inflexión, cada
 derribamiento: primero los árboles, luego las casas
 de madera, los ladrillos, el concreto rajado.
 Mira,
 ahora puedes ver en las ruinas cómo
 los edificios se agarraron y se te subieron
 por los huesos, los escombros, las paredes de tierra,
 este enredo de tubos inútiles.



Sin título, 1986.

Astrolaire

Caminaba por el jardín
bajo planetas y farolas
entre farola y

flor colgada
entre elementos
entre las calles que convergen

una rosa no sabe
que es una rosa

la ciudad
no sabe que es una rosa

la ciudad se abrió

me desdoblé
a través de líneas simétricas

lo oculto
asterión
flor estrella
perforó lo oscuro

vida de
su entramado de raíces
extendidas sobre el cielo
mientras los satélites florecían
alrededor del mundo

PERIÓDICAS

PP. 118-123 MIGUEL N. LIRA

PP. 124-131 SERGIO RAÚL ARROYO

PP. 132-137 LEONARDA RIVERA

(116–137)





Portadas de la *Revista de la Universidad de México* [entonces *Universidad. Mensual de Cultura Popular*], bajo la dirección de Miguel N. Lira.

Ciento veinte años de Miguel N. Lira

KAREN ÁLVAREZ VILLEDA

Tlaxcala celebra con orgullo el ciento veinte aniversario del natalicio de Miguel N. Lira, uno de los creadores más universales y queridos de nuestra tierra. Poeta, narrador, dramaturgo, editor y promotor cultural, Miguel N. Lira supo unir la palabra con la acción: fue sembrador de libros, impulsor de juventudes y constructor de instituciones que marcaron el rumbo de la cultura mexicana. Publicar este *dossier* en la *Revista de la Universidad de México*—espacio que dirigió— significa honrar su legado y dialogar con las generaciones presentes, quienes hoy pueden reconocerlo no sólo como una figura histórica, sino también como un autor vital y cercano.



Este homenaje reúne textos representativos de la obra de Miguel N. Lira y los entrelaza con miradas contemporáneas de artistas plásticas, mostrando así cómo su obra sigue convocando imágenes y resonancias, además de hacer comunidad. Leerlo es reencontrar a un hombre generoso que escribió pensando en su pueblo y en su tiempo, convencido de que la literatura es un patrimonio compartido.

Gracias a la *Revista de la Universidad de México* por esta publicación para conmemorar a Miguel N. Lira y compartir con México y el mundo la permanencia de su palabra.

Palabras a los pájaros

Y les digo a los pájaros:
 estos niños con hambre vestidos de miseria,
 con los ojos y labios de neblina y desierto
 ¿cómo duermen su sueño?
 ¿qué imágenes de nubes
 o cielos y paisajes
 asoman en las noches de su frío interminable?
 La soledad anida en sus dedos de cera,
 les recorre la piel con palidez de sombras
 abriendo las ventanas de los poros
 para que pase el viento
 con su escarcha de tisis y agudos alfileres,
 hasta la dulce sangre de las venas
 que se azoran y se vuelven amarillas
 igual que los canarios, temerosos
 de la mano solícita que cuida
 del agua y del alpiste.

Son niños para el llanto,
 niños de la tristeza olvidados del gozo
 niños sin luz tranquila.

Miran cómo los niños cuando se ponen serios
 debajo de los árboles
 a esperar la presencia de las tórtolas.
 Hablan con voz de ausencia como de muchos
 años,
 como si las palabras que inventan y se dicen
 no fueran suyas y sólo las dijera
 los niños que amanecen con las blusas
 planchadas.

Oyen como gacelas en los bosques de otoño
 que escuchan hasta el roce y las briznas
 sobre el aire y el césped.

¡Ellos son los humildes!
 Los que arrojó la tierra por caminos de
 angustia
 con sellos de tortura,
 con dolores de niño que adivina
 la muerte del hermano menor
 y el receso del juego.
 Nadie les dio caricias. Nadie el beso ni alguien
 la sonrisa,
 porque nunca supieron del recreo
 feliz de los halagos curvados en la cuna

o en los brazos de pluma de la madre
 que se perdió en las sombras de donde nace
 el día.

Y sus quejas se ahogan en el cielo de estrellas
 que no les da luceros
 ni el velo de una nube
 para guardar sus sueños.
 ¡Son niños del misterio!
 Niños de la honda pena
 y del silencio espeso.

Su dolor es de llaga o muslo cercenado
 Fresco de sangre incontinida.

Viven sólo en la noche y mueren con el alba
 porque la luz no alumbraba su destino
 ni el sol los glorifica como a los niños ricos
 que se cuidan del aire,
 que son dueños de un nombre,
 de una corbata de colores
 y de un libro de cuentos.
 Y ellos van a los cines,
 retozan en los parques
 y consumen refrescos de soda
 sin que nadie detenga sus pasos
 con el golpe o el insulto que lastima la carne.

¿Por qué llora ese niño de labios como lirio?
 ¿Por qué llora ese niño?

Oigo su voz aquí, junto a mi sangre,
 en mis ojos y manos.
 Oigo su corazón sobre mi frente
 como llanto y gemido,
 y quisiera cubrirlo con mis brazos contra el
 miedo y el frío,
 para que alguna vez, siquiera,
 se pensara en la cuna de su infancia
 y olvidara la maldad de los hombres
 que lo volvieron su andrajito,
 un niño triste y pobre.



Ilustraciones de Ana Rosa Diaz Ahuactzi, 2025.

LA HORMIGUITA QUE SE QUEBRÓ SU PATITA

Había una vez una hormiguita que salió a dar un paseo por el campo. Como era tiempo de invierno y hacía mucho frío, la hormiguita se puso su abrigo, su bufanda, su vestido de lana, sus medias de lana y un gorrito que la resguardaba del viento.

El campo estaba cubierto de nieve. No obstante, la hormiguita salió a dar un paseo. Iba muy contenta a pesar de que hacía mucho, muchísimo frío. Sin fijarse por dónde caminaba, ¡zas!, tropezó y se quebró una patita. El pedacito de pierna cayó entre la nieve, y la hormiguita, por más esfuerzos que hizo, no pudo romper el hielo que poco a poco fue cubriendo su patita, y se quedó sin ella. Entonces se puso a llorar y oyó una vocecita que le decía:

—Ve a ver al Sol para que te ayude.

La hormiguita se secó las lágrimas y cojita, cojita, fue caminando hasta donde vivía el Señor Sol. A medida que se iba acercando a la casa del Señor Sol, iba sintiendo más y más calor, tanto que tuvo que quitarse el abrigo, la bufanda y el gorrito.

Cuando llegó frente al Sol, le dijo:

—Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar —le contestó el Sol—, ve a ver a la Nube que me tapa.

La hormiguita se encaminó entonces a la casa de la Señora Nube; cuando llegó ante ella, le dijo:

—Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar —dijo la Nube—, ve a ver al Viento que me deshace.

Entonces la hormiguita fue hasta donde vivía el Viento. Cuando llegó frente a él, le dijo:

—Viento que deshaces a la Nube, Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar, hormiguita —dijo el Viento—, ve a ver a la Montaña que me detiene.

Ya la pobre hormiguita no podía caminar, pero haciendo un esfuerzo, llegó hasta donde estaba la montaña. Era tan alta que la hormiguita apenas le veía los ojos. Así es que le tuvo que gritar, para que la montaña pudiera oírla:

—Montaña que detienes al Viento, Viento que deshaces a la Nube, Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo te voy a ayudar —le contestó la Montaña.

Entonces la montaña hizo un gran esfuerzo y dejó un hueco por donde podía pasar el Viento. El Viento, que lo vio, pasó soplando muy fuerte y la Nube que estaba tapando al Sol se deshizo. El Sol empezó a brillar, mandó a muchos rayitos para que derritieran el pedazo de hielo en donde estaba la pata de la hormiguita. Y cuando se hubo convertido en un charco de agua, la hormiguita sacó su patita, se la pegó con un poco de lodo y de puro gusto se puso a bailar.



Ilustraciones de
Daniela Bonilla
Morales, 2025.

Corrido de amor a Tapachula

¡Cómo no te conocí,
Tapachula, de soltero!
¡Cómo hubiera yo querido
quererte como te quiero!

Tú eres de tierra caliente
y yo soy de clima frío:
¡imagina, Tapachula,
qué amor el tuyo y el mío!

De haberte hallado a mi paso
tan linda como hoy te veo,
te hubiera raptado a lomo
del potro de mi deseo.

Entre mis brazos, tu cuerpo
de selva y de mar en bruma
me dejarían su calor
y su frescura de espuma.

Tus labios me entregarían
su pulpa y sabor frutales:
una mitad cacaoteros
y otra mitad cafetales.

En tus ojos hallaría
albas estrellas y luna
y yo las iría besando
de rodillas de una en una.

Tus muslos se me darían
igual que trinos y plumas;
dulces como vino de uva,
tiernos como hilos de espumas.

¡Qué pena ver en mis sienes
la nieve de mis octubres
y no haberte descubierto
si no es que tú te descubres!

Te apareciste a mis ojos,
Tapachula, como llama,
como un tulipán de fuego,
como un flamboyán en la rama.

Mis ojos cuando te vieron
se expusieron a cegar:
¡cuánta selva y cuánto cielo
les entregó tu mirar!

La luz nacía entre tus dedos
para teñir a la aurora.
Tapachula ¿dónde estabas
que te conocí hasta ahora?

Por bonita se me antoja
llevarte a la tierra mía
no importa que me persiga
a tiros la policía.

¡Qué más da que el río Coatán
quiera atajarme la huida,
si al cabo te he de llevar
con mi vida confundida!

¡Qué importa que el Tacaná
ruja con violencia fiera,
si en Tlaxcala tú has de estar
conmigo de compañera!

Te subiré a mis montañas,
te pasaré por mi río:
¡Ay Tapachula de mi alma,
qué amor el tuyo y el mío!

Mas si la muerte nos niega
vida y tregua a nuestro amor,
¡recuerda el frío de mi tierra
y envuélveme en tu calor!

Acción de Gracias

Gracias te doy, Señor, porque dejaste
que este año del 60 lo viviera
entre espasmos de asfixia, y no volviera
al limo con el cual me modelaste.

Gracias te doy, Señor, porque llenaste
mis bronquios de una pena duradera
al mudarlos de erial a sementera
donde creció el dolor que en mí sembraste.

Gracias también, Señor, porque te siento
cuando me falta el aire, y ya muriendo
me devuelves la vida con tu aliento.

La vida y muerte así no las comprendo
pues si quiero vivir, muero al momento,
y con sólo morir, ya estoy viviendo.



Los días que nos rondan

SERGIO RAÚL ARROYO

Para Javier Sicilia

*Quien hace la historia apenas la comprende,
quien participa de ella es su víctima
o su cómplice.¹*

EMIL M. CIORAN

1. EL FANTASMA Y EL MATÓN

Las mentiras que se repiten con vehemencia suelen pasar como verdades. Con frecuencia se ha enfrentado de modo abusivo y sumamente fallido el problema entre la cultura institucionalmente administrada y la violencia. El Instituto para la Economía y la Paz (IEP), centro para la investigación y el análisis sin fines de lucro, estimó que el impacto económico de la violencia en México en 2022 fue de 4.6 billones de pesos (230 mil millones de dólares, al tipo de cambio correspondiente). Justo se trata del período en que la administración gubernamental mexicana llevó a un descenso récord los presupuestos para la cultura. Aquella baja, sin que aún haya nada que la amilane, se ha mantenido, contradiciendo la retórica de los organismos culturales de la federación. De una u otra manera, muchos de nosotros hemos experimentado la sacudida y soportado el discurso inscrito en una larga letanía.

El impacto fue seis veces superior a las inversiones públicas realizadas en salud y más de cinco veces superior a las realizadas en educación en 2022, [lo que ha llevado a formas de la delincuencia organizada] como la extorsión, el narcomenudeo y la fabricación y el tráfico del opioide sintético fentanilo.²

El automatismo de la fantasía “más cultura administrada, menos violencia” ha sido abrumadoramente desmantelado, desde hace mucho tiempo, por la realidad. Las dimensiones de la barbarie y el capital propiciados por el narcotráfico o las actividades como el secuestro, la venta de armas, los feminicidios y más, con las que parece haberse familiarizado un segmento de la sociedad mexicana (como lo muestra el propio IEP), no encuentran siquiera un ínfimo contrapeso en los programas gubernamentales: las funciones de títeres, los semilleros creativos, las danzas folclóricas, los ejercicios programáticos de adoctrinamiento de cuadros —con o sin barnices educativos—, los *spots* amarillistas, el turismo cultural y un largo etcétera poco o nada han contrarrestado el índice de violencia que registra el país, un trágico despliegue del caos en el que no están ausentes las fuerzas políticas y de seguridad como parte de una manera de plantearse y ejercer la administración pública. De modo que no quiero hacerle perder el tiempo al lector con fantasmagorías y banalidades.

No es la intención de este breve ensayo desdeñar la importancia de los programas culturales o desalentar la expansión de su espectro. Contrariamente, su trama simple apunta a la necesidad de desarrollar una veta que vincule la educación y la cultura como puntales de un pensamiento crítico y plural. Romper el sectarismo proselitista y plantear responsablemente los problemas que asaltan al país es una mínima posibilidad para crear visiones sobre el origen de la violencia dentro del complejísimo archipiélago social que es México, una nación con enormes déficits educativos y económicos (utilizo ese lugar común sólo por su carácter penosamente transhistórico). Este texto propone ir más allá de los blindajes retóricos y abrir un horizonte inédito para una diversidad de perspectivas, fundadas y tangibles, que den contenido a una democracia operativa, distante de la autocelebración facciosa acuñada por el soliloquio gubernamental. Preguntémonos a partir de lo existente: ¿qué tipo de programas gravitan entre nosotros?, ¿a qué tipo de cultura y violencia nos referimos?

1 Emil M. Cioran, *Ejercicios de admiración*, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 43.

2 Maritza Pérez, “El impacto económico de la violencia en México fue de 4.6 billones de pesos en 2022”, *El Economista*, 23 de mayo de 2023.

La cultura, en general, no arroja resultados unidireccionales ni es una vacuna infalible contra la violencia. Quizá he aprendido a buscar con alguna necesidad aquello que no encuentro en las presuntuosas pero endeble certezas de las homilías.

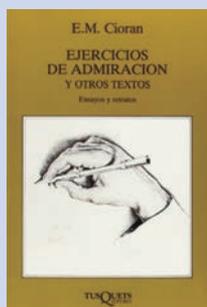
La violencia es un fenómeno inmanente a las culturas. Esta afirmación, desde luego, reconoce la existencia de distintas vertientes, que van desde la violencia sagrada inscrita en nuestros libros fundacionales, un fenómeno que René Girard, el formidable analista de la violencia sacrificial, ha estudiado de manera sistemática, hasta lo que actualmente las academias, la lingüística y la realidad han dotado de contenidos y sentido direccional. En esta reflexión quisiera referirme a una de las modalidades de la violencia: la que ha sido un instrumento axial con el que se ha tejido, adquirido y fijado durante décadas el poder en la modernidad mexicana, creando mecanismos y engranajes de sometimiento, representando estaciones materiales e ideológicas de dominio y supremacía para los grupos que se han incrustado en una esfera política que se concibe como una entidad autárquica y la fuente única de verdad, en especial, en lo correspondiente a los términos, los parámetros y el ejercicio de la acción social, manteniendo cualquier expresión de disidencia en el descrédito, la amenaza, el desprecio o, fatalmente, en la ilegalidad. Desde el púlpito celestial, con la mirada puesta en el infinito, los gobiernos mexicanos suelen vestir con sambenitos a los herejes.

La película de Wim Wenders *El final de la violencia* comienza con una demanda semántica, “define violencia”, a la que sigue un largo silencio. Alguien podría tomar ese silencio como un titubeo del lenguaje, pero no lo

es. Las palabras “cultura” y “violencia” no sólo son rejugos polisémicos con evidente naturaleza histórica, reafirmandose como conceptos que viajan en el tiempo, mediados como construcciones dinámicas por las mentalidades que, en cada época, se anudan a la materialización de las relaciones humanas. Las formas instrumentales que adquieren esos conceptos en las sociedades contemporáneas reclaman una percepción renovada, sobre todo si apuntamos a una búsqueda genésica, que señale su punto de partida.

A lo largo de la historia de la humanidad no hay ejemplo de una estructura política-cultural que haya producido más violencia que las hegemonías. Los regímenes hegemónicos —que nunca se reconocen como tales— son difícilmente vulnerables. En la actualidad forman una versión secular del despotismo, siempre ligados a un mito arcaico relativo al origen, a una época gloriosa vista como el vaso comunicante que transmite rasgos y prácticas que los legitiman: la raza, la vuelta a la grandeza perdida, la nación, el pueblo, la religión, el futuro luminoso, etc., favoreciendo de modo invariable el sentido unitario sobre la diversidad, lo gregario sobre lo singular. Para estos regímenes, la historia política es una ecuación simple que debe despejarse a costa de lo que sea. Lo unívoco-gubernamental pasa a conformar una obligada visión objetiva y universal, un dibujo generalizador del progreso y del orden social que justifica cualquier error táctico cometido durante el presente. Los dirigentes de las hegemonías no son sólo entidades que concentran el poder, sino encarnaciones de la verdad y comúnmente se presentan como santones emanados por una ley con fulgores divinos.

El tiempo de las hegemonías nunca ha pasado a ser parte de la arqueología que se ocupa de lo irreplicable en las sociedades. Su extensa onda concéntrica mantiene una interminable vigencia, se trate de cultos político-religiosos, prácticas económicas o despliegues de la tecnociencia. Las conexiones intersociales que propicia lo hegemónico son el fundamento de las ideologías, son su pura y dura base material, sean tomadas como parte de una cotidianidad *natural* o se finquen en marcos legales y normativos fabricados a



modo por quienes ejercen el poder. Un rasgo prominente de las hegemonías, podríamos llamarle su *joboba*, está encarnado en la imposibilidad de reconocer cualquier diferencia estructural como algo que reclame reconocimiento o tenga algún valor práctico en el seno de la existencia misma.

En el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (marzo de 1939), Iósif Stalin declaraba: “Se han cometido errores, más de los que pudimos prever [...], sin lugar a dudas, ya no se puede recurrir a métodos de depuración en masa. Con todo, la purga fue inevitable y sus resultados en conjunto han sido [sumamente] apreciables”.



Sergio Raúl Arroyo, Adriana Malvido, Jacobo Dayán, Paola Zavala y Javier Sicilia en la Jornada: Occidente, violencia y cultura, 27 de marzo de 2025. Archivo Cultura UNAM.

2. EL ÁRBOL DE LOS MUERTOS

México es un país con una pobre tradición democrática, donde la visión de la cultura y la educación, casi en su totalidad, ha sido dictada y controlada por el Estado. Una endeble sociedad civil aparece por momentos y desaparece por largas temporadas, o es arrinconada en la pedacería de aquello que incomoda al régimen. En las hegemonías no hay nada que despierte más desconfianza que aquel que piensa con cabeza propia, nada más peligroso que quien duda de la verdad indubitable puesta en la arena pública por el oficialismo. La obediencia y la fe ciega representan la consumación de un estado mental que crece sin vacilaciones que debiliten las promesas impuestas por el partido o el caudillo.

La violencia hegemónica tiene como primer propósito la anulación del sujeto individual. A veces, sin ningún reparo, se emplea en sentido contrario el recurso idílico de lo comunitario como muletilla de un humanismo

artificial. Mediante un raudal de malabarismos, éste se asocia incluso a la historia prehispánica en cuanto fundamento nacionalista que instaure pautas, paradigmas, patrones y alianzas que deben operar entre el gobierno y la sociedad³ a la manera de lo que Girard denomina “células espejo”, una acción mimética con la que se borran diferencias, singularidades y contrapesos entre gobernante y gobernado. Se trata de una tentativa incesante por diluir las fronteras que pudiesen trazar cierta autonomía, por ejemplo, la división de poderes o la existencia de organismos independientes no alineados a las estructuras de gobierno, lo que abre paso a una trinidad que le es imprescindible y funcional: ideocracia-poder-dinero. Los autoritarios son repelentes a toda forma de libre asociación, a cualquier tentativa de organización no gubernamental.

La réplica ideológica, después de irradiar su efecto mimetizador, escala cada segmento de la sociedad hasta alcanzar la unanimidad. Por tanto, todo aquel que se declare víctima de la violencia soslayada, velada o abiertamente aceptada por el Estado debe situarse en los márgenes de esa ficticia realidad comunitaria hasta convertirse en una mera abstracción, en una etiqueta o en un número. Es entonces cuando la víctima se transforma en una pálida figura espectral, a la que se le ha sustraído cualquier indicio de historia personal; una resta abismal de la que sólo queda un cuerpo inerte, un gajo de ropa, un bolso, unos zapatos, un mero vestigio.

La violencia de las hegemonías exige golpes de pecho, pero, sobre todo, expele el olvido, la disolución de la *physis* y el carácter humano de las víctimas. La eficacia de los mecanismos del victimario depende de hallar ese sentimiento de unanimidad deliberada que apaga las resonancias, normaliza los desastres y no acarrea demasiadas dudas. Si el olvido se ma-

3 La exposición *La grandeza de México*, presentada entre 2021 y 2022 en el Museo Nacional de Antropología, ilustra la red de asociaciones históricas que desembocan en un forzado y sinuoso mosaico del edén comunitario, cocinado por un nacionalismo a ultranza. Una noche en la que todos los gatos son pardos.

Véase el ensayo de María Minera, “La grandeza de México (según la 4T)”, a propósito de la muestra, publicado en *nexos*, 15 de septiembre de 2022.

sifica, entonces el golpe está dado. Suprimir o desvirtuar implica licuar la crítica con rituales de difamación, propiciando su descomposición fáctica y deliberada. Es crucial la actitud de quienes ven con indiferencia el fenómeno de la violencia o, incluso, con regocijo; entre nosotros circulan a diario, como paradigmas de conducta, modelos de vida emanados de la delincuencia. Allí están su música, sus alardes financieros, sus ropajes, su épica sanguinaria y grotesca.

La violencia es el memorándum sistemático de un estado social. La comunicación oficial acostumbra convertirla en un asunto plagado por la confusión y la controversia, con las que se desarticulan hechos, denuncias y condenas, trasladando culpas a *otras* administraciones y a *otras* personas, diluyendo la pesadilla en la emergencia del olvido y en la irresponsabilidad no asumida. Los muertos y las otras víctimas de la violencia incomodan, pero el tiempo y la confusión se emplean como instrumentos que operan a favor de la (in)governabilidad o de la franca banalización respecto de lo que vemos, tocamos y experimentamos; son vías de renuncia a la realidad empírica.

Uno de los aspectos de mayor gravedad con relación a la violencia está en hacer de ella una fatalidad conectada a la teleología del mal, en la que sus orígenes se desconectan del binomio poder-dinero. La historia reciente de nuestro país tiene tras de sí un descomunal cargamento de cadáveres. Que se me perdone la pregunta penosamente ingenua: ¿es posible tal imperio del crimen sin la complicidad, la indiferencia o la utilidad política de la delincuencia? En ocasiones se nos ha querido hacer creer que el crimen entronizado tiene su origen en un pasado ajeno al presente o que simplemente se ubica fuera de los límites del gobierno en turno, por lo que la vocación gubernamental (esa política de los políticos), como quisiera el viejo Stalin, se concreta en pontificar sobre el éter del futuro luminoso y en cimentarlo plácidamente sobre cientos de miles de asesinados y desaparecidos. El futuro es un tiempo bendecido por la más elaborada escatología política. Demasiado futuro sin presente, decía Marcuse a Angela Davis.

Los muertos —por obra y gracia de la frivolidad— son transformados en cosas pres-

cindibles que alimentan una suma o un algoritmo. Nunca sabemos si hemos llegado al punto más alto en la escala de la violencia, convertida en un verdadero sistema empresarial con miles de empleados y reclutas esclavizados, parte de los cuales son aniquilados como fundamento de la lógica implacable de un negocio que no tiene límites territoriales ni de edad, sexo o condición social. Los ejércitos de la violencia ostentan armamentos de punta, cuentan con una sofisticada logística militar alimentada con inteligencia artificial, así como con instrumental especializado para el espionaje, libros de estadística y registros de contabilidad. La indiferencia, la complicidad y la incompetencia son las marcas sobre las que descansa una impunidad que, en las últimas décadas, ofrece cadáveres como única divisa.

La hegemonía tiene en el partido, en las células populares y en la sordera de las instituciones un cheque en blanco. La historia, el arte, la educación libre, los movimientos sin custodia oficial relativos al género, al medio ambiente o a las libertades públicas, en general, son vistos con desconfianza en la medida en que no se ciñen al detritus discursivo del líder carismático o del militarismo, que tanto ha fascinado a lo largo del tiempo a las derechas e izquierdas institucionalizadas. Cuando la realidad empieza a uniformarse, carga, a manera de aureola, las mismas imágenes; si la violencia delincencial y el militarismo se entremezclan, se revela el inequívoco síntoma de que algo muy grave está sucediendo. El fanático, el merolico y el escalador con bolsillos llenos cumplen funciones canónicas precisas: son ecos orwellianos que procuran desestimar o neutralizar una dimensión donde la muerte ha perdido en su totalidad el sentido ritual, cualquier sesgo de sacralidad y, sobre todo, su impronta humana.

En la hegemonía, la larga saga de crímenes es paliada con la maltrecha mitología de la unidad nacional y con las fabulaciones del tiempo y la tierra prometidos, tan inalcanzables como la zanahoria para el caballo de tiro. El desgaste y la descomposición de la sociedad son favorables a ese mito, cuyo origen puede trasladarse, con comodidad, a una época remota, adquiriendo para el presente una

resignificación que opera como condición fáctica de ese orden dictado y adherido a las masas. La atrocidad y la basura política se sistematizan en un escaparate en el que se niegan responsabilidades dentro de un horizonte que exhibe manos llenas de sangre. Es el retorno de lo que nunca se ha ido. Acrobacias desesperadas que fracasan y se desprestigian sobre el terreno de lo real-tangible, desmentidas una y otra vez por la experiencia social.

Decía Cioran: “No existe ningún movimiento de renovación que en el momento en que se aproxima a su objetivo, en que se realiza a través del Estado, no caiga en el automatismo de las antiguas instituciones [incluso superándolo] [...] Cada doctrina contiene en germen infinitas posibilidades de desastre [...]”.

3. LA HISTORIA VERTICAL

La historia dictada de arriba abajo está dominada por la antropofagia, por la amnesia estatalista. Vive en un marco sustentado por “valores originarios”, cosidos siempre a una matriz chovinista, que usa como motor lingüístico de un vocabulario excesivo y patriótico. La historia redactada desde lo alto se ubica en un país-ficción surgido en paralelo a los delirios y la ambición inagotable de los integrados. Estamos frente a un Leviatán que no es más que el funeral de la tierra y la cultura, en el que se nos quiere hacer creer que todas las relaciones posibles caben dentro del Estado, envenenándonos con la convicción de que hay un solo centro de existencia: el ser estatalista, y que todo lo demás es el páramo de una periferia inmóvil.

El poder hegemónico tiene entre sus metas el desmantelamiento de todo aquello que le precedió, excepto la asignación de culpas y acusaciones; decreta el principio y el fin de procedimientos e historias específicas sobre víctimas y victimarios; emite tamborazos propagandísticos; disocia la teoría de la realidad, dejando todo en manos de una disciplina élite cobijada por el ejército o por instancias policiales; ostenta el monopolio de la razón frente a las leyes de la historia que considera inmutables, leyes que en ocasiones forman parte de un *humanismo* arbitrario que se arroja a sí mismo y que es la respuesta de un dogma que caracteriza al totalitarismo: la proclama-

ción temeraria de un falso consenso social.

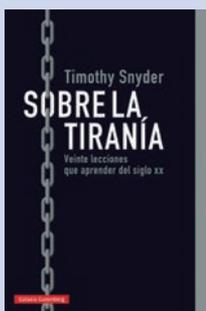
Hipnotizada por la mellada perfección del sistema, la demagogia tiende su maraña verbal, pero el espectáculo del terror rompe cualquier hechizo. Se nos dice que ese terror proviene de los bajos fondos, del atraso, de los salvajes. Terrible e inacabable intercambio de máscaras. La realidad brutal es ubicua y se extiende hasta negarnos, dejándonos ver el pozo en que habitamos como efecto supremo del dominio mental y físico del dogma. El poder descansa también en la propagación colectiva del miedo, en confeccionar apariencias y fachadas públicas, en resaltar hasta el paroxismo la negatividad de adversos y herejes, en la determinación de lo que no debe ser visto ni oído, en expulsar y disparar a quemarropa contra todo lo que le resulta inútil. La violencia nos transforma en piezas sobrantes para que *lo igual* prolifere, para que el consumo de esa violencia constituya el infierno innombrable en el que debemos habitar sin necesidad de asomarnos a la intemperie. En las hegemonías se experimentan múltiples formas de expulsar a los no cooptados, un proceso destructivo que no conoce término.

De Hitler a Franco, de Erdogan a Daniel Ortega, llámense populismos o gobiernos estatistas-autoritarios-ideocráticos, emergen mundos fabulados por la simulación y la arrogancia, mundos ideales a la medida del capital o de un poder cuasiteocrático que atraviesa la historia con sus puestas en escena, sus cuchillos, sus guerras, sus condenas y sus destierros. No hay hegemonía *light*. Entonces, la *otra* historia, la que es capaz de bajarse de las seguridades que le confiere el pedestal, deja de ser una dormidera para levantar un aviso de peligro. Esa otra historia nos enseña que las sociedades pueden quebrarse, que las democracias pueden desaparecer. Cito a Timothy Snyder: “un hombre cualquiera puede acabar plantado al borde de una fosa de la muerte con una pistola en la mano”.⁴ En *Rinoceronte*, Eugène Ionesco, con humor ácido, nos hace una invitación a la resistencia, a través de una disección del conformismo y la sumisión arcaica del hombre común y corrien-

4 Timothy Snyder, *Sobre la tiranía*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017, p. 13.

te ante el poder. En la obra, escrita después de la Segunda Guerra Mundial, el rumano apunta a la seducción y la atracción de las ideologías como el dínamo más activo de la tragedia personal y colectiva.

Las reacciones contra la globalización hegemónica responden, sin duda, a desigualdades reales; muchas de ellas son totalmente legítimas, pero algunos de los actos reactivos, estimulados por el adoctrinamiento, lejos de minar el aura hegemónica, la fortalecen: leer el periódico que dice lo que queremos que diga, asumir la maraña discursiva del oficialismo como ejercicio complaciente que desconoce lo que no encaja en su corpus, despreciar las incidencias políticas en nuestra vida cotidiana, incurrir en lo que el propio Snyder denomina “obediencia anticipatoria” —un drama político que implica adaptarse instintivamente a la letra gubernamental sin que medie la reflexión—, asediar a quien opina distinto, etc. Los dogos que desata la razón estatalista siempre están atentos a la presa en turno, es parte de su genética y simbología. La represión, la prohibición y el miedo establecen límites para el ciudadano, para cualquiera de sus preocupaciones y expresiones de descontento. Las jaurías políticas se convierten en un factor decisivo en la contención o el combate de corrientes que cuestionan el poder público.



Distintas investigaciones académicas han puesto en el terreno de la observación crítica la galvanización del voto en extensas regiones de México. La dudosa unanimidad en la preferencia electoral por el grupo en el poder no sólo proviene de la propaganda o de la persuasión política, también puede proceder de actos sustentados en la presión o en la

franca amenaza al votante. Atar las verdades con las que florece la hegemonía permea a creyentes y ateos. Al paraíso de las utopías se llega por voluntad propia o arrastrados por la fuerza. Entre la esperanza y la decepción, es fácil advertir que la violencia juega un papel central. Mientras más marcada esté una época por el dominio de la violencia hegemónica, más definida estará por sus caparazones ideológicos, por la ortodoxia proclive al orden único. Lo absoluto-metafísico se sitúa como lo *único posible*. El odio a la alteridad, tan caro a la historia hegemónica de México, desemboca en la creación del combo pueblo-partido, un nutrido paquete capaz de integrar las más sórdidas alianzas y reduccionismos.

La lucidez resulta insolente, agresiva, cuando la convicción histórica y escatológica está dada por una autoridad cuya única responsabilidad es reposar en su poder, régimen o facción política. Todo poder hegemónico debe dotarse de cierta oscuridad para garantizar la eficacia de sus móviles y acciones, debe correr el velo para dar a sus propuestas los matices de una materia sagrada, suficientemente opaca para hacerla impenetrable, pero aplicable a las masas. Si la derecha o la izquierda afirma, el poder hegemónico niega, porque la falsa democracia no debe deliberar, sino satanizar al oponente, acorralarlo, dejarlo sin trabajo, someterlo, reducirlo. La indiferencia a la opinión de los otros se convierte en conducta, aun a costa de emitir a cambio trivialidades o perogrulladas. Las demandas de pluralidad escandalizan a quienes invocan ideologías que no se dejan engañar por la realidad. Poco importa si aparecen descorazonamientos o evidencias que pongan de cabeza las consignas mecanizadas por los acarreados, el desprecio es la mejor forma de alardear ante cualquier destello de lucidez.

La violencia y la exclusión no son accidentes o tropiezos en un país ubicado en medio de lo que llamamos “civilización”, son parte de una atmósfera palpable que, según deseé la autoridad y consienta la masa, puede transformarse paulatinamente en un sistema. Los festines y mítines periódicos del estatismo entrecruzan emociones y consignas con la repulsión hacia la disidencia, con acciones cargadas de patriotismo y con manipulación,

que acompañan lo que Étienne de la Boétie denominó la “servidumbre voluntaria”. La violencia multitudinaria no es más que una variante que anuncia el paso al peldaño de esa otra violencia abocada a la persecución, la marginación y el crimen. Así, sumariamente, se derogan leyes y se proclaman otras a la medida del amo, emergen mercenarios y fuerzas de seguridad que se camuflajan con lo identitario-ideológico, la diversidad política se degrada, el poder público prepara el camino hacia la unanimidad.



Si por “cultura” se entiende el conjunto de fenómenos con los que es posible hacer inteligible la realidad a través del pensamiento crítico, el mayor interés de una política cultural debiera ser la formación de sujetos individuales, libres, solidarios, capaces de entender y revertir realidades como las que estamos viviendo. Cualquier forma comunitaria debe ser una reunión de seres autónomos, no una alineación de zombis. Desde luego, hay espacios donde esta libertad es posible, intersticios que hoy son muy distantes de aquello que es un almacén de autoservicio del poder. Las formas de la violencia también se multiplican en los territorios de la educación y la cultura, con libros de texto que lapidan la libre expresión y cualquier indicio de libertad académica y que fomentan la catequización del aprendizaje.

4. LA MOSCA EN LA SOPA

No hay mejor antropología que la que siembra dudas. No suelo ser demasiado propositivo, pero haré un esfuerzo. Me parece que la cultura representa una de las mayores tareas del pensamiento: advertir a los individuos de

los peligros de la subordinación, hacer ver cómo el gran comendador de las hegemonías redacta sus memorias monótonas y lúgubres sobre nuestras espaldas. La hegemonía recurre a códigos que expresan la voluntad de dominio, poderes totalizadores que no siempre están a la vista: a) la ideocracia como vertiente oficial del pensamiento dirigida a monopolizar el poder; b) la tecnociencia como instrumento de depredación, control y vigilancia; c) el Estado nación como centro esclerótico de lo que ha sido, es y *debe* ser toda materia histórica y política; d) la educación doctrinaria y antropocéntrica como vocación por la uniformidad, a partir de un conocimiento distanciado de cualquier sesgo de alteridad y de los vínculos con la naturaleza que redefinen incesantemente al ser humano.

La libertad de expresión es un instrumento que da fundamento a la educación y a la investigación académica; allí se encuentran las posibilidades de decir, escribir, escuchar y entender que derivan en lo que puede definirse como “capacidad crítica”, así como en el rechazo abierto a tener como fin último el dominio de la naturaleza y la historia. La rebeldía es una alternativa secular de la inteligencia, un medio para no convertirnos en una inmensa tropa reducida al servilismo o en una brigada de gendarmería destinada a desaparecer la multiplicidad de las formas de vida que, a pesar de las ofensivas del capital y el estatalismo, aún alberga el planeta. Todavía es factible apostar por aquellos dispuestos a decir *no*. Ahora más que nunca, sabemos que todo puede ocurrir.

En medio de la barbarie circundante y no obstante el crimen institucionalizado, lo que realmente importa y desmiente la inercia de la nefasta industrialización de la cultura de la muerte son los descreídos, las legiones de buscadores compuestas por madres, padres, hermanos y amigos, quienes, pese al desprecio de las fiscalías, se niegan al consuelo barato de los lamentos oficiales y, con métodos rudimentarios, se documentan, excavan y transitan por los cuatro puntos cardinales. En ellos no prevalece la desmovilización. A pesar del descrédito que predomina sobre las minorías y los consensos, esos grupos izan la bandera de la democracia en una tierra en la que ésta ago-

niza. Luchan sin concesiones contra esa ancestral tara cargada de fascinación por el Estado patriarcal y sus complicidades. Nuestro desafío consiste en no acostumbrarnos a la violencia, en no normalizar sus símbolos y rituales, en descartar toda causa política que exija lealtad incondicional, en “no convertir la resistencia en algo impensable”. Según Hannah Arendt, el totalitarismo aparece cuando se borran las fronteras entre la vida privada y la pública, cuando entran en disolución las fronteras entre el pensar individual y el todo programático del Estado. La violencia hegemónica es una forma de control físico e intelectual, cuya vitrina doméstica ocupa un gran segmento del tráfico de internet. La devoción política, sus porras y acarreos no son sino expresiones de la ceguera.

Uno de los adversarios mejor identificados por las hegemonías es el arte. Las pruebas son múltiples, a una de ellas le he dedicado parte de mi vida: la vanguardia ruso-soviética, que precisamente fue el objetivo de una descarnada hegemonía política que marcó el siglo XX; un conjunto de movimientos fue extinguido por una singular furia que dejó como moneda de cambio la exégesis del realismo socialista. El apego al arte, a la experiencia libertaria no sujeta a la sistematización, implica reconocer y ser parte de la complejidad de la existencia en todas sus dimensiones. Si el arte es una manifestación que alberga lo extraordinario, si puede ser testimonio de la extrañeza del mundo y de una constelación de rutas no regidas por las presunciones políticas, filosóficas o escatológicas que apelan a lo fijo, a lo indubitable, entonces éste puede desplegarse como un detonador que contraviene las conductas preestablecidas, que viaja en contrasentido del no pensar, materializándose como una de las presencias más hondas de la alteridad; se trata de una práctica del pensamiento que guarda el potencial de circular fuera del *statu quo* y de las fronteras del dominio social, más allá de los márgenes donde se verifican los festines de las hegemonías.

El arte ha sido un referente de la desobediencia y la discrepancia, en ello están su fuerza perturbadora y su peso telúrico. Algunas de las mayores reflexiones sobre la violencia en México provienen de las artes plás-

ticas y escénicas, de la literatura, la poesía y el cine. Trátese del videoarte, el *performance* o de vertientes híbridas, el arte puede fraguar conquistas irreversibles. Sin detenerme en ellas, sólo de paso me referiré a las falsificaciones estatista-ideológicas que, durante décadas, dominaron con su efecto aséptico y orgánico la historia de un país que sólo habitó en la cabeza de Diego Rivera y en la tortuosa militancia del Siqueiros que afirmaba “no hay más ruta que la nuestra”.

Las ideas también se sofocan en la tesis inflexible y en la autocensura, sea por intimidación, por lucro o por el ineludible sentimiento de naufragio. Preferiría desprenderme del folclor integrista al que han sido sometidos los facciosamente llamados “pueblos originarios”, distanciarme del *kitsch* nostálgico promovido por el Estado-Iglesia que alienta al rebaño: “Todas las aguas tienen el color de los ahogados”.⁵

Quisiera concluir con la imagen de un paisaje novelístico con el que recuerdo a un viejo amigo.

Hace años tuve una charla con José de la Colina sobre un episodio de *Rojo y negro*, esa obra maestra absoluta, en el que Stendhal nos sitúa en la cárcel donde ha sido apresado Julien Sorel. Hay algo que inquieta profundamente al celador que vigila una de las alas carcelarias: un prisionero canta durante la noche, lo que, para el guardia, resulta una afrenta imposible de soslayar, en la medida en que hace ineficaz el sufrimiento al que deben someterse los cautivos. El odio del carcelero debió crecer día con día, volverse insoportable. Varias veces nos preguntamos José y yo qué era lo que cantaba ese preso. Hoy puedo apostar que la inquietud del celador procedía de que aquel prisionero cantaba una canción de amor. ❧

5 E. M. Cioran, *El ocaso del pensamiento*, Tusquets, Barcelona, 2000, p. 201.

Notas del autor a partir de la Jornada: Occidente, violencia y cultura, que se llevó a cabo el 27 de marzo de 2025 en la UNAM.

En los años ochenta, a Ocumicho se llegaba por caminos de terracería. Había dos vías de acceso, una por Tangancícuaro y otra por Cocucho; eran prácticamente veredas que en época de lluvias se volvían intransitables. En esos años, Graciela Iturbide recorrió los caminos que conducen al pueblo. Ahí tomó algunas de sus fotografías más conocidas, *Jano* (1981) y *Virgen niña* (1981), pero también otras que forman parte de su acervo y se conocen menos, como *Año nuevo* (1981). Las primeras tienen por objeto a los protagonistas de la

Graciela Iturbide en la tierra de los p'urhépechas

LEONARDA RIVERA

danza pastoral de Ocumicho; la otra, a dos ancianas que posan en el atrio de la iglesia, ambas portan velas, una de ellas está descalza y mira hacia la cámara, la otra se apoya en un bastón y evade el ojo de la lente.

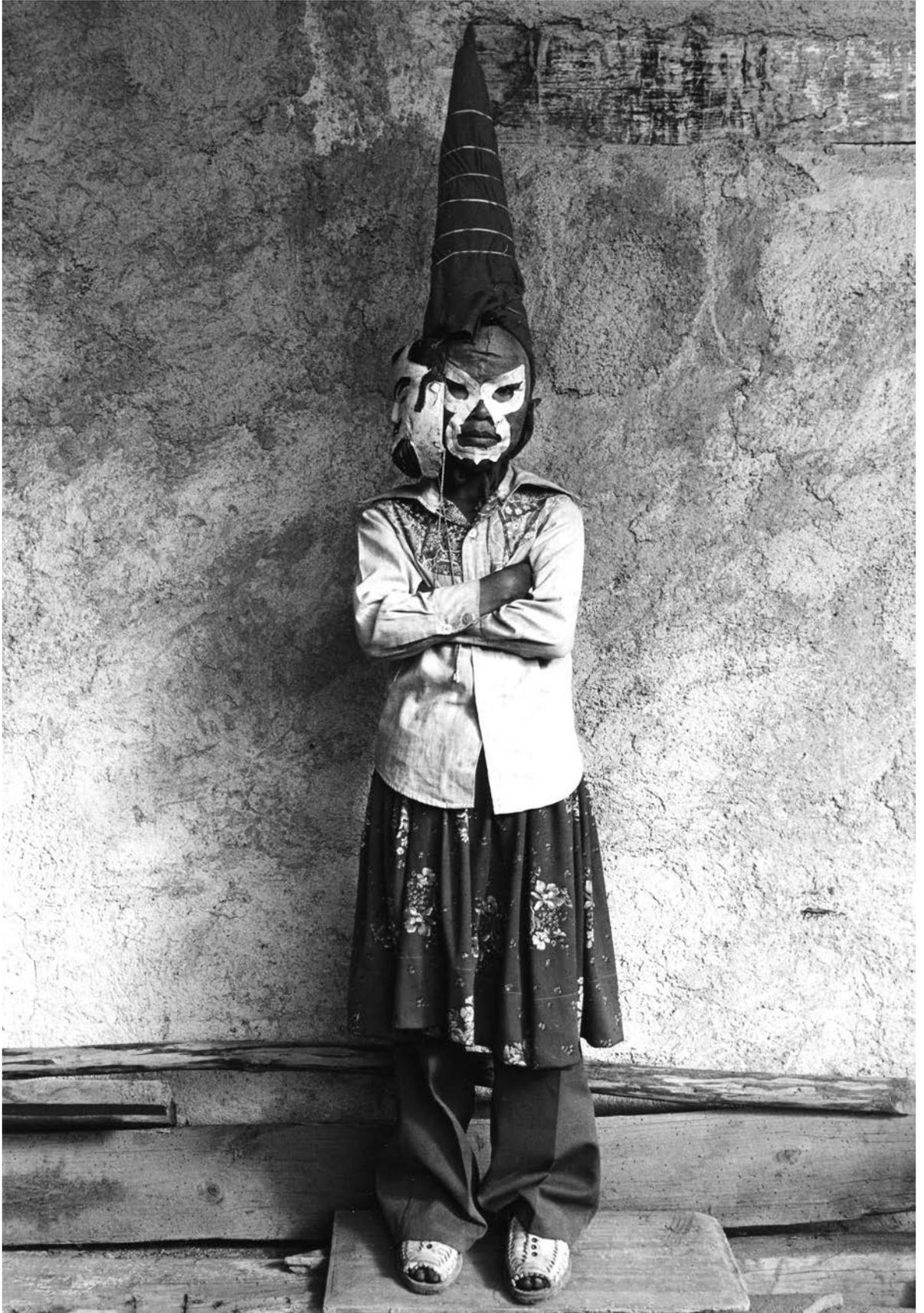
Algunos pueblos de la meseta p'urhépecha habían sido fotografiados tras la erupción del volcán Parícutín. El siniestro atrajo a cientos de extranjeros y nacionales hacia la zona, aunque será unas décadas después cuando Richard Barthelemy, Ruth D. Lechuga y el propio Juan Rulfo se adentren por las oscuras veredas, bosques de encinos, madroños y oyameles que cubrían en esos años a la también llamada *Echeri Ts'irápiti* (tierra fría).

Quise escribir sobre ella desde que, el año pasado, el Centro Cultural Fábrica de San Pedro llevó a Uruapan la obra de Iturbide. Gracias a Adolfo Castañón entré en contacto con la fotógrafa. Sabía que a finales de los años setenta había sido comisionada por el Archivo Etnográfico Audiovisual del Instituto Nacional

Indigenista para documentar la población indígena del país. Había visto sus registros de los asentamientos y modos de vida de los kikapú, también sus recorridos por la región mazateca (Oaxaca), totonaca (Puebla), así como sus libros sobre los seris y las mujeres de Juchitán, pero no conocía las fotografías que tomó en la meseta p'urhépecha.

La exposición montada en Uruapan fue una profunda revisión de los cincuenta años de su trayectoria. Y ahí, entre las columnas de la “nave mayor” de la antigua fábrica, estaban también expuestas *Jano* y *Virgen niña*. Entrar en la sala era como penetrar en un espeso bosque. El crujir de la madera en cada pisada, el silencio de la enorme nave, la luz que se filtraba por los grandes ventanales, todo indicaba que era el espacio idóneo para acoger esas imágenes. Durante uno de los recorridos que hice, no podía dejar de pensar en un poema de Federico García Lorca recogido en la revista *Callo verde para la poesía* (1935):

Jano, Ocumicho, Michoacán, 1981. Fotografía de Graciela Iturbide. Todas las imágenes son cortesía de la fotógrafa, a través de Leonarda Rivera.





Año nuevo, Ocumicho, Michoacán, 1981.

*Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo.
Canta el gallo y su canto dura más que sus alas.*

Recuerdo haberlo recitado en silencio mientras miraba una fotografía titulada *El viaje* (Tlaxcala, 1995), en la que aparecen unos gallos muertos colgados de una bicicleta. “Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo”: el significado etimológico de “fotografía” tiene que ver precisamente con la “escritura de la luz”. Aquellos que inventaron las palabras *phos* (φῶς) y *graphein* (γράφειν) habrían retrocedido horrorizados al ver el mundo sensible, impercedero e imperfecto, detenido en una ima-

gen. Muchos siglos después, es casi imposible imaginar un mundo sin fotografías.

La exposición reunida en Uruapan fue una especie de retorno de Graciela Iturbide a la meseta p’urhépecha, así como una invitación a preguntarnos por una serie de costumbres, formas de habitar y vivir el mundo que ya sólo existen en las fotografías. En muchos pueblos hay danzas y rituales que han sobrevivido al paso del tiempo, pero también han incorporado elementos “modernos”. Una parte de sus indumentarias ha cambiado de materiales. Por ejemplo, en las danzas de las pastoras, las antiguas telas de paño oscuro han sido reemplazadas por encajes y telas bruselas, haciendo que las fotografías que en su momento tomaron de las danzas tradicionales Ruth D. Lechuga, Barthelémy o la propia Graciela Iturbide parezcan de otro “mundo”, uno que ya sólo habita en estas imágenes.

Graciela Iturbide estuvo varios días en Uruapan con motivo de la exposición en la antigua Fábrica de San Pedro. Recuerdo haber visto fotografías de ella visi-

tando Pátzcuaro y sus alrededores, así como otros pueblos de la meseta. En particular, recuerdo una fotografía de ella apuntando con su cámara Leica hacia las ruinas de San Juan Parangaricutiro: “Ahí estaba, frente al mar de lava que hace más de ochenta años destruyó dos pueblos”.

Iturbide nació en la Ciudad de México en mayo de 1942; en febrero del siguiente año, el volcán Parícutín destruía todo a su paso. Durante años, “ese imán enterrado”,¹ esa montaña de arena fina, oscura, rodeada de una piedra negra, filosa y, en algunas partes, aún humeante, fascinó y atrajo a escritores, artis-

1 Expresión de Adolfo Castañón.

tas y fotografías; todos hemos visto los dibujos y pinturas de Dr. Atl (Gerardo Murillo), quien registró de principio a fin el desarrollo del volcán y la erupción. También son conocidas las pinturas y los dibujos de Alfredo Zalce y Raúl Anguiano.

El repertorio es inmenso y fascinante. Además de las fotografías y videos tomados por los ingenieros de la Escuela de Minería, están los registros del ya mencionado Juan Rulfo y de un joven Armando Salas Portugal. Por las veredas que conducen al pueblo enterrado también han pasado José Revueltas, J. M. G. Le Clézio, Ricardo Razetti, Mariana Yampolsky y, por supuesto, el maestro de Graciela Iturbide: Manuel Álvarez Bravo.

Ocumicho es un pueblo alfarero ubicado en el corazón de la meseta p'urhépecha. Cuando, a mediados de los años cuarenta, Robert West llegó a ese lugar, enviado por el Instituto Nacional Indigenista, se encontró a los habitantes dedicados al curtido de pieles.² Algunos antropólogos han sostenido que el origen de su nombre tiene que ver precisamente con esto: *kumati*.³ Pero también hay registros de que desde el siglo XVII había en el pueblo artesanos dedicados al barro; hacían pequeñas figuras, principalmente de animales, para venderlas en las fiestas de San Lucas, en Zacán, o en las de San Antonio, en Charapan. Sin embargo, la principal actividad de los pobladores era el negocio de la curtición de cuero.

Prácticamente dos décadas después de la llegada de West, una pieza de alfarería co-

menzó a llamar la atención de los *t'urisí* (los no p'urhépecha). Fue en Pátzcuaro, en un tianquis artesanal, donde en medio de figuras fantásticas de barro, una pieza llamó particularmente la atención; ahí estaba, imponente, pícaro, colorido, arrogante: era Japingua.⁴ Los primeros en adquirir estas piezas les llamaron “diablitos de Ocumicho”.

La comercialización y difusión de estas figuras colocó al pueblo bajo la mira de coleccionistas, ceramistas y antropólogos, que pronto llegarían en busca de ellas. A partir de los años setenta, los diablitos de Ocumicho comenzaron a ocupar no sólo los estantes del FONART sino también las colecciones de Estados Unidos y Europa. En esos años inician también los trabajos académicos que intentan rastrear sus orígenes. La mayoría de éstos adjudican la invención de los diablitos al joven artesano Marcelino Vicente, otros sostienen que, en realidad, las alfareras del pueblo ya trabajaban de antaño en la creación de japinguas, pues como el diablo es uno de los protagonistas de la danza de la pastorela, no podía faltar representado en barro.⁵ Al parecer, lo que realmente hizo Marcelino Vicente fue mostrársela al mundo: “Aquí está nuestra Japingua”.

Una década antes de que Graciela Iturbide viera de cerca la danza pastoral de Ocumicho, Ruth D. Lechuga ya había fotografiado a los artesanos y protagonistas de las fiestas tradi-

2 Cf. Robert Cooper West, *Geografía cultural de la moderna área tarasca*, trad. Luis Lorenzo Esparza, COLMICH, México, 2013.

3 Cécile Gouy-Gilbert, *Ocumicho y Patamban. Dos maneras de ser artesano*, Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, México, 1987, p. 17.

4 La Japingua es, junto con la Miringua, un espectro del folclor p'urhépecha. Se le suele relacionar con el diablo, pero no cualquier diablo, sino “aquel que da fortuna”.

5 Susana Padilla, “La influencia de Vasco de Quiroga en las artesanías del estado de Michoacán”, *Investigaciones geográficas*, UNAM, México, 1970, vol. III, p. 70.

Los diablos incluidos en esa otra toma de *Virgen niña* no están ahí por casualidad; hasta cierto punto, pareciera que su presencia reclama el escenario: el pueblo entero, la región es suya. Pero no son, en sentido estricto, diablos de la tradición católica occidental, sino que encarnan orgullosos las reminiscencias de nuestra otrora Japingua, un espíritu o espectro del folclor p'urhépecha del que prácticamente nada sabemos.

cionales. De la pastorela de principios de los años setenta hizo registros de ángeles, vírgenes, diablitos y ermitaños; entre estos últimos destaca *Ermitaño de pastorela* (1973). En esta foto se puede ver a un joven ermitaño sentado en un poste de luz, rodeado de un montón de piedras, y de fondo una casa de adobe y tejas viejas. La neblina y el escenario oscuro confirman la tesis de Roger Bartra: “la provincia mexicana es melancólica”.

Me llamó la atención esa fotografía tomada por la antropóloga porque una década después, el mismo personaje, el ermitaño, ya encarnado por otro niño, posará para la lente de Graciela Iturbide. La indumentaria que portan los ermitaños en la mayoría de las pastorelas de la meseta p'urhépecha, la zona lacustre y los municipios de Tanaquillo, Cocucho, etc., incluye un capirote. Generalmente, son niños vestidos de mujer que portan una máscara que representa a un hombre blanco, casi rosado, con barba y pelo negro. La fotografía de Iturbide muestra un elemento particular: el joven de la foto lleva dos máscaras, una de luchador, y otra, la tradicional, de ermitaño, volteada del lado derecho de su cara. Dos máscaras, dos rostros.

El título elegido por Graciela Iturbide transporta a esta figura del mundo de los rituales indígenas al mundo ficcional del arte. La creadora le puso *Jano*, como el dios romano Janus, el de los dos rostros. Las dos caras, orientadas hacia polos opuestos, representan el inicio y el fin. De su nombre se deriva también enero (*gennaio*). Dicen que su templo en Roma era uno de los más visitados y que sus puertas se cerraban en épocas de paz.⁶

En Ocumicho, el personaje forma parte de la representación pastoral de fin de año. Baila junto a las llamadas “japinguas”, mientras éstas intentan desviar a los peregrinos. La fotografía de Graciela Iturbide reúne dos elementos paganos, Jano y los acompañantes de Japingua mezclados en una fiesta que emerge de la tradición católica: la pastorela.

La segunda fotografía, *Virgen niña*, forma parte también de esa celebración. Entre

los “contactos” de ésta, que aparecen reproducidos en el libro *Imágenes del espíritu* (1996), hay uno en el que vemos a la virgen niña sola en medio de una especie de halo de madera. Mira hacia el horizonte: claramente está posando para la fotógrafa. En otra aparece junto al ermitaño y dos diablitos. Por la vestimenta, sobre todo por el capirote blanco, sabemos que no es el mismo niño que aparece en la fotografía *Jano*. Es otro y porta la típica máscara del ermitaño. Todos están posando para Iturbide. Parece una composición bien estructurada que, a la vez, hubiera emergido de algún sueño.

Los diablos incluidos en esa otra toma de *Virgen niña* no están ahí por casualidad; hasta cierto punto, pareciera que su presencia reclama el escenario: el pueblo entero, la región es suya. Pero no son, en sentido estricto, diablos de la tradición católica occidental, sino que encarnan orgullosos las reminiscencias de nuestra otrora Japingua, un espíritu o espectro del folclor p'urhépecha del que prácticamente nada sabemos.

A diferencia de aquellas fotografías que Graciela Iturbide considera “obsequios” del instante, como *Mujer ángel* (1979), en la que vemos a “una seri que camina en el desierto con una grabadora en mano” (y que la fotógrafa constantemente repite que no recuerda “cuándo la tomó hasta que revisó los contactos”), en las tres fotografías tomadas en Ocumicho sus protagonistas posan, son cómplices de la cámara. En sus miradas se puede percibir la inquietud que provoca la lente, pero también pareciera que se saben “parte de otro mundo, el de los rituales”, como si estuvieran convencidos de que pertenecen ya a “lo mítico terrenal”. **RM**

6 Cf. Ronald Syme, “Problems about Janus”, *The American Journal of Philology*, Baltimore, 1979, vol. 100, núm. 1, p. 189.



Virgen niña, Ocumicho, Michoacán, 1981.



CRÍTICA

PP. 140-143 ELISA DÍAZ CASTELO

PP. 144-147 XÓCHITL TAVERA

PP. 148-150 EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN

PP. 151-155 JUAN PABLO MIRANDA

(138–155)

La geometría del grito

ELISA DÍAZ CASTELO



Zaría Abreu Flores,
Sólo sabemos aullar,
TS Ediciones, 2022.

*Basta un grito
—y ocurre otra geometría*
EUGÈNE GUILLEVIC

¿Dónde empieza el aullido? En el principio fue Allen Ginsberg, su generación perdida. O quizá no. Quizá el aullido empezó antes, en la música que Ginsberg escuchaba, aquella canción que le cantó un amigo mientras caminaban juntos una noche. En el principio, entonces, fue Hank Williams, aullándole a la luna, persiguiendo conejos. Puede ser. Los principios son difíciles, difusos, pero conocemos dos hechos en torno a *Aullido*: que fue publicado en una fecha concreta, el primero de octubre de 1956, y que cambió para siempre el rumbo de la poesía de su país. Sus hípsters con cabezas de ángeles ardiendo atravesaron en metro las fronteras inestables de su país y llegaron hasta nosotros, hablando con mil lenguas, entre ellas el español.

El aullido, desde entonces, significa arrojo, impulso, rabia. Tiene poco que ver con el fenómeno real que denota —el lenguaje de los lobos, su quejido cifrado— y, más bien, evoca una energía verbal peculiar, una temperatura de la palabra. En *Aullido*, el lenguaje colinda con el grito, es una casa en llamas que no podemos atravesar sin quemarnos. Ginsberg atribuyó la escritura del poema a una visión desencadenada por consumir peyote, lo cual lo ubica dentro de la sospechosa tradición inglesa de poesía supuestamente inducida por

estupefacientes, como sucede con *Kubla Khan* (1816), de Samuel Taylor Coleridge. Se trata de un mito que los propios autores difunden y que, en el caso del *beatnik*, subraya el vínculo del aullido con una impulsividad en apariencia animal que suprime el pensamiento lógico.

En el principio fue Ginsberg, sus serafines disolutos, sus gritos de aguarrás, su medianoche de engranajes oxidados. Pero un aullido es sólo un grito si no obtiene respuesta. En México, le responde Max Rojas. *El turno del aullante* (1983) habla de un duelo rabioso, de una obsesión que envenena la palabra, obligándola a una repetición insana, oracular. Rojas se arma de las herramientas discursivas de la poesía lírica, educada y cerebral para, de hecho, desmontarlas. Las manosea, las descompone, las usa para hablarnos no desde la mente, sino desde la entraña.

Ahora, desde otro lugar y una serie de circunstancias muy distintas, Zaría Abreu Flores responde a esa genealogía de aullidos con el propio. *Sólo sabemos aullar* comparte con sus predecesores una rabia tornadiza e indómita. Además, tiene con Rojas una serie de vasos comunicantes. En un primer momento, las circunstancias de vida de ambos poetas y las consignas compositivas de sus libros parecieran casi antitéticas. Sin embargo, es interesante que sea justo un autor que escribió desde un margen concreto, geográfico, el que da el turno, presta el aullido, a una poeta que escribe también desde el margen, pero desde otro o desde otros. *Sólo sabemos aullar* se enuncia desde fronteras más abstractas pero no por ello dóciles: la de la enfermedad, la de la neurodivergencia, la del género.

Por eso la tesitura de Abreu Flores es tan distinta: proviene de otro lugar y tiene una finalidad diferente a la de la poesía bien peinada. Se rebela contra el lenguaje templado, perfeccionado, del esteta. Ese tono no le sirve. Sus palabras son otras. Sus poemas apuestan por lo brutal, lo directo, incluso lo procaz. No tiene miedo a insertar dentro del libro las mal llamadas “malas palabras”. No le importa. ¿Qué le va a importar? Ella echa mano de lo que el lenguaje pueda ofrecer para expresar furia e indignación.

La palabra “leperada” siempre me ha parecido encantadora. Algo en su pronunciación reproduce el deleite de una grosería bien dicha en el momento justo. La palabra escalda la lengua. Brilla, como brillan las groserías cuando las usamos bien. Según mis pesquisas cibernéticas, “lépero” proviene de “lepero”, oriundo de Lepe, un villorrio en Huelva, cuyos habitantes eran considerados, cito, “asutos y perspicaces”. Esas dos palabras describen perfectamente la inteligencia peculiar de Abreu Flores. Sus poemas utilizan un ingenio desfachatado y agudo, una inteligencia burlona y un humor mordaz.

Sobre la RAE

De pronto me doy cuenta
que desde hace un chingo escribo
con los pies recargados en la Sección

Amarilla
(soy chaparra).
Luego pienso que qué alivio
que no están sobre
el diccionario de la real academia



Gonzalo García, *La pintura también es un canto I*, 2025, de la exposición homónima. Todas las imágenes son cortesía de CAM Galería.

española de la lengua
—sobre ése nada más descanso el culo—.

Sin embargo, según otro diccionario en línea (¿quizá subsidiario de la RAE?), la palabra “lépero” deriva de “lepra”. Me detengo en seco. Este posible origen etimológico parecería sugerir que quien habla con groserías utiliza un lenguaje enfermo. Lo pienso un poco más y hasta me gusta. Para escribir poesía hay, quizá, que enfermar al lenguaje; darle cuerpo de otro modo y reconocer, más bien, que todo lenguaje está enfermo y la cura es el veneno mismo, ceder ante su contagio para resistirse a él desde adentro. ¿Qué mejor que un idioma enfermo para hablar del malestar del cuerpo y de una sociedad enfermiza? El lenguaje tiene que ser peligroso, me digo, tiene que contagiarnos el dolor ajeno, tiene que dolernos. Y el de Abreu Flores hace justo eso:

YO me desfiguro / me traspaso / me hie-
ro me tropiezo // yo me desencanto /
me suicido me asesino / me desahucio
// soy la grieta / la fisura / el terremoto
// yo me estoy lloviendo encima // yo
me arrastro en la corriente de mí misma
y me atravieso conmigo y me destazo //
yo me estoy mutilando // me levanto en
la mañana / me preparo el café / le pon-
go tres gotas de cianuro // yo soy puro
abismo / puros huesos quebrándose bajo
el peso de mí misma //

En estos versos es evidente la herencia rítmica de Ginsberg y de Rojas, ese aullido contagioso que se extiende, se transforma, sigue sin detenerse. El dolor físico, aquí, se cifra en el uso crónico del reflexivo. Este poema está enfermo de reflexivo. Abreu utiliza esa partícula peculiar de nuestra lengua como un arma doméstica, una hojilla filosa con la que inflige pequeños cortes paralelos, similares a las diagonales que dividen los versos, en la piel del lenguaje.

Sus palabras, crudas, son más cercanas al grito que a la música. Pero, al ser emitidas, revelan —como el aullido— una melodía a contrapelo. Conservan otra sonoridad, distinta a la del lenguaje “literario”. Custodian un poder. Y, por tanto, se acercan a las plega-

rias, a los hechizos. Ésa es la musicalidad en la que confía este libro. La de la magia privada de la palabra que arde sobre la lengua.

Es pertinente ahondar un poco más en uno de esos espacios marginales desde los cuales escribe Abreu Flores. En el trasfondo de buena parte de estos poemas, mora un protagonista silencioso, una enfermedad cuya causa y mecanismos de acción no se entienden del todo y que, por ello, suele ser desestimada por los médicos. Se le conocía como “fatiga crónica”, aunque hoy en día se prefiere el uso del término “encefalomielitis miálgica”, y sus síntomas principales, además de un agotamiento persistente que no cede con el descanso, suelen incluir dolor articular, cefalea, problemas cognitivos y síntomas persistentes de gripa, entre muchos otros. Dentro de las dificultades que enfrentan quienes padecen esta condición, el aislamiento progresivo es notorio. Muchas de estas personas llevan años sin salir de casa y han perdido a su comunidad. Les quedan, si tienen suerte, las redes virtuales, pero incluso en eso la enfermedad merma y limita su capacidad de establecer víncu-

los y abogar en su propia defensa. Pueden pasar años sin salir de su habitación. Las barras, en el poema anteriormente citado, también se yerguen como muros, creando pequeñas habitaciones cerradas. Esta condición explica, al menos parcialmente, el enojo y el aislamiento que signan los poemas de este libro. En “Mientras dure la caída”, la soledad orilla a la autora a intentar una comunicación desesperada que se enuncia sólo hipotéticamente:

Quiero decirle que me duele respirar,
que los bronquios se me
están reventando. Que mi sepulturero
me está traicionando. Que
las horas extras, que el tic-tac de los
relojes.

Quiero decirle que este día no debería
existir —y sin embargo,
existe. Que me cambie las tres chelas
por arsénico. Quiero decirle
que yo no soy yo, que no estoy parada
frente a él, que los latidos
de mi músculo cardíaco son una farsa.



*El desfile del salvaje
hacia un futuro, 2025.*



La danza de las fieras, 2025.

La soledad absoluta del padecimiento físico se gesta al centro de estos poemas. Como una estrella oscura, su peso deforma el espacio de la palabra. Ya nos lo advirtió Rosario Castellanos: “Y la ración de la esperanza es poca y el dolor no se puede compartir”.

Sólo sabemos aullar podría haberse quedado en eso: un grito sin respuesta, una soledad incandescente. Pero su autora no se deja quebrar por la deuda intransferible del dolor. Enfrentada al grito, elige ser aullido. Porque un aullido no es quejido ciego; es grito geométrico, coro de soledades. Pensarlo como el sonido animal por antonomasia y utilizarlo para hablar de una potencia lírica guiada por un impulso en apariencia alejado de lo racional peca de una burda simplificación. Las características que solemos vincular con él, esa fuerza bruta, esa suspensión de la mente lógica, en realidad hablan más de nosotros y nuestras fantasías de lo animal que de su verdadera naturaleza. A diferencia del grito, el aullido no es asémico. Los lobos aúllan para averiguar dónde está su jauría, para advertir a su manada de una posible invasión de su territorio, para expresar alegría o tristeza o para arengar a sus compañeros antes de salir de caza. El aullido significa, se emite para establecer contacto, para intercambiar información. Es un grito que también es lenguaje.

Esto queda muy claro en el trabajo de Abreu Flores. Su poesía es un lamento y una conversación y es, también, una arenga. En él, la rabia no se queda en eso. Muta y se trans-

forma, busca deconstruir la endeble arquitectura del grito y hacer del dolor una casa. Existe en varios momentos de este libro la búsqueda de una comunidad y el deseo de hablar desde un grupo, fragmentado, diseminado, de personas aisladas:

Yo escribo para no morirme,
no para que me aplauda el séquito
de poetas interestelares
dizque aullantes, circenses de la poesía.
Yo escribo para que otras no se mueran
o para morirme con ellas si así lo
quieren ellas.
Yo escribo para agonizar a su lado,
para escuchar su muerte y abrazarlas.
(Porque a ellas, a las que se están
muriendo siempre,
sí sé escribirles poemas de amor, como
éste.)

Los poemas de Abreu Flores son cajas de resonancia que sirven para escuchar no sólo la muerte, la propia y la de otras, sino también el coraje, la indignación y el amor. No teme enfermar al lenguaje para volverlo aullido, para que reviva, vuelva a adquirir su filo y nos lastime, nos sacuda y nos haga sangrar. *Sólo sabemos aullar* nos orilla a la indignación, pero también restablece una confianza en el potencial del lenguaje. Sus palabras, vivas, crean comunidad, vuelven visible el padecimiento y lo atraviesan para llegar al gozo. \mathcal{M}

La resistencia femenina como una cuesta interminable

XÓCHITL TAVERA



Enchi Fumiko, *Los años de espera* (*Onnazaka*), trad. de Matías Chiappe Ippolito, Chai Editora, Buenos Aires, Argentina, 2025.

¿Tienen los metales golpeados o la cerámica cuarteada algún rastro de belleza? En su ensayo *El elogio de la sombra*, Tanizaki Junichirō describe la oposición entre lo que se considera estético en dos grandes culturas: en el Occidente, afirma, lo llamativo se encuentra en el brillo, en pulir las cosas hasta obtener su versión más reluciente y vistosa; por el contrario, en el Oriente, las marcas del desgaste en la superficie de los objetos, al evidenciar el paso del tiempo, les añaden un cariz agradable y placentero.

Es cierto que, de este lado del mundo, asociar la belleza con lo dañado no es un ejercicio habitual. Más que reconocer en las cosas la cualidad que exprese su historia, buscamos sustituirlas de inmediato, en lugar de remendarlas. Abogamos por lo impecable y rechazamos lo deteriorado; lo hacemos con los efectos de uso cotidiano e incluso con los cuerpos, particularmente con los que les pertenecen a las mujeres, en los que cualquier seña de consumición física o emocional se les reclama.

En su novela *Los años de espera*, Enchi Fumiko convierte esta erosión femenina en material narrativo y consigue sublimarla. La protagonista de la historia, Tomo, esposa de Shirakawa Yukitomo, un alto funcionario de gobierno, habita un cuerpo ceñido a la subordinación silenciosa del orden patriarcal en el Japón de la era Meiji, en la que el resplandor de la modernidad y el progreso masculino en-

candila, mientras algunas mujeres tejen la resistencia entre las sombras: “siempre severa consigo misma, había elegido ser sumamente cuidadosa con las tareas de la casa y respetar a su esposo y su hogar”.¹

Desde el título del libro podemos adivinar la dicotomía que se develará: el original *Onnazaka* (女坂) se interpreta como “la cuesta de las mujeres”. Aunque el término alude a la vereda dispuesta en ciertos templos japoneses para el acceso de las mujeres, y que es distinta de la que corresponde a los hombres, en esta obra de Enchi el significado apela más a las características asignadas a cada género y a la división social que primaba en el país durante aquella época: ellos ocupaban la esfera pública; ellas quedaban recluidas en la esfera doméstica.

Publicada originalmente en 1957 e inspirada en la vida de su abuela, la historia parte de un hecho que anuncia la cumbre de la subyugación marital: Yukitomo le encomienda a su esposa la tarea de conseguir una concubina para él. Ella asume el compromiso y emprende un viaje en búsqueda de una joven dulce y maleable que pueda desempeñar esa labor. Tomo sabe que ése es su deber y nunca actúa de forma maliciosa, todo lo contrario: mortificada, no borra de su pensamiento que ahora será ella la responsable del destino de una mujer, al tiempo que acepta con resignación que ha cambiado su estatus al interior de su matrimonio.

La familia Shirakawa, compuesta además por una hija menor, Etsuko, y Michimasa, el primogénito que permanece alejado de sus padres la mayor parte del tiempo y cuya personalidad consideran como un error de crianza, adquiere otra dinámica al sumar a Suga como primera concubina. Delicada e inocente, esta nueva integrante despierta los deseos de Yukitomo y lo aleja definitivamente del lecho matrimonial. Cada vez más apartada sexual y emocionalmente de su marido, Tomo decide entonces gestionar las relaciones que derivan de esta organización doméstica y colocarse al frente de la administración de su casa.

1 Enchi F., *Los años de espera*, Chai Editora, Buenos Aires, 2025, p. 17.

Algunos años después, la llegada de Yumi, la segunda concubina, consolida el rol de Tomo como mediadora del mundo privado que habita. A diferencia de Suga, cuya fragilidad despertaba la compasión de la protagonista, Yumi encarna una amenaza más directa: es ambiciosa, inteligente y no está dispuesta a ocupar un lugar discreto. En lugar de confrontarla, Tomo decide integrarla, controlarla e incluso protegerla una vez que Yukitomo se ha cansado de ella, ofreciéndole un matrimonio por conveniencia con su sobrino para asegurarle un destino tranquilo. Enchi no romantiza esta domesticación de los vínculos femeninos, en cambio, sugiere que, en ese margen de acción, se abre espacio para una agencia que no niega la opresión, pero sí la negocia. Así, Yumi no sólo tensa los hilos íntimos, también expone aún más la destreza con la que Tomo mantiene unido un sistema que intenta excluirla, pero del que nunca desaparece.



Recipiente para té [reparado con *kintsugi*], siglo XVII. Asian Art Museum, Smithsonian Institution ©.

En un salto temporal, la aparición de Miya, la esposa del hijo mayor, introduce una nueva forma de hostilidad. Atractiva y calculadora, aparenta al principio tener una cara amable que pronto se revela condescendiente y desdeñosa. Desprecia a quienes considera inferiores, incluida Tomo. Lejos de ofrecer empatía, administra sus humillaciones con precisión. La estocada final es la relación sentimental que establece con su propio suegro, a la vista de todos menos de su desinteresado marido. Yukitomo, por entonces un hombre ya mayor, se obsesiona con Miya y permanece siempre a su lado, incluso cuando ella enferma de gravedad. Tomo, desde luego, obser-

va y contiene su rabia y su desagrado porque sabe que “para Yukitomo, todas las mujeres son hembras iguales. Y al pensarlo así, Miya es sólo una hembra”.²

Resulta natural que si una novela dota a los personajes femeninos de una vida que gira en torno a una figura masculina, nos predispongamos a señalarlas como sumisas e infravaloradas. Sin embargo, al cambiar el punto de vista y encontrar en Tomo a una mujer que elige tomar las riendas de su doloroso destino, al sostener y regular la dinámica de su hogar, abrimos paso a la comprensión de otra forma de resistencia que, si bien es velada, no pierde su fuerza.

Marta Ibáñez Ibáñez, especialista en escritura femenina del Japón del siglo XX, en su artículo “Obligación, miedo y dependencia: la psicología de los personajes de Enchi Fumiko frente a la sociedad patriarcal”, reconoce que, en la construcción de estas y otras protagonistas que forman parte de la narrativa de la autora, el cuestionamiento al patriarcado inicia a partir de una reflexión que las orilla a cuestionar los valores tradicionales, sin que ello implique que los abandonen: “no huyen del hogar ni del marido por su posición de vulnerabilidad, sino que mantienen una relación superficial como una forma de salvaguarda social”.³

Desde esta lectura, la entereza con la que se conduce Tomo se evidencia en la rutina y en los vínculos que establece con otras mujeres, así como en su manera de proteger su integridad al alejarse silenciosamente de su marido, por quien poco a poco crece su repudio: “¿Cómo convencerse de que esa vida era la que el sentido común designaba correcta? ¿Cómo respetar y amar a un esposo tan inmoral y egoísta que, durante todos esos, años no había valorado su pasión ardiente y devota más que como la mera fidelidad de un sirviente?”.⁴

Otro de los aciertos de este libro está en el uso que Enchi hace del monólogo interior de Tomo: “La hija de una madre así no debe tener grandes defectos [...] Esta muchacha se-

2 *Ibid.*, p. 113.

3 Eva Moreno Lago (ed.), *La fisura de la historia: intelectuales, artistas y científicas*, Editorial Comares, Albolote, España, 2021, p. 202.

4 Enchi F., *op. cit.*, p. 57.



Suzuki Harunobu, "La novia cambiándose de ropa", de la serie *Matrimonio en brocados, los preparativos de la mujer virtuosa*, ca. 1769. The Art Institute of Chicago ©.

guro posee una honestidad tal [...] que si viene conmigo a Fukushima, yo podría enseñarle lo que sea".⁵ Aunque este recurso sólo aparece en momentos puntuales, a través de él la autora permite que la protagonista articule una voz que, si bien no es capaz de desbordarse en público, dentro de su mente se atreve a cuestionar y juzgar aquello que la rodea. En la calma aparente con la que conduce sus acciones, Tomo rumia su inconformidad y registra los agravios, al tiempo que entreteje una ética personal que la distancia del yugo de las normas sociales que ha heredado. Su pensamiento es un campo de batalla discreto, una suerte de habitación propia en la que sus deseos, su resentimiento y su profunda inteligencia pueden manifestarse sin ningún tipo de culpa o censura. Debido a que la protagonista elige no rebelarse de manera pública, la autora convierte el silencio en una estrategia y a la introspección femenina, en un acto político.

En este espacio personal, al que logramos acceder en la novela, Tomo acumula de a poco la historia de su sometimiento y cultiva

el germen de su insubordinación. Sin embargo, conforme el relato avanza, el mundo externo empieza a filtrarse en su cuerpo. Su vejez no sólo es biológica, también es el punto de quiebre de un organismo que ha sido el cimiento para que nada de lo que hay fuera de él se derrumbe. Casi sin darnos cuenta, Tomo desarrolla una enfermedad, producto del acopio de sus silencios, pero Enchi no la deja consumirse en la amargura: en ese momento, el de mayor vulnerabilidad, Tomo se vuelca hacia una espiritualidad sobria en la que el desapego y la introspección se muestran como una forma de libertad tardía.

La protagonista regresa a su nido, a las primeras enseñanzas religiosas que su madre intentó inculcarle y que en el pasado rechazó con vehemencia. Así como antes gestionaba su casa, ahora administra su salida del mundo con la reserva que la caracteriza: sin escándalos ni arrebatos. El filósofo alemán Karl Löwith, exiliado en Japón a causa del nazismo, explica en su obra *El hombre en el centro de la historia* que: "El fuerte olor de la rosa significa para el japonés vulgar impertinencia y un apego indecente a la vida; la rosa 'se

5 *Ibid.*, p. 29.

pudre desvergonzadamente en su rama', mientras que la flor tierna y silvestre del cerezo (símbolo del espíritu japonés) es noble y hermosa porque no se aferra a la vida".⁶ Como la flor del cerezo, Tomo se prepara para caer con dignidad y ligereza después de haber sostenido el peso entero de su historia y la de su familia.

La escena en que ella intenta subir la cuesta de su residencia y no puede continuar por la falta de aire condensa con sutileza este colapso físico y simbólico. El cuerpo, que durante décadas contuvo tanto el deseo como el rencor, finalmente cede. La pendiente materializa un límite que ya no necesita cruzar. No se trata de un gesto grandilocuente, pero es la evidencia de una eminente clausura: "Al final del túnel siempre hay un mundo de luz esperándonos... Si no, nada tendría sentido... No te desespere, tienes que seguir caminando. Si no subes, si no continúas subiendo, nunca llegarás a la cima de la pendiente..."⁷

A lo largo de la novela, Tomo se reconstruye infinitas veces como la regenta del hogar Shirakawa, al igual que una vasija rota reparada con la antigua técnica del *kintsugi*, en la que las fracturas, en lugar de disimularse, se resaltan con oro para honrar el trayecto del objeto, como si sus heridas fueran parte esencial de su belleza. Así también, Tomo exhibe su decrepitud no como una derrota, sino como el acto final de la obra que montó con templanza. Enchi cierra su relato sin concederle a su protagonista una redención exhibicionis-

ta o una emancipación ilusoria, pero le otorga el dominio, como en todo lo que hizo, de su propia despedida. No hay justicia restaurativa, sino un pacto final entre ella y su existencia: "La muerte, ya a pocos pasos, había liberado a Tomo".⁸

Con un ritmo pausado y una prosa minuciosa, la novela acompaña el desmoronamiento de su protagonista sin recurrir al dramatismo o a la exageración. Su intensidad sorda la convierte en una historia cercana a nosotros, pese a los años de distancia entre la época actual y el tiempo en que ocurren los hechos. Los conflictos hogareños son pequeños detonantes de una obra feroz, en la que cada gesto, por nimio que parezca, adquiere un peso narrativo que descubre los límites entre el deber y la resistencia femenina.

Esta nueva edición de *Los años de espera*, publicada por Chai Editora y traducida por Matías Chiappe Ippolito, ofrece a los lectores de lengua española una oportunidad imprescindible para conocer una de las voces literarias más agudas del Japón del siglo XX y para encontrar en sus páginas la belleza que sólo es posible hallar en las grietas y en las máculas. ∞

6 K. Lowith, *El hombre en el centro de la historia*, Herder, Barcelona, 1998, p. 125.

7 Enchi F., *op. cit.*, p. 205.



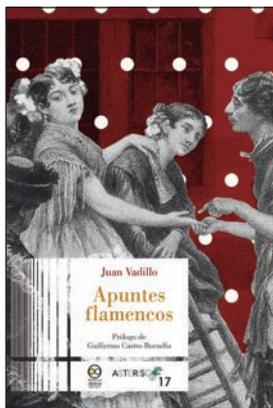
Plato con hojas de bambú [reparado con *kintsugi*], siglo XVIII. Metropolitan Museum of Art ©.

8 *Ibid.*, p. 214.

La autora y las editoras agradecen a Yukari Oi, profesora de japonés, por su asesoría, y a Montserrat Bravo Herrera por gestionar dicha ayuda.

Las artes mágicas del vuelo

EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN



Juan Vadillo, *Apuntes flamencos*, Bonilla Artigas Editores, Ciudad de México, 2025.

En este conjunto de ensayos, el músico, poeta y académico universitario Juan Vadillo (México, 1970) se adentra en la naturaleza del arte flamenco con el propósito de exponer los principios y procesos que intervienen en este complejo sistema creativo que incluye poesía, canto, música y danza. Como punto de partida, retoma la idea de José Bergamín según la cual el flamenco, junto con el toreo, forma parte de “las artes mágicas del vuelo”. El autor mexicano se apropia de esta tan evocativa como precisa definición porque gracias a ella es posible establecer de principio la relación de esta experiencia estética con los saberes místicos de la hechicería.

Si para Bergamín todas estas artes asumen los riesgos de la intuición y la improvisación, no solamente como la exposición de las habilidades técnicas del “intérprete” virtuoso, sino como el abandono de la senda conocida, segura y confortable, con el propósito deliberado de perderse, es porque cree que únicamente el que tiene el valor de extraviarse podrá, quizá, encontrarse. De allí que Vadillo considere el flamenco en su dimensión ritual y ceremonial, pero la presencia de la magia no es pretexto para cerrar los ojos a la evidencia, todo lo contrario: el investigador estudia el fenómeno con las herramientas de la lingüística, la crítica literaria y la teoría de la composición musical, y con esos mismos instrumentos ensaya una aproximación a los

múltiples procedimientos con que el flamenco se produce y reproduce.

Para Vadillo, como para la Biblia, el verso está en el origen; verso que se transfigura en canción, canción que se hace música, música que encarna en danza; verso, música y danza que son también ceremonia, fiesta y ritual con los que el ser humano se acerca a lo divino y la tribu se encuentra en comunión.

Quien busque una historia del flamenco no la encontrará en estos *Apuntes* —no se trata de otra *Memoria del flamenco*, como la que escribió el poeta Félix Grande—; lo que se propone Vadillo es desentrañar los pasos —y los pases— del mago, mediante los cuales hace posible que el ritual se cumpla y lo divino se presente. Para ello parte de la copla: género poético que se expresa bajo la forma de la brevedad y en el que caben la experiencia y la imaginación, la imagen y la metáfora, la parábola y la fábula. Una poética que se propone, además, reconocer la presencia de lo invisible en lo visible, de lo eterno en lo pasajero.

Vadillo nos recuerda que se trata de una forma de cantar —el cante, lo llaman, los flamencos— que, aún antes de ser verso, fue lamento, quejumbre, *quejío*, pero que, gracias a los procedimientos mágicos del artista y el mago, se convierte en revelación, ventana al misterio; sus remates de lúcida desesperación expresan verdades luminosas que se esfuman en el silencio que les sucede. Se trata de una forma de cantar que se desdobra más allá de su estructura fonética y gracias a las melismas, vocales sostenidas y extendidas que serpentean alargadas entre distintas notas colindantes hasta quebrarse y morir en el mar del silencio —“que es el morir”, tal como describe Jorge Manrique—. Pero antes de perderse para siempre “donde habita el olvido”, nos devuelve la novedad del origen, nos permite asomarnos al asombro del espíritu y sus infinitos misterios.

De la copla y su poética de la brevedad, nuestro autor pasa a sumergirse en la guitarra flamenca, en la que reconoce la simetría antitética de las cuerdas de carne —antaño de tripa, hoy de nailon— y las cuerdas de metal. Las primeras, agudas, vibran con la vida, trinan como el canto del jilguero, mientras que las graves resuenan con las campanas a muerto,

como lo dice este verso de Manuel Machado que cita con fortuna Juan: “La prima que canta y el bordón que llora”. Esta división dicotómica le sirve al ensayista para representar no solamente el diálogo entre agudos y graves, sino para referirse a la presencia que en el arte flamenco tienen la vida y la muerte, la alegría y la pena: circunstancias y sentimientos que no se manifiestan como contrarios sujetos a la lógica dialéctica, sino que resultan complementarios, extensión de lo uno en lo otro; así, la pena se canta “por alegrías”, el placer estalla en un grito de dolor, la vida deviene en muerte y del instante brota la eternidad. Refiriéndose a la guitarra de Paco de Lucía, escribe Juan: “La guitarra, cuando encuentra al duende, nos bautiza entre dos aguas: el agua con su simbolismo vital, pero también el agua oscura con su valencia de muerte”.



Francisco Díaz Carreño, *¿Y a mí qué?... (Tipo de maja del siglo pasado)*, 1884. Museo Nacional del Prado ©.

El autor mismo sabe tocar con mucho sentido del arte la guitarra flamenca, por lo que estas reflexiones sobre el cante y el toque están cargadas de la experiencia del músico, de manera que en este libro la dimensión académica de la investigación y el ejercicio intelectual están alimentados por la experiencia creativa. Vadillo, como cualquier académico,

se basa en una bibliografía precisa y en el análisis comparativo de diversas fuentes, pero también —y esto le da una profundidad inesperada— en la relación del cuerpo con el instrumento; los conocimientos adquiridos y expresados en estas páginas han pasado tanto por la lectura como por los dedos del guitarrista que puntea y pisa las cuerdas, así como por su oído, donde las notas se persiguen desgranadas por las uñas.

Los textos de *Apuntes flamencos* fueron escritos para su publicación periódica, a modo de colaboraciones, por lo que cada uno conserva autonomía y se sostiene en sí mismo, aunque reunidos construyen un relato que va del dolor a la palabra, de la palabra al cante, del cante a la guitarra, del zapateo que cala en la madera al vuelo del bailao o la bailaora sobre el agua invisible de la música: de la madera percutida del tablao —versión andaluza de nuestros bailes de artesa— al vuelo de las manos, aves que se cortejan, contrapunto y castañetazo, en un *ay* que duele y un *ole* que celebra.

El relato que se entreteje se sumerge, con particular hondura, en la aparición del duende flamenco, presencia determinante sin la cual no se entiende la naturaleza chamánica del arte flamenco, pues revela la dimensión mágica de este último, en el que un espíritu interactúa realmente con nosotros. Y cita a García Lorca: “El duende hiere, y en la curación de esta herida, que no se cierra nunca, está lo insólito, lo inventado”. Vadillo complementa:

El arte enduendado es un arte herido.
[...] La llegada del duende representa un escape, el dolor se sublima brevemente, pero regresa, la emoción estética es fugaz y esto —paradójicamente— intensifica la belleza. Podemos hablar de una belleza herida. [...] En el instante en que por medio del arte el duende sucede, el individuo muere momentáneamente, para encontrarse con el olvido, con su memoria más remota.

En estos *Apuntes flamencos*, Juan Vadillo reflexiona también sobre la relación entre la tradición popular y la creación literaria, entre tradición y modernidad —temas que no son

exclusivos del flamenco, pero que forman parte de sus tensiones formales y creativas—; un arco que va de La Niña de los Peines a Camarón de la Isla y Enrique Morente; de la guitarra que acompaña con arte al cantaor a la “vuela libre”, emancipada de su condición de acompañante en manos de Paco de Lucía; de la copla popular y anónima a las que escribieron los hermanos Machado, García Lorca o Rafael Alberti. También se propone nuestro autor interpretar los simbolismos poéticos del flamenco y su relación con la mística oriental y cristiana. Al respecto, comenta: “Resulta muy natural que el flamenco haga suya la poesía mística, porque el cantaor, en última instancia, busca que el alma se salga del cuerpo, en un ritual sagrado, para entrar en comunión con el duende, que bien podría ser un dios oscuro”.

En estos *Apuntes flamencos*, el músico y el académico, el lector de poesía y el melómano se fusionan en el ejercicio simultáneo de la reflexión crítica y la intuición poética. Se trata de ensayos que abordan a conciencia un fenómeno artístico que, a pesar de su origen étnico y territorial, ha traspasado las fronteras

del folclor para convertirse en una expresión del arte contemporáneo. Aunque Vadillo tiene, como tantos otros mexicanos, raíces que se remontan al exilio español republicano, es un escritor, músico y académico mexicano que se expresa sin complejos a través de la música flamenca como otros lo hacen con sones o chilenas, *blues*, *jazz* o *rock*.

Como los grandes ensayistas y poetas que cita —José Bergamín, Luis Rosales, María Zambrano o Luis Rius—, Vadillo observa el universo del arte a través de los lentes de la crítica, y con verdadera honestidad intelectual nos comparte sus reflexiones, pero no pretende nunca colocarse por encima del misterio, porque no se está hablando de ilusionismo sino de magia; si reconoce la existencia del duende en el campus académico del ensayo, es porque sabe que éste se mueve en otro plano, en una realidad distinta, y su presencia requiere de “rasgar el velo de la razón, rasgar el aire”, por lo que no se sujeta jamás a nuestra voluntad, aunque se le puede convocar, sin garantías de que se presentará, a través de “las artes mágicas del vuelo”. ¶¶



Joaquín Araujo y Ruano, *Cantaor flamenco*, 1884. Museo Nacional del Prado ©.

Las huellas del árbol, la naturaleza en el cine de Andréi Tarkovski

JUAN PABLO MIRANDA



Cartel de la película *Solaris*, 1972.

Todos —árboles, seres humanos, insectos, aves y bacterias— somos pluralidades. La vida es una red encarnada.

DAVID G. HASKELL, *Las canciones de los árboles*

Desde la primera vez que vi una película de Andréi Tarkovski (1932-1986) no pude resistirme a su influjo y no salí indemne de ese acontecimiento. Asombrarme con *Stalker* (1979) a mis quince años fue definitorio. Advertí que mediante el cine podían expresarse sentipensares muy profundos, con historias como la del pintor religioso de la Rusia de los siglos XIV y XV, *Andréi Rubliov* (1966), sobre el *pathos* de aquella época; o la de *Solaris* (1972), una película de ciencia ficción, adaptación del libro homónimo de Stanislaw Lem; o el relato de *Stalker*, en el que una persona guía a otras hacia La Zona, un lugar prohibido y establecido tras una catástrofe ambiental y en donde los deseos se cumplen si crees plenamente en ellos: es una historia inspirada en la novela de los hermanos Arkadi y Boris Strugatski, *Picnic junto al camino*; o bien el canto desde el exilio a su Rusia querida y a la crisis social y ética de su contemporaneidad en *Nostalgia* (1983). También son memorables las narraciones de *El espejo* (1975), la más experimental y autobiográfica de sus obras; *Sacrificio* (1986), una película sobre el final de los tiempos en clave familiar y un homenaje bergmaniano; y *La infancia de Iván* (1962), un himno-treno en

contra de la guerra, elaborado bajo los cánones del cine moderno.

I

¿Y si estuviéramos más vinculados con los minerales, los hongos, las plantas, las bacterias de lo que creemos? Dejemos de pensarnos, de una vez por todas, como una especie separada, por encima de los demás seres sintientes, y veámonos como parte de un todo, esto es, de los ecosistemas que nos haya tocado habitar.

Las plantas se diferencian de los animales en que son organismos que no necesitan matar a otros organismos para vivir: las plantas surgen de la tierra, se alimentan de agua, luz, dióxido de carbono y un poco de nitrógeno [...]. La planta transforma la materia en vida para que, mediante la nutrición, pueda darse a otros seres vivos [...]. Genéticamente, somos un amasijo de virus y bacterias [...]. Piedras, plantas, animales, humanos: todos somos un solo cuerpo.¹

Tarkovski lo sabía en una época, la segunda mitad del siglo XX, tiempos de posguerra, en que no era habitual escuchar ni leer ideas como la citada en el mundo occidental. En los siete largometrajes y en uno de los dos medimetrajes que nos legó antes de morir a los 54 años de cáncer de pulmón, los componentes naturales, como el agua, el fuego, el viento, la tierra y la vegetación, aparecen reiteradamente; en particular, los árboles y los caballos. Este artículo busca, entonces, ubicarlos en su filmografía y con este propósito vi de nuevo sus películas, las cuales están disponibles en línea —incluidas las seis financiadas por Mosfilm (la productora estatal de la Unión Soviética).

Revisé primero su segundo medimetraje, *El violín y la aplanadora* (1961), el proyecto con el que se graduó de la Escuela de Cine VGIK (Instituto Estatal de Cinematogra-

1 “Emanuele Coccia: juntos toda una vida”, entrevista por Philippe Nassit, versión al español de Climate-rra, 13 de marzo de 2024; y cfr. Emanuele Coccia, *La vida de las plantas*, Gabriela Milone (trad.), Miño y Dávila, Buenos Aires, 2017.



Fotograma de la película *Solaris*, 1972.

fía Panruso). En éste identifiqué las primeras apariciones arbóreas: unas ramas sin hojas se reflejan en los espejos de un aparador que atiende la mirada curiosa del niño protagonista; las sombras de ciertos árboles se ven sobre el piso de madera de un salón en donde él toma clases de violín; y otro árbol sin hojas se refleja en un charco de agua al lado de la aplanadora. En esta película, la mayoría de las manifestaciones es indirecta, vemos las plantas siempre a través de algo, por ejemplo: mientras los restos de una manzana que están sobre una silla son iluminados por el sol de la tarde, tras los ventanales, se perfilan las copas de algunos árboles. Es una naturaleza muerta en forma, son paisajes interiores que Tarkovski se preciaba de elaborar y que advertimos desde *La infancia de Iván* y *Andréi Rubliov* hasta *Sacrificio*.

II

Un blanco y negro granuloso me abrasó en la primera parte de aquella película con la que descubrí al cineasta soviético. En *Stalker* es clara la relación entre los elementos de la naturaleza y los artefactos construidos por manos humanas. El agua y el aire, caso ilustrativo, se contaminaron por un cataclismo nuclear o por la caída de un meteorito —como sugiere uno de los personajes—; aunque nadie sabe la verdad de lo que propició La Zona, un espacio indeterminado en tiempo y lugar, pero presumiblemente postapocalíptico, en donde las flores no huelen. Es insondable lo que este lugar contiene, pues aquellos que entran no vuelven. Es significativo, por otra parte, que cuando los tres personajes principales llegan a La Zona, la imagen del filme cambia de blanco y negro a color: cuando se bajan del vehículo que los llevó por las vías del tren, el *stalker* se aleja y se acuesta sobre las hierbas altas, respirando dentro de su verdor oscuro brillante.

III

La ópera prima de Tarkovski, *La infancia de Iván*, abre con el rostro de un niño de diez u once años visto a través de una telaraña construida entre el tronco y las ramas de un pino joven, quizá tan joven como el protagonista, y con el trinar de un ave, un *leitmotiv* que escucharemos a lo largo de la pieza. La cámara sube para que veamos a Iván correr por el campo, seguir el vuelo de una mariposa y encontrar, finalmente, a su madre que le ofrece agua; canta otra ave. El último plano de *Sacrificio*, su última película, muestra a otro niño tumbado al pie de un árbol muerto; luego la cámara se eleva hasta capturar el mar desde las copas de los árboles. La imagen de un árbol con un niño podría sintetizar la filmografía de Tarkovski, pues son motivos que aparecen en todo su cine.

¿Por qué la figura del árbol está en todos sus filmes? Quizá porque, como refiere Mircea Eliade, en el árbol se articulan muchas interpretaciones alrededor de la idea de un cosmos vivo, en evolución permanente, en ascensión siempre. También porque simboliza la muerte y la regeneración, el carácter cíclico de la vida.² *Axis mundi*, el árbol representa asimismo, en muchas culturas, el eje del mundo: así como para los pueblos mesoamericanos esta visión la encarnan la ceiba, el mezquite o el cacao, para los pueblos eslavos y siberianos lo hacen el roble y el abedul respectivamente.

Esta última especie aparece frecuentemente en el cine de Tarkovski. En *La infancia*

2 Jean Chevalier y Alain Gheerbrant (ed.), *Diccionario de los símbolos*, Herder Barcelona, 1999, p. 118.



Cartel de la película *Stalker*, 1979.

de Iván, además de los árboles quemados, arrasados por los bombardeos, se observan unos en una magnífica secuencia nocturna en la que miembros del ejército soviético tratan de acceder, a través de un bosque entre pantanos, a territorio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. La sombra de los árboles se vislumbra por las bengalas lanzadas durante la maniobra.



Fotograma de la película *Stalker*, 1979.

En la misma película, un soldado corta a la oficial de enfermería en medio de un bosque de abedules. Ahí los árboles se explayan como símbolo de la potencia de la vida, que se impone al sinsentido y el dolor inenarrable de la guerra. Ese bosque, que se vuelve un remanso frente al estrépito del conflicto, no sólo es paisaje, “escenario de los sucesos”, sino también la energía vital de la tierra que imanta a los personajes. Como espectadores, advertimos a la especie humana empequeñecida por su absurda autodestrucción.

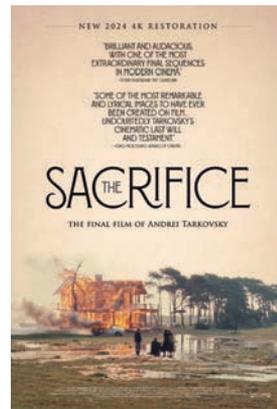
IV

En *Andréi Rubliov* se ven, desde los primeros minutos, unos árboles inundados, próximos a un cuerpo de agua. Luego de elevarse por los aires, en un globo improvisado, un personaje, un ícaro medieval, cae atraído por la gravedad; a continuación, vemos un plano de un caballo negro que se revuelca en la tierra, al lado de un río bordeado de árboles. Luego, durante la primera parte de la película, los tres viajeros se topan con un abedul y uno de ellos dice: “qué extraño que no lo hubiese notado antes y ahora sé que no lo volveré a ver”; otro comenta su belleza. En el cine de Tarkovski, por otra parte, no deja de verse el agua en sus diversas manifestaciones. En *Andréi Rubliov*, por ejemplo, el lodo es ubicuo, mezcla ubérrima de agua y tierra que, para mí, denota la

fertilidad del proceso creativo; el filme es una reflexión sobre la creación artística, sus avatares y desventuras.

Otra secuencia destacada de *Andréi Rubliov* es la conversación que mantienen el protagonista y su aprendiz sobre la noción de la mentira mientras caminan en la foresta. Después de un *travelling* horizontal que nos permite seguir a los personajes, la cámara llega a un tronco que cubre el rostro de Andréi. Luego sigue recorriendo curiosa, tranquila, acompasadamente el microcosmos del bosque veraniego. Vemos en detalle cada raíz, hilo de agua y brote vegetal o fúngico. Andréi observa una víbora inofensiva que se esfuma en el agua. Enseguida, vemos unas manos que juegan y exploran la tierra húmeda. La secuencia termina con los rostros de perfil de los dos personajes sobre las raíces expuestas de unos arbustos. Esta secuencia ha sido citada y recreada por cineastas posteriores.

A partir de su segundo largometraje, el director ruso consolida la naturaleza como un elemento decisivo de su discurso cinematográfico. En todos sus filmes ésta acompaña las acciones y los pensamientos de los personajes como una manifestación y un eco de sus estados de ánimo.



Cartel de la película *Sacrificio*, 1986.

V

Con la mirada puesta en la vegetación de un río, abre *Solaris*. Plantas que semejan anguilas verdes bailan en el agua. Luego aparece Kelvin, el personaje principal, observando el paisaje. La toma se abre y se le advierte en medio de un pastizal con flores blancas, entre una niebla matutina. CORTE A: se muestra, en primer

plano, un árbol muy viejo y de tronco grueso; Kelvin atraviesa, en segundo plano, el cuadro de izquierda a derecha. Después se deja empapar por un chubasco súbito. La cámara se detiene en una naturaleza muerta que parece extraída de algún bodegón neerlandés: se observan unas tazas de café, una manzana mordida, cerezas maduras, una jarra de porcelana... Así comienza la película de ciencia ficción de Tarkovski.



Fotograma de la película *Sacrificio*, 1986.

En su exploración del cine de género, Tarkovski lo subvierte. En lugar de ser un canto a la modernidad y a los “avances” de la tecnología, es más bien una película desencantada de la condición humana y de la ciencia, vuelta ésta un dios moderno por el capitalismo. Se evidencia una crítica a ese pensar-hacer dissociado del sentir y del creer; en algún momento, por ejemplo, el piloto Bertoni cuestiona el método científico sin ética: “Quiere destruir [el psicólogo Kelvin] lo que por ahora no podemos comprender [...]. No soy partidario de obtener conocimiento a toda costa”.

VI

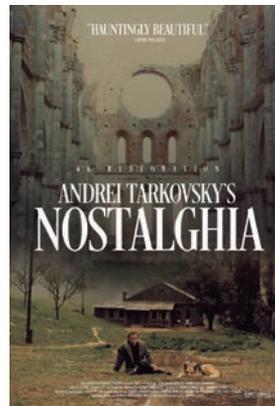
El *summum* tarkovskiano son los elementos de la naturaleza que pueblan la mayoría de las secuencias de *El espejo*. Desde el inicio se ve a una mujer que está afuera de su casa en medio del campo y que mira hacia un valle rodeado de vegetación. Se aproxima un hombre. Mantiene un diálogo. Se marcha el visitante después de caer al piso tras vencer la cerca de madera sobre la que estaban sentados. El viento acompaña la partida del extraño: una y otra vez el aire danza y mueve los pastizales a la par de su caminata.

En un plano secuencia memorable, el agua y el fuego se encuentran cuando se in-

cendia el granero de una casa vecina. Llovizna al tiempo que el fuego se eleva consumiendo la construcción de madera. *El espejo* también es el encuentro del cuerpo humano con el agua en sus distintas manifestaciones; está en el vapor de una taza de café, en la nieve en una escena alusiva a un cuadro de Brueghel el Viejo, en el lodo sobre el que caminan unos soldados y el rocío de la mañana. Una de las escenas más oníricas y emblemáticas, por cierto, es la de una mujer que levita mientras la habitación parece desgajarse por el poder del agua que cae a raudales del techo. Llueve adentro. Esa toma también ha sido citada con mayor o menor ventura en filmes posteriores. Elocuente además es la escena final: la abuela se lleva a los niños por el campo; el nieto mayor se detiene y emite un alarido casi tribal al tiempo que la cámara se pierde en el bosque, como quien abandona el sendero y se extravía. Yo recuerdo entonces estos versos: “en medio del camino de nuestra vida/ iba por una selva oscura”.

VII

Nostalgia, realizada en Italia, inicia con la imagen de unas personas bajando hacia una laguna en medio del campo, en un ambiente neblinoso; está filmada en un sepia oscurecido, como si el tiempo se hubiera detenido en el crepúsculo, como los recuerdos lancinantes. Aunque es de muchos interiores, *Nostalgia* también contiene espléndidas secuencias exteriores. En una de las primeras, se escucha murmurar crípticamente a Doménico: “¿sabe por qué ellos están dentro del agua? Quieren vivir para siempre...”.



Cartel de la película *Nostalgia*, 1983.



Fotograma de la película *Nostalgia*, 1983.

El agua, el fuego y el hombre (Andréi), que enciende una vela y la lleva de un lado a otro de una pileta vacía como una labor en apariencia inútil, pero poderosa por lo que convoca —como todo ritual—, vuelven a verse en la filmografía del director ruso. El agua es omnipresente: está en las gotas que caen, aparece en los baños romanos, se manifiesta en forma de niebla o en iglesias inundadas. *Nostalgia* es, además, la película de un hombre en llamas: Doménico, al terminar un discurso sobre el final y el principio de los tiempos, se autoinmola. Los árboles, por otra parte, se observan entre la bruma, en los varios pasajes oníricos, simbolizando lo nebuloso de la memoria y del sentir.



Cartel de la película *La infancia de Iván*, 1962.

VIII

A diferencia del momento en que Tarkovski graba *La infancia de Iván*, cuando realiza *Sacrificio* —veinticinco años después— el mundo era muy distinto, quizá más sombrío: conformaban el panorama internacional las guerras en Líbano, el conflicto armado entre Irán e Iraq, el genocidio de los mayas ixil en Guatemala, las dictaduras en Latinoamérica y el desastre de la central nuclear de Chernóbil.

Tal ambiente geopolítico y su atmósfera ominosa, generada por aquello en lo que nos hemos convertido, quizá motivaron al cineasta a expresarse mediante ese cántico del poder de la vida frente al oprobio: “regar un árbol seco cada día hasta que retoñe”, le dice Alexander a su nieto, citando un viejo dicho. El director ruso filma su última obra en Suecia y la concluye meses antes de su fallecimiento, en diciembre de 1986. Una película cuyo clímax es el incendio de una casa, un plano secuencial en el que confluyen, otra vez, el fuego, el agua, el viento, el humo y la luz solar.



Fotograma de la película *La infancia de Iván*, 1962.

IX

“Cada uno decidirá por sí mismo si el océano de *Solaris* existe, si La Zona de *Stalker* existe, si Alexander, el personaje de *Sacrificio*, realizó o no un milagro. Cada uno encontrará su llave para entrar en la casa de Tarkovski, el único cineasta cuya obra se halla en la frontera entre dos niños y dos árboles”, así concluye Chris Marker *Un día en la vida de Andréi Arsenevitch* (2000), su mediometraje sobre los últimos meses de Tarkovski. Suscribo ese aserto perspicaz, sensible de otro director tan libre en su modo de hacer y mirar cine. La filmografía de Andréi Tarkovski inquiere y se empapa de la natura y de sus elementos, no sólo como componente escenográfico o contextual, sino como parte intrínseca de cada obra, integrándolos conceptual y simbólicamente. Quiero invitar a los lectores a que descubran o vuelvan a esta mirada del cine, pionera en evidenciar-vindicar la relación indisoluble de nosotrxs con la naturaleza como parte de una totalidad. \mathcal{M}



KAREN ÁLVAREZ
VILLEDA

(Tlaxcala, 1985) es escritora y especialista en derechos humanos. Entre los premios literarios que ha recibido destacan el Premio Nacional de Poesía Gilberto Owen (2018), por *Teoría de cuerdas*, y el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas (2017), por *Visegrado*. Actualmente es secretaria de Cultura del estado de Tlaxcala.



SERGIO RAÚL
ARROYO

es doctor en antropología y arte. Fue director general del INAH y del Centro Cultural Universitario Tlatelolco, donde desarrolló el concepto original del Memorial del 68. Es curador y escritor. El 1 de junio de 2022 recibió la Palma que otorga la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas.



TERESA AVEDOY

ha estudiado filosofía de la arquitectura, desarrollo regional y escritura creativa. Ha publicado *Lo personal es poético* (UANL, 2025), *El Manifiesto poético/político por la investigación de/en la biblioteca pública* (Tragaluz editores, 2021), *AntiDewey* (UANL, 2019), entre otros. Vive en Tijuana, México.



FRANK BÁEZ

es un escritor dominicano nacido en 1978. Ha publicado poesía, narrativa y crónica. Su libro más reciente es *Éste es el futuro que estabas esperando*.



MARÍA BARANDA

es poeta, narradora y traductora mexicana que encabeza la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz. Su obra le ha valido premios como el Nacional de Poesía Efraín Huerta, el Nacional de Poesía Aguascalientes, el Villa de Madrid, el Castillo de Lectura, el Barco de Vapor, entre otros.



HERA LINDSAY BIRD

es una escritora y poeta neozelandesa. En 2016 publicó epónimo su primer libro de poemas (Te Herenga Waka University Press; y Penguin UK, en 2018); en 2025, un compendio de su obra salió bajo el título de *Juvenalia* (Deep Vellum Press). Actualmente está trabajando en una novela infantil y en un juego de aventuras interactivo.



ALESSIO
BRANDOLINI

(1958) licenciado en Letras, ha publicado, entre otros: *L'alba a piazza Navona* (1992, Premio Montale), *Divisori orientali* (2002, Premio Alfonso Gatto), *Nello sguardo del lupo* (2014) y *Il tuo cuore è una grancassa*. Traduce del español y desde 2006 coordina *Fili d'aquilone*, una revista web.



JUANA INÉS DEHESA

es escritora y formadora de usuarios de cultura escrita. Actualmente imparte la materia optativa Introducción a la Literatura Infantil y Juvenil en la FFyL.



ELISA DÍAZ
CASTELO

es poeta y traductora. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2017. Su obra ha sido antologada en *Fuego de dos fraguas* (2016) y *Voces nuevas* (2017). En inglés, sus poemas han sido premiados por *Poetry International*, *Literal Latte* y *Tupelo Quarterly*. Ha sido becaria Fulbright, del FONCA y de la Fundación para las Letras Mexicanas.



ADAM DICKINSON

es escritor y profesor canadiense. Mediante las intersecciones entre la poesía y la ciencia explora nuevas perspectivas críticas y modos alternativos de composición poética. Su último libro, *Anatomic* (Coach House Books), ganó el Premio Conmemorativo del Libro Alanna Bondar.



MARÍA ANDREA
GIOVINE YÁÑEZ

(Ciudad de México, 1979) es investigadora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y directora de la Biblioteca Nacional de México. Es especialista en intermedialidad e iconotextualidad; ha publicado los libros *Soy la creación de lo que veo* (2024) y *Palabra que figura* (2016).



DANIEL GOLDIN

(México, 1958) es editor, ensayista, pintor y bibliotecario. Fue director de la Biblioteca Vasconcelos. Actualmente dirige Jardín LAC Vizcaínas, de próxima apertura. *Los días y los libros. Divagaciones en torno a la hospitalidad de la lectura* (Océano) es su libro más reciente.



LEILA GUERRIERO

(Argentina, 1967) es una de las cronistas y escritoras más destacadas de América Latina; columnista de *El País*, de España, editora para América Latina de *Gatopardo*, de México, es autora de *La llamada*, entre otros títulos. Su obra ha sido traducida al inglés, el alemán, el francés, el portugués, el italiano, el griego, el chino y el polaco, entre otras lenguas.



MIGUEL N. LIRA

(Tlaxcala, 1905-1961) fue escritor y editor de diversas revistas culturales; entre ellas: *Fábula*, *Huytlale* y la *RUM*. Fundó la imprenta de la UNAM y editó los primeros poemarios de Octavio Paz y Efraín Huerta. Escribió *La guayaba*, *Corrido de Domingo Arenas* y *Tlaxcala, ida y vuelta*, entre otros.



ALBERTO MANGUEL

(Buenos Aires, 1948) es escritor y miembro de la Academia Argentina de Letras, de la Royal Society of Literature de Gran Bretaña y del PEN Internacional. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos el Roger Caillois de Francia por el conjunto de su obra.



RODRIGO MARTÍNEZ
BARACS

(Ciudad de México, 1954) es licenciado en Economía por la UNAM, maestro en Historia por la UAM-Iztapalapa y doctor en Historia y Etnohistoria por la ENAH. Además es profesor-investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH y miembro de la Academia Mexicana de la Historia y de la Academia Mexicana de la Lengua.



LAURA MARTÍNEZ
DOMÍNGUEZ

es historiadora y posdoctorante en el IIB, estudia los libros y periódicos de México en los siglos XVIII y XIX. Ha participado en proyectos de investigación y divulgación sobre la cultura impresa.



JUAN PABLO
MIRANDA

es editor, investigador independiente y gestor cultural. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Fundador y coeditor de las revistas *El Jolgorio Cultural*, *Yagular* y *Pochota Fanzine*. Actualmente produce y locuta *Intemperie*, transmitida por la radio pública de Oaxaca.



NAOMI SHIHAB NYE

es escritora palestino-estadounidense y profesora en la Universidad de Texas State. Ha sido galardonada con el Young People's Poet de Poetry Foundation y ha sido editora de poesía en *New York Times Magazine*. Entre sus títulos publicados se encuentran: *Grace Notes*, *The Tiny Journalist* y *The Tree is Older than You Are*.



JEAN PORTANTE

(Luxemburgo, 1950) es poeta, novelista, traductor, periodista y miembro de la Academia Mallarmé. Su obra incluye unos cincuenta libros y se ha traducido a numerosos idiomas. Entre sus premios destacan el Premio Mallarmé, el Premio Internacional de literatura francófona Benjamin Fondane y el Petrarca.



LEONARDA RIVERA

es ensayista y académica; doctora en Filosofía por la UNAM y profesora en la FFyL de la misma institución. Autora de los libros *Las damas fáusticas* (Premio Bellas Artes de Ensayo Literario José Revueltas, 2023) y *Don Juan y la filosofía* (Premio Internacional de Ensayo Siglo XXI, 2018).

DANIEL SALDAÑA
PARÍS

(Ciudad de México, 1984) es escritor y traductor. Su libro más reciente es *Los nombres de mi padre* (Anagrama, 2025). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



LIZANDRO SAMUEL

es escritor, entrenador y analista de fútbol, así como codirector de Círculo Amarillo Producciones. Su trabajo ha recibido más de trece distinciones y ha aparecido en seis compilaciones distintas. Colabora con las principales revistas literarias de Latinoamérica.



JOSÉ LUIS SANTANA

colaboró en la *Revista de la Universidad de México* durante veintiún años (2004-2025) en los servicios de intendencia; le estamos profundamente agradecidos por su trabajo y le deseamos una feliz jubilación. Foto: Javier Narváez.



IRYNA SHUVALOVA

(Ucrania, 1986) es poeta, traductora y académica. Es autora de poemarios galardonados en su país, como *stoneorchardwoods* (2020), reconocido como el poemario del año, y *endsongs* (2024), considerado un "futuro clásico". Coeditó *120 Pages of "Sodom"* (2009), la primera antología de escritura queer en su país.



ZOË SKOULDING

es poeta y crítica literaria interesada en la traducción, el sonido y la ecología, y es profesora en la Universidad de Bangor. Ha publicado seis libros de poesía, como *Las habitaciones*, además de ensayos, crítica poética y traducción. En 2020 ganó el Premio Libro de Poesía del Año de Gales.



ÁNGEL SOTO

(Ciudad de México, 1993) es periodista cultural y escritor. Actualmente es editor de adquisiciones en Grupo Planeta. Antes fue editor digital en *Laberinto*. Su poesía fue incluida en *Antología* vol. 5 de la FILNYC. Es creador de *Tinta y voz*, un boletín y podcast sobre literatura contemporánea en español.



XÓCHITL TAVERA

(Morelia, 1987) es ensayista, comunicóloga y profesora. Estudiante del doctorado en lingüística en El Colegio de México. Becaria PECDA Michoacán 2025-2026.



IRENE VALLEJO

(Zaragoza, 1979) es novelista, ensayista y filóloga. Ha recibido diversos premios, entre los que se encuentran el Premio Nacional de Ensayo 2020, por su libro *El infinito en un junco*; el IX Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña y el Premio de las Letras Aragonesas 2023.

EDUARDO VÁZQUEZ
MARTÍN

(Ciudad de México, 1962) es poeta y ensayista. Miembro fundador de las revistas *Viceversa* y *Laberinto Urbano*. Ha colaborado en las revistas *Artes de México*, *El Buscón*, *Letra Internacional* y *Vuelta*. Es el actual coordinador ejecutivo del Colegio de San Ildefonso.

EL BESO NO CONSENSUADO
QUE ROMPIÓ
EL SILENCIO

EL BESO ESPAÑOL

ESTRENO

MARTES 25 DE NOVIEMBRE | 19:30 H
RETRANSMISIÓN SÁBADO 29 | 18:00 H



[f](#) [X](#) [@](#) [v](#) [d](#) [j](#) [tv.unam.mx](#) | IZZI · TOTALPLAY · CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA · CANAL 20.1 | DISH · SKY · MEGACABLE · CANAL 120



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Yásnaya Elena A. Gil

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro &

Vivette García Deister

Thelma Gómez Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Rosario Manzanos

Mariana Ozuna Castañeda

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Julio Villanueva Chang

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 8, número 926, noviembre de 2025, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Fitolitográfica Argo, S.A. de CV., Bolívar 838, Col. Postal, C.P. 03410, Benito Juárez, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en octubre de 2025, con un tiraje de 4 000 ejemplares, impresión tipo Prensa Plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

NÚMERO 926

NOVIEMBRE DE 2025

ISSN 0185-1330

Jorge Comensal

DIRECTOR

Sandra Barba

COORDINADORA EDITORIAL

Julieta García González

COORDINADORA AUDIOVISUAL Y DE MEDIOS

Claudina Domingo

JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín

EDITORA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera

DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz

DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez

COMERCIALIZACIÓN

Abril Peña

COMUNICACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narváz

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera

Israel Hernández

(Estudio Herrera)

DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.